



UNA AVENTURA DE
PERRY MASON

el
caso
de
la
falsa
solterona

ERLE STANLEY GARDNER

se



Cuando Susan Fisher, descubre que la caja de zapatos con la que el hijo de su jefe jugaba, está llena de billetes de \$100, la pone a buen recaudo en la caja fuerte de la oficina. Todo se complica cuando Amelia Corning, la dueña de la compañía viene a revisar las cuentas. La caja desaparece con el dinero desaparece y Susan es acusada. Perry Mason se encargará de su defensa.



Erle Stanley Gardner

El caso de la falsa solterona

Perry Mason - 64

ePub r1.1

Titivillus 29.12.2014

Título original: *The Case of the Spurious Spinster*

Erle Stanley Gardner, 1961

Traducción: Alfredo Crespo

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Prólogo

Pocas personas se dan cuenta de lo importante que un hábil patólogo forense resulta para el individuo y la sociedad, y cuán necesario es que los ciudadanos comprendan la importancia de la medicina legal.

Usted mismo, lector, podría verse acusado de un supuesto crimen y en un caso en que la «víctima» hubiese en realidad fallecido de muerte natural. Incluso podría ser condenado si el «crimen» ocurriera en un lugar donde la oficina del *coroner* no contara con un patólogo experto.

Mi amigo Richard O. Myers M. D., a quien dedico este libro, está especializado en patología forense. Es muy hábil y competente y puede contar, cosa que a veces hace, hechos reales que ilustran lo que trato de explicar.

El médico corriente es tan poco adecuado para efectuar una autopsia en un caso misterioso, como un patinador sobre hielo para efectuar un salto en esquí.

El médico, el cirujano, se especializa en salvar las vidas de los hombres. Tiene que conocer la fisiología y la psicología de sus pacientes. Tiene que mantenerse al corriente de todas las novedades que ofrece la medicina. Sabe cuánto hay que saber sobre las llamadas drogas maravillosas, y, si es inteligente, observa un prudente escepticismo y vigila los efectos secundarios inesperados y los casos de alergia cuando utiliza alguna de las nuevas drogas que se van perfeccionando; interpreta miles de síntomas, a fin de poder evaluarlos y efectuar un diagnóstico ajustado. En resumen, tiene que preocuparse tanto de los vivos, que le queda poco tiempo para estudiar a los muertos.

El patólogo forense debe conocer el crimen. Ha de estar enterado de todo lo que se sabe sobre los cadáveres. Debe saber lo

que ocurre cuando un cuerpo empieza a descomponerse. Ha de comprender los caprichos de los proyectiles cuando atraviesan los tejidos humanos. Debe ver la diferencia entre una herida de entrada y la muy semejante de salida que produce una bala.

El patólogo forense ha de saber centenares de cosas completamente desconocidas para el médico normal.

En la actualidad no hay muchos patólogos forenses en el país. La razón de ello es que el público no ha comprendido su importancia. A esos hombres no se les paga lo suficiente, no se les concede bastante autoridad y el público no sabe lo bastante para exigir que se recurra a un patólogo forense siempre que ocurre una muerte en «circunstancias sospechosas».

Mi amigo, el doctor Myers, puede abrir al azar sus archivos y mostrarnos casos en los que ha logrado evitar que el culpable escapara, y, al mismo tiempo, que un inocente fuera condenado.

Por ejemplo, existe un caso en el que un médico de gran reputación declaró con seguridad solemne que ciertos cambios en los órganos internos de un cuerpo, que no se habían descubierto hasta algún tiempo después de la muerte, eran debidos a violencia directa. Este testimonio estuvo a punto de hacer que un inocente fuera acusado de asesinato.

Pero el doctor Myers pudo demostrar que la muerte se había producido por causas naturales, y que los cambios que se habían producido eran el resultado de la descomposición.

Constituye una tragedia terrible el que un hombre inocente que lleva una vida ejemplar se vea acusado de un crimen, después condenado, tachado de delincuente, enviado a presidio y obligado a pasar el resto de su vida entre rejas.

En la actualidad hay en la nación un grupo relativamente pequeño de médicos especializados que dedican sus vidas a perfeccionar la administración de la justicia con el fin de que los asesinatos no sean clasificados erróneamente como muertes naturales, y de que éstas no se cataloguen como asesinatos.

Mi amigo, el doctor Myers, es uno de esos hombres.

Estos doctores intentan descubrir la verdad. Son muy distintos del profesional llamado «experto» que sube al estrado de los testigos y recita aburridamente una serie de expresiones médicas con el fin de «ganar el caso» para «nuestro lado».

Cuando el doctor Myers sube al estrado, quiere que quede bien claro que no existe ningún *nuestro lado*. Está allí para exponer la verdad tal como él la entiende, sin preocuparse de sus consecuencias.

De vez en cuando he dedicado libros de Perry Mason a destacados miembros de este pequeño y selecto grupo de patólogos forenses.

La tragedia, por lo que a la sociedad concierne, es que ese grupo sea tan reducido. Como antes he dicho, es reducido porque sus miembros están relativamente mal pagados. Una vez han obtenido la pericia necesaria encuentran otros campos donde ejercer sus actividades con mayor beneficio. Es mucho más lucrativo convertirse en patólogo de un hospital que dedicarse a la patología forense. Los únicos hombres que permanecen en este campo son los imbuidos por una lealtad altruista e inquebrantable hacia la causa.

Deberíamos admirar a esos hombres, deberíamos comprender la labor que realizan y deberíamos honrarlos.

No es éste lugar oportuno para enumerar las aptitudes técnicas del doctor Myers, o la cantidad de experiencias que han contribuido a desarrollar su actual habilidad. Es miembro de la Academia Americana de Ciencias Forenses, cirujano forense de la oficina del *coroner* de Los Angeles, Profesor Auxiliar de Medicina Legal en la Universidad de Médicos Evangelistas y profesor de patología clínica en la Universidad de California del Sur, así como docenas de otros honores que llenarían toda una página de este libro si los citara.

Espero que algún día el público se dé cuenta de la importancia de tener patólogos forenses competentes y entrenados, en cantidad suficiente para realizar una buena tarea.

Al doctor Myers no le importa el título que se le da o si la persona encargada de investigar los fallecimientos es llamada *coroner*, médico o Sheriff, con tal de que dicha persona tenga a su disposición un patólogo forense con gran experiencia, y sepa lo suficiente sobre los problemas del homicidio para procurar que las pruebas permanezcan intangibles hasta que el patólogo tenga una oportunidad de examinarlas.

Esta es una buena filosofía. Significa para usted, para mí, y para nuestros seres queridos, mucho más de lo que llegamos a imaginar.

Y por eso dedico este libro a mi amigo:

RICHARD O. MYERS, M. D.

ERLE STANLEY GARDNER

Capítulo 1

Sue Fisher tuvo que firmar en el registro del ascensor, pues era sábado y todas las oficinas estaban cerradas.

Había esperado disfrutar de un fin de semana tranquilo, pero un telegrama en el que se anunciaba que Amelia Corning iba a llegar de América del Sur, el lunes por la mañana, exigió una serie de informes y de trámites de última hora que no pudo terminar el viernes pese a hacer horas extraordinarias. De modo que prometió a Endicott Campbell, director de la Corning Mining, Smelting & Investment Company, que iría a trabajar el sábado por la mañana, mecanografiaría los informes y se lo dejaría todo preparado encima de la mesa, a fin de que lo tuviese a punto el lunes a primera hora.

La situación se complicaba más por el hecho de que, además de sufrir un artrismo que la confinaba a una silla de ruedas, Amelia Corning perdía rápidamente la vista. En realidad, según rumores llegados de Sudamérica, había perdido la visión hasta el punto de que sólo distinguía la diferencia entre la luz y la oscuridad, mientras que las gentes se habían convertido en unas borrosas figuras cuyos rostros resultaban indefinibles.

Susan Fisher llevaba en la empresa más de un año, pero sólo conocía de Amelia Corning su firma seca y retorcida, que de vez en cuando aparecía al pie de cartas irascibles con breves instrucciones.

A las diez y media, cuando Sue Fisher estaba absorta en su trabajo, oyó un rumor de pasos presurosos, después el sonido de unos nudillos al golpear la puerta y una voz infantil que decía:

—Oh, Miss Sue, Miss Sue.

Por un momento, el rostro de Sue Fisher se suavizó; pero en seguida frunció el ceño con fastidio. Carleton Campbell, el hijo del jefe, adoraba el terreno que ella pisaba, y Sue, a su vez, se sentía extrañamente atraída hacia el pequeño. Sin embargo opinaba que

Elizabeth Dow, la institutriz, estaba cada vez más propensa a descargar parte de sus responsabilidades y problemas disciplinarios sobre sus espaldas.

Sue cerró el contacto de su máquina eléctrica de escribir, atravesó su despacho, entró en la sala de espera y abrió la puerta.

Carleton Campbell, con los ojos resplandecientes de excitación, le mostró una caja de zapatos.

—Hola, Miss Sue. Hola, Miss Sue —dijo.

Elizabeth Dow se acercaba por el pasillo, con pasos firmes y lentos.

Sue rodeó al pequeño con un brazo, lo levantó, le dio un beso y esperó a Elizabeth Dow, quien, según su costumbre, no aceleró lo más mínimo su andar ni se dignó saludarla hasta que estuvo lo suficientemente cerca para que no hubiera necesidad de elevar el tono de voz.

—Buenos días, Susan —dijo con seriedad.

—Buenos días, Elizabeth.

—He venido porque me han dicho que esta mañana estarías aquí.

—Sí; tengo trabajo.

Y tras una pausa adecuadamente significativa, añadió:

—Un trabajo muy importante y de la mayor urgencia.

—¡Ya! —dijo Elizabeth Dow, mostrando en su tono la completa indiferencia que sentía por la urgencia del asunto.

A Elizabeth Dow sólo la afectaban los problemas que eran importantes para Elizabeth Dow. Los de los demás no le causaban la menor impresión.

—Sue, ¿serías tan amable de vigilar a Carleton durante treinta minutos? Tengo una cita personal muy importante y no puedo llevarlo conmigo... Y ya sabes que no quiere quedarse con nadie más.

Sue consultó su reloj. Sabía que los treinta minutos se convertirían cuando menos en cuarenta y cinco y muy fácilmente en una hora.

—Bueno...

Vaciló y miró de nuevo el reloj.

—No te lo hubiese pedido si sólo se tratara de mí —dijo Elizabeth Dow—, pero Carleton quiere hablarte de varias cosas y

esta mañana está bastante alterado. Si lo dejo con el ama de llaves, a mi regreso lo encontraré con un ataque de nervios, y a ella también.

—Oh, por favor, Miss Sue —suplicó Carleton—. Déjeme quedar con usted. Tenemos que hablar.

—Está bien, pero tendrás que ser muy bueno. Deberás sentarte en un sillón y ver cómo Sue trabaja. He de terminar unos papeles muy importantes.

—Seré bueno —prometió Carleton, subiendo a un sillón y sentándose con las manos cruzadas sobre la caja de zapatos.

Elizabeth Dow, temerosa de que Sue cambiara de opinión, se encaminó hacia la puerta.

—Tardaré sólo unos minutos —dijo.

Y se marchó.

Sue sonrió a Carleton.

—¿Qué hay en la caja?

—Un tesoro.

Sue miró la caja con repentina aprensión.

—Oye, Carleton —dijo—, no tendrás en esa caja un sapo o algún otro bicho, ¿verdad?

Él sonrió, al tiempo que negaba con la cabeza.

—No es mi caja de tesoros, sino la de papá.

—¿Qué quieres decir?

—Papá guarda arriba su caja del tesoro. Anoche me dejó poner la mía en su armario. Dijo que siempre que quisiera podíamos cambiar de tesoro. De modo que esta mañana he cogido el de él.

Las palabras fueron pronunciadas con la entonación infantil propia de Carleton, y con tanta rapidez que unas parecían perseguir a las otras, a medida que salían por los labios del pequeño.

Susan contempló pensativamente la caja.

—¿Te he entendido bien, Carleton? —preguntó—. ¿Es el tesoro de papá?

—Ahora es mi tesoro. Papá me dijo que podíamos cambiar de tesoro, pero que después él querría el suyo y me devolvería el mío.

—¿De qué tipo es tu caja del tesoro?

—Igual que ésta. Papá no compra los zapatos en la tienda. Los compra por correo. Cuando llegan, saca los zapatos de las cajas y los guarda en el armario.

—Sí, lo sé —dijo Susan sonriendo—. Yo envío sus peticiones de zapatos. Le gustan de una marca especial y necesita un tamaño que frecuentemente no se encuentra. ¿Sabe tu papá que tienes su caja del tesoro?

—Dijo que podíamos cambiarlos.

—¿Cuándo?

—Oh, antes.

—Pensaba que tu papá había ido esta mañana a jugar al golf.

—Dijo que podíamos cambiarlos —repitió Carleton.

—Creo que será mejor que vea lo que hay en la caja del tesoro de tu papá, Carleton. Sólo para saberlo.

Con un ademán convulsivo, el niño apretó la caja contra su estómago y doblóse sobre ella.

—¡No! —chilló—. Por eso estaba enfadado con Miss Dow.

—¿Por qué, Carleton?

—Quería cogérmela.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—Oh, pero yo no he dicho que fuera a cogértela —manifestó Susan—. Tan sólo he dicho que podríamos mirar qué hay dentro. ¿No crees que sería divertido?

El pequeño no contestó, pero se aferró a la caja.

—Tú no sabes lo que hay dentro, ¿verdad?

—Un tesoro.

—¿Qué había en tu caja del tesoro, Carleton?

—Muchas cosas.

—Me gustaría saber si tu papá tiene tantas cosas como tú. ¿Qué crees?

—No lo sé.

—¿No sería divertido averiguarlo? —dijo ella con voz que invitaba a la aventura.

—Está atada —dijo Carleton.

Ella sonrió.

—Oh, soy un hacha deshaciendo nudos —replicó, pero al momento frunció el ceño pensativamente—. Aunque tal vez esos nudos sean demasiado fuertes. Echémosles una ojeada, sólo para averiguarlo.

Carleton le permitió que examinara la cuerda que rodeaba la

caja.

Tan pronto como vio el pulcro nudo corredizo, Sue supo que no había sido hecho por unos dedos infantiles. Tanto si la explicación sobre el cambio de cajas era correcta como si no, aquélla pertenecía indudablemente a un adulto.

—Veamos lo que pesa —dijo.

El pequeño vaciló por un instante, pero permitió a la muchacha coger la caja. Ella la levantó con ambas manos, calculando su peso, y después se la devolvió.

—Caramba, pesa mucho.

Carleton asintió.

El hecho de que ella le hubiera devuelto la caja sin tratar de abrirla, le tranquilizó mucho.

—Me pregunto por qué será tan pesada —dijo Susan; después añadió—: Si tu papá guarda papeles importantes aquí, hemos de procurar que no se pierda.

Él asintió agravemente, aferrado a la caja.

—No la perderé.

—¿Sabes la diferencia que hay entre un nudo corredizo y un nudo al revés? —preguntó Susan.

—¿Por qué al revés?

—No es que esté al revés, es que le llaman así, simplemente. Mira, éste es un nudo corredizo. ¿Ves? Deja que te lo enseñe.

Ganada la atención del pequeño, y sin mover la caja del regazo del niño, Susan manipuló el nudo hasta soltarlo.

—¿Te has fijado en lo fácil que es deshacerlo? El nudo al revés es muy diferente. Es la clase de nudo que tú mismo podrías hacer.

Fingiéndolo que enseñaba a Carleton los distintos métodos de anudar un cordel, Susan consiguió quitarlo de la caja. Dejó ésta en el regazo de Carleton, pero disimuladamente levantó una esquina de la tapa mientras se ponía de rodillas para colocar de nuevo la cuerda.

Lo que Susan vio la dejó helada. La caja estaba completamente llena de billetes de banco y los que Susan distinguió al atisbar por la esquina, eran de cien dólares.

Carleton parecía preocupado de que alguien pudiese quitarle la caja.

—¿Sabe Miss Dow que éste es el tesoro de tu papá?

—Claro. Ha querido quitármela. Quiere mi tesoro. No me gusta. Es mala.

—Sólo trataba de ayudarte. Probablemente ha pensado que tu papá no querría que te llevases su tesoro.

—Papá dijo que podíamos cambiar.

—Me pregunto si tu tesoro estará a salvo con tu papá. ¿No crees que puede perderlo?

El rostro del muchacho se ensombreció ante aquella idea.

—Lo mejor que podemos hacer es buscar a tu papá y decirle que si se lleva tu tesoro ha de tener mucho cuidado. Tal vez consiguiéramos devolverle éste y recuperar el tuyo, y así no se perdería. Un club de golf es un sitio muy grande.

—No sé dónde está mi papá. Se ha marchado en un auto.

—Creo que esta mañana iba a jugar al golf. No querrás perder tu tesoro, ¿verdad?

—Quiero quedarme con el de papá —dijo el niño, cogiendo con fuerza la caja.

El rostro de Sue se iluminó con una repentina inspiración.

—¿Verdad que sería estupendo abrir la caja, esa grande de ahí, y meter dentro la caja del tesoro?

Carleton permaneció indeciso.

—Después la cerraríamos —dijo Sue, bajando el tono de su voz hasta convertirlo en un murmullo conspirador— y Miss Dow no podría cogerla. Nadie podría. Cerraríamos la caja y el tesoro estaría a salvo. Y después, cuando lo quisiéramos, podríamos tenerlo de nuevo.

Los ojos de Carleton brillaron.

—Bueno —dijo con un susurro casi ávido.

Sue se acercó a la caja de caudales y dio varias vueltas a los mandos de las dos combinaciones; la puerta cedió. A continuación abrió la puertecilla interior de acero y apartó unos documentos para ganar sitio.

—Bueno —susurró—, démonos prisa. Metámosla aquí antes de que vuelva Miss Dow.

Carleton bailaba de excitación.

—La cerraremos y no le diremos dónde está el tesoro.

—Tanto da que se lo digamos o no —contestó Sue—. De nada va a servirle. No podrá abrir la caja de caudales. Sólo tu papá y yo

podemos abrirla.

—Oh, esto es estupendo —dijo Carleton.

Sue alargó la mano hacia la caja; por un momento, Carleton dudó en desprenderse de ella, pero al fin se la entregó.

Sue se volvió de espaldas de modo que su cuerpo ocultaba la caja a Carleton, y aprovechó el instante para levantar la tapa.

En aquella caja había millares de dólares en billetes de cien, pulcramente agrupados y sujetos con gomitas. A pesar de su apresurado examen, Sue creyó adivinar que formaban paquete de cinco mil dólares.

Volvió a tapar la caja y dijo:

—Hemos de sujetarla otra vez con el cordel.

Cuidadosamente, la ató con la cuerda e hizo un nudo corredizo, para dejarla tal como la había encontrado. Después la metió en la caja de caudales.

Apresuróse a cerrar la portezuela interior, dio vuelta a la llave y después cerró la pesada puerta exterior, apretó el botón niquelado que corría los pestillos y desbarató la combinación.

—Ahora la tenemos donde nadie podrá quitártela —exclamó triunfalmente.

Carleton mostraba un entusiasmo y una excitación infantiles.

—No le diremos a Miss Dow dónde ésta.

—Oh, si lo pregunta, creo que será mejor decírselo —repuso Sue—. Pero... Bueno, hemos de mostrarnos respetuosos con Miss Dow, Carleton. Ella trata de ayudarte.

—Es mala —dijo Carleton, haciendo un puchero con los labios—. No me quiere.

—Oh, sí, claro que te quiere. Te quiere mucho. Pero debe realizar un trabajo y procurar que tú hagas cosas que a ti no te gustan; debes comprender que son cosas convenientes para ti.

Sue adoptó una expresión pensativa.

—¿Sabes?, deberíamos encontrar a tu papá para saber si se ha llevado tu caja del tesoro.

—No sé adónde ha ido.

—Te diré lo que vamos a hacer: telefonearemos al club de golf. Creo que le encontraremos allí. Pensaba ir esta mañana; debe de estar por los terrenos.

—¿Podremos guardar también mi tesoro en la caja? —preguntó

Carleton.

—Creo que sí. Creo que tu papá nos dejará. A ver si le encontramos.

—Esta noche volverá a casa.

—Ya lo sé, pero está jugando al golf y ya sabes que no puede guardar la caja y jugar al mismo tiempo. Si se ha llevado tu tesoro, probablemente habrá dejado la caja en el auto o en algún otro sitio, y tú no querrás que se pierda, ¿verdad?

—No.

—Bueno, pues tratemos de buscarle.

Conectó el teléfono e hizo una llamada al club de golf.

—¿Está Mr. Endicott Campbell en los terrenos?

—La pongo con el despacho del encargado —respondió el telefonista—. Un segundo.

Al cabo de un momento, una voz masculina preguntó ásperamente:

—¿Diga?

—¿Está Mr. Endicott Campbell en los terrenos? Es muy importante. Aquí es su oficina, y si usted...

—No ha venido —interrumpió la voz.

—¿No está? —preguntó Sue con voz decepcionada.

—En efecto, señora, no ha venido. Esta mañana no le hemos visto. Tenía reservada una partida que debían jugar entre cuatro, pero la han cancelado... Lo siento.

—Gracias —dijo Sue, y colgó el aparato.

Durante un rato permaneció inmóvil, pensativa, mientras Carleton la observaba con ojos llenos de curiosidad infantil.

Luego, de repente, la centralita produjo un zumbido y una lucecilla roja se encendió.

Sue vaciló un instante; luego, casi automáticamente, conectó el aparato.

—Corning Mining Smelting & Investment Company —dijo.

Una voz de mujer, seca y estridente, preguntó:

—¿Por qué no ha venido nadie a recibirme?

—Lo siento —contestó Sue con su más suave acento—. ¿Puede decirme quién es usted, dónde está y...?

—Soy Amelia Corning. Estoy en el aeropuerto.

—¿Qué? —exclamó Sue.

—¿No me ha oído?

—Yo... Sí... Pero... no la esperábamos a usted hasta el lunes, Miss Corning.

—¡Al diablo con el lunes! —replicó la voz—. Les envié un telegrama. Debían venir a recibirme. Esto es una lata, he tenido que pedir a alguien que me llevara hasta una cabina telefónica y marcara el número. ¡Bueno, venga rápidamente! ¿Quién es usted? ¿Con quién hablo?

—Soy Susan Fisher, secretaria particular de Mr. Endicott Campbell.

—¿Dónde está Mr. Campbell?

—Esta mañana no ha venido; hoy es sábado.

—Sé qué día es. ¡No hace falta que me lo recuerde! —chilló la mujer—. Bueno, venga en seguida. Esperaré. He tenido muchos problemas con el equipaje y todo lo demás, y estoy cansada.

La comunicación se interrumpió bruscamente.

Susan, aturdida, colgó el aparato, volvióse hacia Carleton y dijo:

—Carleton, ¿sabes adonde ha ido Miss Dow?

—Creo que al banco.

—¡Al banco! —exclamó Susan.

—Sí, creo que al banco.

—¿El sábado por la mañana? Los bancos están cerrados los sábados... Oh, espera un momento. Hay una sucursal que permanece abierta.

Cogió el listín telefónico. Buscaba el número del banco cuando oyó el sonido de unos pasos firmes y sosegados; después la puerta de la sala se abrió y Elizabeth Dow se detuvo en el umbral.

—¿Te ha causado muchas molestias?

—Ha sido un encanto —contestó Sue—. Un verdadero encanto. Pero he de salir corriendo y antes tengo que encontrar a Mr. Campbell. ¿Sabes dónde está?

—Creo que jugando al golf. Prueba en el club; pero sólo si es verdaderamente importante. Me parece que no le gustará que le molesten...

—Esto lo decidiré yo —interrumpió Sue con cierta sequedad—. Ya he llamado al club de golf. No ha ido por allí. He de saber dónde está.

La institutriz meneó la cabeza.

—¿Sabes los nombres de las personas con quienes iba a jugar?

La institutriz meneó de nuevo la cabeza.

—Bueno, ahora no tengo tiempo de entretenerme en eso —dijo Sue—. Vamos, he de cerrar el despacho.

—¿Adónde vas?

—He de ocuparme de un asunto de la compañía; de un asunto muy importante. Se trata de algo urgente. Si ves a Mr. Campbell dile que se ponga inmediatamente en contacto conmigo. Inmediatamente, ¿me oyes? Es muy urgente.

Elizabeth Dow la miró con curiosidad.

—Creo que deberías decirme algo más si he de darle un recado con algún sentido.

—Dile que se ponga en contacto conmigo inmediatamente, para un asunto de la mayor importancia. Dile que es muy urgente —insistió Sue—. Vamos, salgamos de aquí.

A Elizabeth Dow no le gustaba que la apremiaran. Se acercó con toda tranquilidad a Carleton y preguntó:

—¿Dónde está tu caja, Carleton?

El pequeño empezó a decir algo, pero en seguida se contuvo y miró a Susan Fisher.

—La hemos escondido —manifestó.

Miss Dow dijo:

—No creo que debas esconder así las cosas. Tienes que guardar mejor tus tesoros. ¿Dónde la has puesto?

—Por el momento está segura —dijo Sue—. Ya la buscaremos más tarde.

Sue empujó casi a la institutriz hacia la puerta. Cerró ésta, inclinóse para dar un beso a Carleton y corrió pasillo abajo hasta el ascensor, cuyo timbre de llamada apretó.

—La caja —gritó Miss Dow a sus espaldas—. Después la querrá y...

La cabina se detuvo suavemente en el piso. El ascensorista sonrió y dijo:

—¿Ya ha terminado, Miss Fisher?

Sue oyó los pasos de Miss Dow que se aproximaban al recodo del pasillo, rogó para que el ascensorista no los oyese.

—Sí —dijo—, y tengo que coger un taxi a toda prisa.

—Está bien, vamos.

La puerta se cerró en el momento en que Elizabeth Dow, sujetando firmemente por la mano a Carleton Campbell, doblaba el recodo del pasillo. El ascensorista no les vio, pero por un instante la mirada de Elizabeth Dow se encontró con la de Susan Fisher. Y mientras la puerta empezaba a cerrarse, una expresión indignada se pintó en el rostro de la institutriz; después, Sue vio únicamente las luces que indicaban el número de cada piso a medida que el ascensor descendía.

Cruzó el vestíbulo apresuradamente. Encontró un taxi en la parada próxima a la esquina, se metió en él.

—Al aeropuerto. Por favor, vaya lo más rápido posible.

Cuando estuvo ya en camino, examinó su bolso preguntándose si tendría dinero suficiente para pagar la carrera.

Pensó que iba a venirle muy justo. Sacó cuatro billetes de un dólar y después apartó las llaves, la barrita de carmín y la polvera a fin de contar la calderilla.

Al comprender que tenía suficiente dinero, se recostó en el asiento, cerró los ojos y trató de poner en orden sus ideas.

Miss Corning era una mujer irascible, pero extraordinariamente lista. Si se la podía entretener hasta que Endicott Campbell fuese localizado tal vez le hiciera preguntas acerca del director. Pero Sue tenía la angustiosa sensación de que Amelia Corning le haría preguntas sobre ella; preguntas que desde luego iban a resultarle muy difíciles de contestar. De hecho, Sue se las estaba haciendo a sí misma durante los últimos días, mientras preparaba toda la documentación para la llegada de Miss Corning.

Por ejemplo, estaba el asunto de la mina de Mojave, conocida por Mojave Monarch. Según los libros de la compañía la mina funcionaba las veinticuatro horas del día, con tres turnos de ocho horas. Pero el domingo anterior Susan había ido en auto a Mojave, y allí, junto a un camino polvoriento, había encontrado un viejo letrero deslucido por la intemperie en el que se leía Mojave Monarch. Había seguido aquel camino hasta un lugar donde una serie de edificios sin pintar se extendían por la ladera de la montaña.

Los edificios no sólo parecían desocupados, sino que se desprendía de ellos un inconfundible tufo a cosa abandonada: la especial atmósfera que rodea los edificios del desierto que no han

sido ocupados por el hombre desde hace tiempo. La cabaña del director era la única que parecía ocupada; pero nadie contestó a sus llamadas.

Intrigada, regresó a Mojave; en una estación de servicio quiso informarse acerca de la Mojave Monarch. El hombre a quien se dirigió no supo contestarle, pero transmitió la pregunta a un viejo minero que se detuvo en la estación.

El viejo le dijo que por aquellos alrededores sólo había una mina que se llamara Monarch y que llevaba más de dos años sin ser explotada.

Al principio, Susan estaba convencida de que en todo aquello había algún error, de que existía una mina Monarch, ignorada por el viejo minero, y que la mina que encontró era otra que casualmente se llamaba del mismo modo. Al fin y al cabo, Monarch era un nombre que podía muy bien repetirse por pura coincidencia.

Durante la última semana, Sue había tenido ocasión de consultar los informes sobre la mina Monarch. La oficina administrativa estaba situada en Mojave. Y la Corning Mining Smelting & Investment Company se limitaba a enviar regularmente cheques para cubrir los gastos.

En los archivos encontró varios informes sobre la mina. Esos informes indicaban que en opinión de los ingenieros se iba a descubrir muy pronto una rica veta de mineral. La terminología técnica significaba muy poco para Sue Fisher en su apresurado examen de los documentos. No sabía que la veta principal se había perdido y que cuando se la volvió a encontrar era mucho más rica y amplia.

Sabía que en la correspondencia de Amelia Corning se habían hecho repetidas alusiones a la Mojave Monarch, que habían sido enviados a Sudamérica informes geológicos. Sin embargo, ése era uno de los motivos que hicieron que Amelia Corning, después de una ausencia de cinco años, regresara para hacer una inspección personal de los asuntos de la Empresa.

Sue temía la granizada de preguntas que con toda probabilidad ella le haría. Decidió atribuírselo todo a Mr. Campbell y hacerse la ignorante del mejor modo posible.

En el aeropuerto, Sue despidió el taxi. Para pagar la carrera y dar una propina de treinta y cinco centavos al taxista, tuvo que

quedarse sin blanca.

—Siento lo de la propina —se disculpó—. Tenía un asunto urgente y... eso es todo lo que tengo.

—Olvídelo, señorita —contestó el taxista con una sonrisa, mientras le devolvía los treinta y cinco centavos—. Tenga, tal vez necesite hacer alguna llamada telefónica y... Mejor será que lo tome...

Ella miró el áspero rostro del individuo, los ojos amables y sonrientes, y bruscamente, le ofreció su mano.

—Oh, gracias. Me siento tan... tan avergonzada... En realidad, puedo cargar esto en mi cuenta de gastos, pero... Bueno, es que no llevo más dinero.

—Olvídelo. Es un placer llevar a una dama como usted.

Tan pronto hubo despedido el taxi, Sue se precipitó hacia la sala de espera y buscó con la mirada a Amelia Corning, temiendo no encontrarla, pero temiendo todavía más el encuentro.

La vio en el mismo instante de entrar en la sala de espera del aeropuerto. En realidad, hubiese resultado imposible no verla. Estaba sentada en una silla de ruedas, vuelta hacia la puerta. En el suelo, junto a la silla, había dos maletas y un bolso. Las maletas estaban cubiertas de etiquetas de diversos hoteles sudamericanos. Su rostro distaba de ser acogedor; mostraba una expresión sombría, una barbilla larga y huesuda, una nariz firme y recta, pómulos altos y gafas con grandes cristales de color azul oscuro, que ocultaban por completo los ojos.

Susan se aproximó a la silla de ruedas.

La mujer permaneció completamente inmóvil. Si notó la aproximación de Susan Fisher, no lo indicó con ningún ademán.

—¿Miss Corning? —preguntó Susan, esforzándose para que la voz no le temblara.

El huesudo rostro se levantó lentamente. Susan tuvo la sensación de que detrás de las oscuras gafas, unos ojos débiles trataban de calibrarla.

—Sí.

—Soy Susan Fisher, secretaria de Mr. Campbell. He hablado antes con usted, desde la oficina.

Susan esperaba alguna crítica y se sorprendió cuando la mujer dijo con voz que había perdido toda su acritud:

—Ha sido muy amable, Susan, al venir tan pronto.

—He venido tan aprisa como he podido.

—Lo sé. Desde luego, a mí la espera se me ha hecho larga, pero me doy cuenta de que la oficina queda lejos, y de que debe usted haberse puesto en marcha inmediatamente. Gracias.

—Le... le doy la bienvenida. Bueno, ¿cogemos un taxi?

—Claro.

—Tendré que sacar su equipaje y...

—Llame un mozo.

—Sí, Miss Corning. Yo... lo siento mucho, pero...

—Bueno, ¿qué sucede? —replicó la mujer. Súbitamente había desaparecido su amabilidad—. Detesto la gente que se anda con rodeos y trata de endulzar las malas noticias. ¿Qué ocurre?

—No tengo ni un centavo. He gastado el poco dinero que tenía para llegar hasta aquí.

—¿No tienen en el despacho una pequeña caja para casos de urgencia? ¿Por qué no tienen dinero a disposición de los empleados de confianza?

—No... no lo sé. El caso es que no hay.

—¿Tienen caja de caudales?

—Sí... Desde luego.

—¿Conoce usted la combinación?

—Sí.

—¿Quién más la conoce?

—Mr. Campbell y el cajero.

—Debería haber un fondo de varios cientos de dólares para casos inesperados. ¿Cómo sabe usted en qué momento puedo ordenarle que coja inmediatamente un avión y vaya a Sudamérica?

Sue guardó un silencio confuso, sin saber qué debía responder.

—Cuando vea a Mr. Campbell, dígame que establezca este fondo. Tal vez me interese que vaya usted a América del Sur. Es usted una buena chica, Susan. Está muy asustada. Cuando me conozca mejor, no se asustará tanto, pero aprenderá a respetar mi juicio y obedecerá mis órdenes sin vacilación. ¿Me oye? Sin vacilación.

—Sí, Miss Corning.

—Muy bien —dijo ésta, abriendo su bolso y sacando un grueso billetero, del que apartó cinco billetes.

—Tengo la vista mala. Con esta luz no veo bien. Nunca sé

cuánto dinero llevo, pero siempre procuro tener suficiente. Aquí tiene cinco billetes de diez dólares, querida. Hágase cargo de este dinero para gastos.

Susan Fisher dijo con voz ahogada:

—Miss Corning, estos billetes no son de diez dólares, sino de cien.

—Gracias. Trato de guardar los de cien a un lado y los de diez al otro. Supongo que el billeteiro se habrá vuelto al revés.

Sus dedos huesudos palparon el billeteiro por el otro lado y sacaron cinco billetes.

—¿Son éstos de diez, Sue?

—Sí.

—Muy bien, aquí tiene cincuenta dólares. Es dinero para gastos. Descuento lo que ha pagado al taxista. Ahora busque un mozo y otro taxi y pongámonos en marcha. ¿Me ha reservado habitaciones?

—La reserva era para el lunes, pero... probablemente lo arreglaremos.

—¿No han recibido mi telegrama?

—No.

—Tenía que haber llegado.

—Estará en camino.

—¡Nada de eso! Con las prisas, he salido más tarde de lo que esperaba. Aquel maldito mozo del aeropuerto a quien le he dado un billete grande para que pusiera el telegrama habrá debido de romperlo, se habrá guardado el dinero y habrá ido a emborracharse. Así está el mundo. No hay sentido de la responsabilidad, ni moralidad, ni honradez. Bueno, Susan, vámonos al hotel.

La secretaria llamó a un mozo y alquiló un taxi. Durante el viaje, Amelia Corning comenzó a hacerle preguntas confidenciales sobre los negocios de la Corning Mining Smelting & Investment Company.

En determinado momento, Susan se atrevió a decir:

—Me gustaría que guardara estas preguntas para Mr. Campbell, Miss Corning.

—Usted es empleada mía, ¿no?

—Sí. Pero trabajo a las órdenes directas de Mr. Campbell.

—No me importa a las órdenes de quien trabaja usted. Es mi empleada. Trabaja para mí. Cobra un sueldo que sale de mi bolsillo. Quiero lealtad, eficiencia y colaboración. Conteste a mis preguntas,

y no quiero volver a oír eso de «pregunte a Mr. Campbell». Me quedaré en el hotel el tiempo suficiente para inscribirme y hacer que suban las maletas a mi habitación; después nos iremos al despacho y se pasará el resto del día contestando a mis preguntas.

—¿De veras? —exclamó Sue con tono de desesperación.

—Sí pequeña, de veras. Y las contestará con franqueza. No quiero que se trate de proteger a alguien, ¿me entiende? Ni a usted ni a nadie.

—Sí. Miss Corning.

—Ahora, para que se entere, le diré que el motivo de que haya llegado el sábado por la mañana en lugar del lunes es porque sabía que Endicott Campbell se habría ido a jugar al golf o a hacer algo por el estilo, y quería llegar al despacho y examinar ciertos archivos antes de que él se enterara. He entregado un telegrama al mozo del aeropuerto, pero estaba segura de que no lo enviaría. Ha dicho usted que tenía la combinación de la caja fuerte; bueno, pues la abriremos y haremos un buen examen. Será muy fatigoso para mis ojos y tendré que usar una lente de aumento, pero quiero comprobar bien estas cifras y usted me dará los informes que desee. Para empezar, voy a hacerle una pregunta: ¿Tiene algún motivo para creer que Endicott Campbell no es leal?

—Yo... Pues, no.

—No me hable así.

—¿Cómo?

—Ha vacilado. No quiero vacilaciones, quiero respuestas espontaneas. ¿Tiene algún motivo para creer que Endicott Campbell es desleal?

—No lo sé.

—Desde luego. Usted no sabe si es desleal; pero, ¿tiene algún motivo para creer que puede serlo? ¿Sí o no?

—Bueno, hay un asunto que me ha venido preocupando: la Mojave Monarch.

—También me preocupa a mí. Susan, creo que nos entenderemos muy bien cuando aprenda a contestar a mis preguntas con rapidez, franqueza y lealtad.

Ante la insistencia de Miss Corning, Susan no sólo la acompañó hasta el hotel, sino que, además, firmó en su nombre en el registro. Después subió a la *suite* reservada para el lunes, día 5, pero que,

según manifestó el recepcionista, estaba disponible para su ocupación inmediata.

A continuación, Sue acompañó a Miss Corning al despacho.

—Y ahora, pequeña —dijo Miss Corning—, quiero ver todos los documentos que hagan referencia a la mina Mojave Monarch. Tal vez sepa que di instrucciones a Mr. Campbell para que me lo tuviera todo preparado.

—Los libros están en la caja fuerte, pero parece ser que la información detallada está en Mojave.

—Bien, pero los libros suelen mostrar los gastos de la mina. ¿Qué se ha cobrado por las ventas de mineral?

—No he visto estos datos; creo que están en Mojave. Hay informes indicativos de que la veta principal se ha perdido, pero por boca del propio Mr. Campbell me he enterado de que se ha extraído una gran cantidad de mineral.

—¿Qué se ha hecho con él?

—No lo sé.

—Abra la caja fuerte. Veamos lo que indican los libros.

Susan abrió el arca, descorrió el cerrojo de la portezuela interior y sacó los libros correspondientes a la Mojave Monarch Gold Mining Exploration Company.

Miss Corning hizo avanzar su silla de ruedas hasta pocos centímetros de la caja, se inclinó hacia delante para atisbar el interior.

—¿Qué es esto? —preguntó, señalando con un dedo huesudo y largo la caja de zapatos que Susan había quitado a Carleton Campbell.

Por un momento, Sue quedó confusa.

—Pues esto... esto es... particular, es algo de mi propiedad que he puesto en la caja porque no quería llevármelo para ir al aeropuerto y...

—¿Qué es? —insistió Miss Corning.

—Algo personal.

—¿Cartas de amor?

—No exactamente.

—Bueno, ¿qué es? Está en la caja fuerte de la compañía. No debería usted poner ahí sus objetos personales.

—No lo hubiese guardado aquí si usted no me hubiera

telefoneado, con lo que ha alterado todos mis planes. Al fin y al cabo, hoy no es día de trabajo. Se trata de algo puramente particular.

Miss Corning inclinó la cabeza de modo que los grandes cristales opacos de sus gafas miraron directamente a Sue. Después musitó:

—¡Hum!

Hizo girar su silla de ruedas y la dirigió hacia el escritorio donde Sue había colocado los libros y los informes.

La joven empezaba a temer a aquella mujer. Miss Corning tenía una extraña habilidad para leer sus pensamientos, para interpretar cualquier temblor de su voz. Sus dedos largos y huesudos se aferraban a las ruedas de la silla e impulsaban el vehículo con sorprendente velocidad.

—Bueno, querida, mis ojos no son lo que habían sido. Sólo puedo leer con esta lente de aumento, y la vista se me fatiga. Tendré que confiar en usted. ¿Dónde está la hoja que muestra el resumen de gastos?

Susan la separó del resto de los documentos.

—Leáme las cifras —dijo Miss Corning.

Sue las leyó con lentitud.

La mujer frunció el ceño y meneó la cabeza.

—No se entretenga tanto. Léalas aprisa. Las recordaré. Límitese a leerlas.

Sue obedeció.

Cuando hubo terminado, Miss Corning la interrogó acerca de las mismas repitiendo cifra tras cifra con exactitud perfecta, como si tuviese el resumen de gastos ante sus propios ojos.

Luego cambió de tema.

—¿Qué me dice de la propiedad Oklahoma Royal? —preguntó.

Sue se dirigió a la caja y sacó un informe. Ante la insistencia de Miss Corning, lo leyó también.

Bruscamente, Miss Corning dijo:

—Estoy pensando que Endicott Campbell es un granuja.

Sue guardó un silencio atónito.

—Consígame una maleta —ordenó Miss Corning—. Voy a llevarme todos estos documentos. Quiero que los examine un calígrafo experto. Creo que la mayoría de estos cheques son falsos, que los ha cobrado el propio Endicott Campbell.

—¡Oh, Miss Corning! Esto... esto sería...

—Exactamente —replicó Miss Corning, sin dejar que Sue terminara—. Esto sería falsificación, o desfalco, o ambas cosas. Bueno, quiero algo donde quepan todos estos documentos. Quiero una maleta, o mejor dos. Tome...

Miss Corning cogió de nuevo su bolso, lo abrió, sacó el billetero, apartó dos billetes de cien y dijo:

—En algún sitio encontrará una marroquinería abierta. Probablemente no será muy buena, pero basta con que venda maletas. Usos sitios permanecen abiertos a las horas más estrafalarias. Baje y consígame dos maletas fuertes. No las quiero de baratillo. Regrese tan pronto le sea posible.

—Sí, señora.

—Apresúrese. Conozco un experto calígrafo que examinará todo esto. No estoy satisfecha de cómo han ido las cosas, ni usted tampoco.

—Oh, ¿qué quiere decir?

—Sabe de sobra lo que quiero decir. Ha tenido que venir a trabajar el sábado para tratar de preparar los papeles. Se ha preguntado lo que me diría cuando yo compareciera. Tenía la esperanza de no tener que contestar ninguna pregunta, de que Endicott Campbell se encargara de ello.

—No... no me parece bien hablar de Mr. Campbell con usted, Miss Corning. Al fin y al cabo, trabajo para...

—Cese de decir tonterías —replicó secamente la mujer, y vaya a buscarme esas maletas. No quiero perder el tiempo. El lunes por la mañana he de saber a qué atenerme y cómo debo dirigirme a Endicott Campbell. No quiero correr el riesgo de ser objeto de una demanda por acusarle de algo que no pueda demostrar. Si hago una acusación, quiero poder probarla. Y por lo que veo, haré una acusación y quiero conocer bien los hechos que la respaldan. Bueno, muévase.

—Sí, señora —dijo Sue, sintiéndose muy pequeña e insignificante, y, al mismo tiempo, muy alarmada.

Bajó en el ascensor y después de un par de intentos infructuosos para encontrar una marroquinería abierta, solicitó ayuda a un taxista, que la condujo a una tienda pequeña, pero bien surtida, la esperó fuera mientras ella escogía dos maletas resistentes, y volvió a

llevarla a la oficina.

Sue, con las maletas en las manos, encontró a Miss Corning en su silla de ruedas, junto a la ventana, examinando varios cheques cancelados a la brillante luz de la tarde. Los examinaba con una gruesa lupa.

Miss Corning alzó la mirada y dijo:

—Hum. Lo que me temía. Todo este asunto es muy extraño. ¿Ha encontrado las maletas, pequeña?

—Sí.

—Póngalas en esa mesa. Empiece a guardar en ellas estos cheques. También ese libro y todos esos informes. Esta noche los examinaré en el hotel. Bueno, ¿dónde está Endicott Campbell? Quiero decir, ¿dónde debía estar?

—No lo sé. Esta mañana he llamado al club de golf para tratar de localizarle. Formaba parte de un cuarteto que debía jugar una partida, pero ésta había sido anulada.

—Quiero verlo, y quiero verlo esta noche, en mi hotel. No le deje que venga aquí. No quiero verlo aquí, ni en su ambiente. Quiero verle en el mío. Coja el teléfono y localícelo.

—Tendré que ir a la centralita, y... y...

—No me importa dónde deba ir —replicó secamente Miss Corning, al tiempo que metía un fajo de cheques anulados en una de las maletas—. Coja el teléfono y localícelo. Llame a su club de golf. Si no está allí, entérese de quiénes iban a jugar con él. Telefonee a cada uno de ellos. Localícelo... ¿Y en su casa? ¿No estará allí?

—No lo sé.

—¿Es viudo?

—Su mujer le abandonó. Ella se llevó una hija, Eve. Un hijo más pequeño, Carleton, vive con Mr. Campbell. Tiene una institutriz para que le cuide.

—¿Quién es la institutriz?

—Una inglesa.

—¿Quién es? ¿Cómo se llama?

—Elizabeth Dow.

—Está bien, póngase en contacto con ella. Telefonéela. Obtenga alguna información. Quiero que Endicott Campbell esté en mi *suite* del hotel esta noche a las ocho cuarenta y cinco. Que sea puntual,

¿me entiende? Dígale que no me gustan las personas que llegan tarde a las citas. Cuando digo a las ocho cuarenta y cinco, quiero decir las ocho cuarenta y cinco en punto. Ahora, ocúpese del teléfono mientras yo guardaré en las maletas lo que me interesa llevarme.

Al cabo de un cuarto de hora de llamadas telefónicas, Sue sabía tan poco sobre su jefe como por la mañana. La partida de golf había sido anulada; Endicott Campbell había avisado a primera hora que no podría jugar. Dos de los que debían participar en ella se unieron a otro grupo; el otro miembro, Harvey Benedict, era abogado. Sue no conocía ningún sistema para localizarle durante el fin de semana. En el listín telefónico no aparecía su número particular. En Información le comunicaron que no figuraba en la guía.

Una llamada a la residencia de Campbell sirvió para averiguar, por mediación de Elizabeth Dow, que el ama de llaves no había tenido noticias de Endicott Campbell en todo el día, pero que esperaba su regreso a las seis y media, pues había ordenado que a las siete estuviera la cena preparada.

Cuando Sue Fisher comunicó a Miss Corning el resultado de sus gestiones, la mujer permaneció inmóvil durante casi treinta segundos en su silla de ruedas. Su rostro huesudo, con los pómulos salientes, la barbilla pronunciada y la nariz larga, parecía casi grotesco en la inmovilidad de la concentración. Después dijo:

—Muy bien. Estas maletas son muy pesadas para usted. Baje y déle un par de dólares al ascensorista para que las coja y las deje en la acera. Allí cogeremos un taxi.

Sue se dirigió al ascensor y explicó la situación al empleado, quien sin pérdida de tiempo acudió a recoger las maletas. Después la muchacha cerró el despacho y, en compañía de Miss Corning, bajó a la calle. Allí detuvo un taxi.

—¿Dónde vive usted, pequeña? —preguntó Miss Corning.

Sue le dio la dirección.

—Muy bien —dijo Miss Corning al taxista—, primero iremos ahí y dejaremos a esta joven en su apartamento. Después me llevará al hotel Arthenium. Ahora ayúdeme a plegar esta silla de ruedas.

Había algo en la manera de dar órdenes de Miss Corning que hacía que los taxistas se llevaran instintivamente la mano a la gorra.

—Sí, señora.

Miss Corning, con gran habilidad, situó la silla de ruedas junto a la puerta abierta del taxi. Sue observó que podía utilizar las piernas lo bastante para prestar alguna ayuda al taxista mientras éste la metía en el vehículo; pero en un momento dado la vieja se apoyó pesadamente en un hombro de la muchacha, y en aquel momento ésta tuvo la impresión de que aquellos largos dedos, que parecían clavarse en su espalda, tenían una fuerza enorme. Cuando Miss Corning estuvo acomodada en el taxi, el chófer plegó la silla de ruedas y la colocó delante, junto con las maletas. Sue entró por la otra portezuela del taxi.

—Oh, a propósito —dijo Sue—, había olvidado devolverle el cambio de los doscientos dólares. Las dos maletas han costado setenta y seis centavos, impuestos incluidos. Y también está el dinero para gastos que me ha dado en el aeropuerto.

Sue le entregó el recibo de las maletas y abrió su bolso para hacer lo propio con el dinero.

—No se preocupe, pequeña. Olvídelo. Hoy ha sido un día muy agitado para usted. Ha actuado noblemente, y se lo agradezco. Constituye un placer encontrar empleados leales. Es algo muy valioso. No me ocurre a menudo. Es usted honrada. ¿Cree que ignoraba que aquellos primeros cinco billetes que le he dado eran de cien dólares? Ponía a prueba su honradez; si me hubiese dicho que eran de diez, la habría despedido en el acto. Es usted honrada y leal; una buena chica.

—Oh... oh... Gracias —dijo Sue, completamente aturdida.

—No tiene importancia —contestó Miss Corning.

—No sé cómo lo resiste. Debe de haber tenido un vuelo muy pesado desde Sudamérica, además de todas las molestias de preparar el equipaje, y, después, el trabajo que ha hecho en la oficina y...

—¡Bah! —la interrumpió secamente Miss Corning—. ¡No ha sido nada! No se preocupe por mí. Me he detenido en Miami y he tomado un baño caliente. Estoy fresca como una rosa.

—¿Seguro que no quiere que la acompañe al hotel, y...?

—¿Para qué? —replicó Miss Corning—. Estoy perfectamente. No me gusta que me traten como a un bebé, jovencita. Sé arreglármelas por mí misma. Y cuando me conozca mejor, verá que resulto eficiente. Ahora, acomódese y descanse. Quiero pensar un poco y no

me interesa que me interrumpa con su conversación. Si deseo que diga algo, se lo preguntaré. Si no le hago preguntas, cálese.

—Sí, Miss Corning.

Viajaron en silencio hasta que el taxi llegó al domicilio de Sue.

—Esto queda muy apartado —dijo Sue en son de disculpa.

—En absoluto. Si me hubiese marchado directamente al hotel, usted no habría cogido un taxi. Habría esperado el autobús y estaría rendida al llegar. En tanto que ahora, puede tomarse un baño caliente y descansar. Dejo a su cargo el que localice a Mr. Campbell y le diga que deseo verlo a las ocho cuarenta y cinco.

—¿Qué he de decirle si me pregunta sobre lo que ha ocurrido hoy?

—Dígale la verdad. Nunca mienta a nadie. Es algo que nunca pido a mis empleados, y yo tampoco lo hago. Si le hace preguntas, contéstele.

—Pero... supongamos que me pregunta si está usted satisfecha, si...

—Le responde que he dicho que creo que es un granuja. Así lo he manifestado y ésta es mi opinión. Tendrá que darme muchas explicaciones. Buenas tardes, Sue.

—Buenas tardes, Miss Corning.

Sue se apeó y permaneció en la acera mientras el taxi se alejaba con Amelia Corning sentada rígidamente en el asiento posterior. El rostro de la vieja no mostraba ninguna expresión y sus gafas oscuras miraban hacia delante.

Después Sue lanzó un suspiro y cogió la llave de su apartamento.

Capítulo 2

Eran las seis y veinte cuando sonó el teléfono de Susan Fisher y la voz impaciente e irritada de Endicott Campbell, dijo por el aparato:

—¿Qué diablos es esto de llamar al club de golf tratando de localizarme, Sue? Sabe que no me gusta que me molesten durante los fines de semana, y en especial me desagrada que una mujer telefonee tratando de averiguar dónde estoy y lo que hago. ¿Qué ocurre?

Furiosa, Susan contestó:

—Bueno, a mí también me gusta descansar los fines de semana. He estado trabajando todo el día y...

—Hay una ligera diferencia entre nuestras posiciones —la interrumpió Campbell, y añadió mordazmente—: y en nuestro valor para la Empresa. Me agrada pensar que soy indispensable; usted no lo es. Hable.

—En primer lugar, su hijo ha venido a la oficina con una caja de zapatos llena de billetes de cien dólares, y me ha dicho que era el tesoro de su papá, pues él y su papá habían intercambiado sus tesoros.

—¿Una qué? —preguntó Campbell con incredulidad.

—Una caja de zapatos con muchos billetes de cien dólares. Parecía llena.

—¿No ha contado el dinero?

—No.

—¿No tiene idea de cuánto hay?

—Tiene que haber miles de dólares.

—¿Dice que Carleton tenía la caja?

—Sí.

—¡Usted está loca!

—Está bien, estoy loca. Pero su hijo tenía la caja y ha dicho que era de usted. Es todo lo que sé.

—¿Dónde está ahora esa caja?

—La he metido en el arca.

—Susan, no puedo entenderlo. No puedo... Oh, yo no tengo ningún tesoro... No sé nada acerca de una caja llena de billetes de cien dólares. ¿Qué ocurre? ¿Qué trata de conseguir? Mi hijo no ha podido darle ninguna caja llena de dinero. ¡Es imposible! ¡Es absurdo!

—Está bien. En tal caso, soy una mentirosa.

—Yo no diría tanto, pero ciertamente está perturbada emocionalmente. Ha ocurrido algo. ¿Ha dicho que ha metido la caja con el dinero en el arca?

—Sí.

—Bueno, en tal caso ahora estará allí y hemos de tratar de enterarnos de lo que ha ocurrido. Desde luego, había dejado a mi hijo para jugar una caja con un par de zapatos. Pero es absurdo pensar que hubiese algún dinero en aquella caja. Bueno, ¿es éste el único motivo de haberme llamado? Esta historia absurda sobre mi hijo y una caja de zapatos llena de...

—Amelia Corning ha llegado en el avión de esta mañana y me ha retenido todo el día en la oficina. Dice que quiere que vaya a verla a las ocho cuarenta y cinco, y me ha pedido que le explicara que cuando dice a las ocho cuarenta y cinco significa...

—¿Cómo ha dicho? —gritó Campbell por el teléfono.

—Amelia Corning —repitió Susan—. Está aquí.

—¡No puede ser!

—Está bien, entonces también miento sobre esto. Y en vista de que no soy más que una embustera, creo que lo único que me queda por hacer es decirle adiós.

Y colgó con indignación el aparato.

Vaciló por un momento, después sacó el listín telefónico y buscó el número del abogado Perry Mason.

En el listín estaba la dirección de su oficina y un número telefónico, con una nota entre paréntesis: «Para llamadas nocturnas, Agencia de Detectives Drake». El número de dicha agencia estaba indicado también, por lo que Susan lo marcó en su aparato.

Cuando la telefonista de la agencia dijo: «Aquí la Agencia de

Detectives Drake», Susan estaba tan nerviosa que soltó de carrerilla cuanto quería decir, sin dar tiempo para que la telefonista contestara.

—He de ver a Mr. Mason —dijo—. He de verlo esta noche, ahora mismo. Es un asunto muy importante. Aquí Susan Fisher. He encontrado este número en el listín telefónico. Dice que es para las llamadas nocturnas que se hagan a Mr. Mason y...

—Un momento —consiguió decir por fin la telefonista—. La pondré con el propio Mr. Drake. Todavía está en la oficina.

Un momento después una voz masculina, tranquila y mesurada, dijo:

—Al habla Paul Drake. ¿Cuál es su problema, señorita?

Susan Fisher volvió a lanzar un torrente de palabras.

Drake comenzó a hacer preguntas, y, casi sin que ella se diera cuenta, la tranquila eficiencia de la voz de él calmó sus nervios, y se encontró facilitando un resumen bastante coherente de los acontecimientos del día.

—¿Dónde está usted ahora? —preguntó Drake.

Ella se lo dijo.

—Está bien —prosiguió el detective—. Trataré de ponerme en contacto con Mr. Mason y la volveré a llamar. Espere hasta tener noticias mías.

Susan Fisher colgó el aparato, fue al cuarto de baño y se puso polvos y colorete en la cara. Estaba dándose un último toque de carmín cuando volvió a sonar el timbre.

Susan corrió hacia el aparato, lo descolgó y dijo con tono expectante:

—¿Sí?

La voz que le llegó pertenecía a Endicott Campbell.

—Susan —dijo—. ¡Qué diablos! He estado tratando de llamarla y comunicaba continuamente. Quiero aclarar esto de una vez, Susan. ¿Dónde está Miss Corning?

—En su *suite* del hotel Arthenium.

—Esa *suite* estaba reservada para el lunes.

—Lo sé; pero como no estaba ocupada ella se ha instalado esta mañana.

—¿Dice que ha estado examinando documentos de la compañía?

—Me ha tenido allí todo el día.

—Esto no me gusta.

—Tampoco me ha gustado a mí. Quiere verle en el hotel a las ocho cuarenta y cinco en punto.

—Muy bien —dijo Endicott Campbell—, y yo quiero verla a usted en la oficina a las ocho en punto.

—No creo que pueda acudir.

—¿Por qué?

—Porque he estado trabajando todo el día y porque... porque tengo una cita.

—Anúlela.

—No podré estar allí a las ocho.

—Muy bien. Nos encontraremos en el vestíbulo del hotel Arthenium a las ocho y media en punto. Le concedo esa media hora extra para que anule su cita y disponga las cosas de modo que pueda enfrentarse con la situación si se produce algo urgente. Si no está allí, eso equivaldrá a su dimisión.

Y sin despedirse, colgó el aparato.

Instantes después, volvió a sonar el teléfono. Era de nuevo la suave voz masculina.

—Al habla Paul Drake —dijo el detective con su tono sosegado y tranquilizador—. Mr. Mason y su secretaria privada, Miss Street, están cenando en el Candelabra Café. Creen que a las ocho habrán terminado. Mr. Mason dice que si se trata de un asunto muy importante, podrá verla allí a esa hora.

—¡Pero esto queda cerca del hotel Arthenium! —exclamó Susan Fisher.

—Eso es.

—Oh, allí estaré. Estoy tan agradecida... Yo... Oh, por favor, dígle a Mr. Mason que nunca podré agradecerérselo lo suficiente.

Capítulo 3

Della Street miró por encima del borde de su copa y dijo en voz baja:

—A menos que haya perdido mi facultad de leer las expresiones faciales, la joven que acaba de entrar y está ahora junto al pupitre de recepción, es la que ha telefoneado a Paul Drake y se muestra tan preocupada sobre la dirección fraudulenta de la compañía en que trabaja.

Mason, que estaba de espaldas a la entrada, dijo:

—Hazme un favor, Della. Mientras ella espera concédeme el beneficio de tu opinión femenina.

—No está mal desde el punto de vista masculino. Tiene una bonita figura, curvas en los lugares adecuados; más bien modesta, recatada...

—Oh, desde un punto de vista masculino, no —la interrumpió Mason—. La observación masculina de las mujeres resulta muy poco precisa. Háblame desde un punto de vista femenino, Della.

—Ignoro cuánto ganará —dijo Della Street—, pero si vive de su sueldo de secretaria, creo que la ropa que lleva indica que está sola en el mundo. No tiene que mantener a una madre, a un padre, o a unos hermanos menores. Además, sabe llevar la ropa. Parece muy pulcra, lo que vosotros llamaríais muy cuidada.

—¿De qué color es el cabello?

—Oscuro. No negro; de un caoba oscuro.

—¿Natural?

—Cualquiera sabe, en especial a esta distancia. E incluso de cerca, lo más probable es que no pueda saberse.

—¿Ojos?

—Más bien oscuros. Desde aquí no se percibe el color. O negros o castaños. Es todo una damita. Está nerviosa, pero se esfuerza en

dominarse... Oh, no. Ahora está hablando con el *maître*. Ahí viene.

El *maître* dijo, en tono de disculpa:

—Esta señorita dice que está citada con usted, Mr. Mason.

Mason se puso en pie.

Della Street dijo:

—¿Es usted Susan Fisher?

Y cuando Sue asintió con la cabeza, Della alargó la mano:

—Soy Della Street, secretaria particular de Mr. Mason, y éste es Mr. Mason.

—¿Quiere sentarse? —la invitó el abogado.

—Lo... lo siento muchísimo, Mr. Mason. No hubiera debido molestarle durante la cena, pero es un asunto de la mayor importancia.

—Está bien —dijo Mason—, oigamos de qué se trata. ¿Quiere un postre, licor, café? Supongo que habrá cenado ya...

—Sí. He comido un bocadillo. Tengo que estar en el vestíbulo del hotel Arthenium dentro de treinta minutos.

—Bueno —dijo Mason—, en tal caso tal vez sea mejor que no perdamos tiempo con el café. Siéntese aquí y explíqueme todo lo que ha ocurrido.

Susan Fisher necesitó diez minutos de rápida conversación para describir al abogado los acontecimientos del día.

Cuando hubo terminado, Mason entornó los ojos. Consultó su reloj de pulsera.

—Bueno —dijo—, no hay tiempo para hacer nada.

—¿A qué se refiere? Quedan casi veinte minutos. Hay...

—No —interrumpió Mason—, me refería a conseguir algún testigo que pueda comprobar el contenido de la caja de zapatos.

—¿Cree que sería preciso?

Mason asintió.

—Usted hubiera debido buscar algún testigo tan pronto como ha descubierto lo que había en la caja.

—¿Por qué?

—Ignora cuánto dinero hay allí —dijo Mason—. Y tampoco lo sabe nadie más.

—Bueno, pero el contenido de la caja está intacto en el arca.

—¿Quién sabe que está intacto?

—Pues lo sé yo. Yo...

La voz angustiada de Sue se fue apagando hasta quedar en silencio.

—Exactamente —dijo Mason—. Usted supone que el contenido de la caja está intacto, pero, ¿y si alguien afirmara que faltan dos mil o cinco mil dólares?

—Sí —dijo ella—. Le comprendo.

—Alguien a quien interesa desacreditarla, desde luego —prosiguió Mason.

—¿Por qué habría de interesarle?

—Porque, aparentemente, tiene usted información sobre irregularidades cometidas en la compañía. En estas circunstancias, el culpable podría muy bien quererla complicar a usted.

Bruscamente, Mason hizo una señal al camarero.

—Será mejor que vayamos al hotel Arthenium lo más pronto posible —dijo Mason a Susan—. Si Campbell se presentara aunque sólo fuera cinco minutos antes, esto nos daría un tiempo adicional que tal vez necesitemos.

—Así pues, ¿usted... usted me representará?

Mason asintió.

—Cuando menos hasta que sepamos a qué atenernos.

Sue estrechó con gratitud la mano del abogado.

—Oh, Mr. Mason, no puedo explicarle lo que esto significa para mí. Empiezo a comprender... Bueno, esto podría resultar un golpe tremendo y yo... Caramba, me encuentro en una posición muy vulnerable por lo que respecta a ese dinero.

—¿Cree usted que Carleton es demasiado joven para haberlo contado?

—Oh, naturalmente.

—¿Cuánto dinero diría usted que había en la caja?

—No lo sé. Era una caja de zapatos prácticamente llena de billetes de cien dólares, pero que puede representar una suma bastante grande.

Mason asintió. El camarero trajo la cuenta. El abogado la firmó y después hizo una señal a Della Street.

—Queda sólo a una manzana —dijo Mason—. No vale la pena coger el coche y después perder el tiempo buscando un aparcamiento en el Arthenium. Iremos andando.

Salieron del café y, mientras caminaban hacia el hotel, Mason

dijo:

—Ahora, cuando lleguemos al vestíbulo, si Campbell está allí, presénteme como su abogado. Si aún no ha llegado, presénteme tan pronto como aparezca y déjeme hablar a mí.

—Se molestará —advirtió Susan Fisher.

—Lo sé. Pero igualmente ha de molestarse conmigo, y creo que necesita usted a alguien que la represente desde el principio.

—Pero, al fin y al cabo, Mr. Mason, Miss Corning es la verdadera dueña. Está por encima de Mr. Campbell, está por encima de todos; es la que me paga el sueldo. Creo que debería explicarle esto a Mr. Campbell y entonces esperar a que haga alguna acusación de...

—No pensaba en esto —dijo Mason.

—Pues es el único motivo por el que quería que estuviese usted presente. Decirle que, según la ley, no sólo tenía derecho a hacer lo que he hecho, sino que estaba obligada.

Mason dijo:

—Estaba pensando en esa caja de zapatos llena de dinero.

—Bueno, está en el arca y...

—Y —interrumpió Mason— si a Endicott Campbell se le ha antojado ir a la oficina, abrir el arca, coger la caja llena de dinero y ponerla allí donde nunca más se la vuelva a ver, usted carece de pruebas para demostrar que la caja ha estado allí alguna vez.

—¿Le cree capaz de hacer esto?

—No lo sé, pero cuando un hombre tiene en su armario una caja de zapatos llena de billetes de cien dólares, siento ciertas sospechas sobre su integridad, y el Departamento de Impuestos comparte mis dudas... Bueno, ya hemos llegado. Entremos.

Susan Fisher, con el rostro demudado por la aprensión, traspuso la puerta, que Mason mantenía abierta.

Della Street oprimió un brazo de Susan.

—Todo irá bien, Miss Fisher. Tenga confianza en Mr. Mason. Sólo trataba de explicarle el motivo por el que quiere encargarse de la conversación.

—Oh, Dios mío —dijo Susan Fisher—, él... Desde luego, Mr. Campbell no es capaz de hacer una cosa así, pero si la hiciera...

—Exactamente —dijo Della Street—. Si la hiciera, ¿qué?

—No lo sé —admitió Susan Fisher.

—¿Lo ve? —preguntó Mason, examinando el vestíbulo.

Sue negó con la cabeza.

Mason consultó el reloj y frunció el ceño.

—Es una situación en la que necesitaremos todos los minutos que podamos conseguir... ¿Es puntual en sus citas?

—Más bien llega antes.

—Bueno, esperemos que ahora también lo haga.

Consultó su reloj y empezó a pasear de un lado a otro del vestíbulo.

—Una cosa es segura —dijo Susan Fisher—. Tiene que estar aquí como máximo a las ocho y cuarenta y cinco. Es la hora que le ha fijado Miss Corning, aclarando que no admitiría que llegase un minuto tarde.

Esperaron hasta las ocho treinta y cinco.

Mason dijo con impaciencia:

—Quiero hablar con él antes de que suba a ver a Miss Corning. Necesito saber lo que...

—Ahí llega —le interrumpió Susan Fisher, señalando con la barbilla hacia la entrada del hotel.

Mason estudió al hombre que avanzaba a grandes zancadas hacia los ascensores: aparentaba unos cuarenta años; y tenía unos anchos hombros, caderas estrechas, cuello poderoso, mandíbula abultada, cejas espesas y ojos que parecían extrañamente atentos.

El hombre se dirigió hacia ellos y aparentemente estaba tan preocupado que no reparó en Susan Fisher hasta que estuvo a pocos pasos de ella.

—Susan —dijo—, ¿qué diablos significa esto? Yo...

—Quiero presentarle a Mr. Perry Mason —dijo Susan— y a su secretaria, Della Street. Mr. Mason es mi abogado.

Si Sue hubiese sacado un revólver y hubiera disparado a quemarropa contra Endicott Campbell, éste no se habría detenido con mayor brusquedad ni hubiese parecido más abrumado.

—¡Un abogado! —exclamó.

—Exactamente —dijo Mason, adelantándose y ofreciéndole su mano—. ¿Cómo está usted, Mr. Campbell? Represento a Susan Fisher.

—Pero, ¿para qué demonios necesita ella un abogado? —preguntó Endicott Campbell.

—Esto está por ver —dijo Mason—. Quería usted hablar con ella

de cierto asunto, ¿no es cierto?

—Le he pedido que viniera aquí para tratar de ciertos asuntos privados que conciernen a la compañía. Algunos de ellos son confidenciales. No me interesa exponerlos en público.

Mason, dándose cuenta de la ventaja que la sorpresa de Campbell le proporcionaba, tomó la iniciativa y dijo:

—Está el asunto de la caja de zapatos llena de billetes de cien dólares, Mr. Campbell. Parece usted haber puesto en duda la palabra de mi cliente sobre este particular, y ésta es una de las cosas que quiero dejar aclarada.

—Ésta es una de las cosas que yo quiero aclarar —dijo Campbell, enfrentándose furibundo con Susan Fisher—. Veamos, Susan, ¿qué diablos se proponía al tratar de escudarse tras un niño de siete años y complicarle en sus marrullerías?

—¿De qué me está hablando? —preguntó Susan.

—Lo sabe de sobra. Esta historia absurda de que Carleton tenía una caja de zapatos llena de dinero.

—Pues la tenía.

—¡Bah! —dijo Campbell—. Nunca ha tenido una cosa así.

—¿Se lo ha preguntado? —inquirió Mason.

Campbell se encaró con el abogado y dijo:

—No necesito preguntárselo. Y por lo que a mí respecta, éste es un asunto que a usted no le importa.

Mason dijo:

—Acaba usted de acusar a mi cliente de marrullerías. La acusación ha sido hecha en presencia de testigos. Veamos, ¿a qué marrullerías se refiere?

—Ella sabe a lo que me refiero —dijo Campbell—, y no creo que necesite entrar en detalles en vista del hecho evidente de que su presencia aquí sólo tiene por objeto tratar de encontrar una base para una demanda... Bueno, le diré algo, Mr. Perry Mason, si se propone representar a esta mujer, tendrá que ocuparse de cosas mucho más serias que ésta.

Campbell volvió a encararse con Susan Fisher.

—Y en vista de que aparentemente trata usted de hacerme caer en la trampa de formular acusaciones, me limitaré a hacer preguntas. ¿Qué hay de la caja de dinero de que me ha hablado por teléfono?

—¿Qué quiere saber sobre ella?

—¿Dónde la ha puesto?

—En el arca.

—¿Y qué ha hecho después con ella?

—Nada. La he dejado allí.

—Bueno, pues ahora no está.

—¿Qué? —exclamó Susan.

—Y lo que es más, usted sabe... Está bien, no haré ninguna acusación en vista de que está usted representada por un abogado competente. Sin embargo, sí afirmaré, Susan Fisher, que usted me ha dicho que tenía en su poder una caja conteniendo billetes de cien dólares. Ahora, la requiero para que me enseñe dicha caja.

—Deduzco —dijo Mason secamente— que ya ha estado usted en la oficina.

Campbell se volvió hacia el abogado, le examinó con mirada hostil, y dijo:

—No veo ninguna razón para contestar a su pregunta. Por otra parte, tampoco veo ninguna para no contestarla. He estado en la oficina. He abierto el arca. He buscado la caja allí donde ella ha dicho que la había dejado, y no estaba.

—¿Y qué demuestra esto? —preguntó Mason.

—Demuestra que ella miente.

—¿En qué sentido?

—Está bien —dijo Campbell—, lo expondré de esta manera. Que ella demuestre que no miente. No tiene ningún testigo que corrobore sus palabras sobre el contenido de esa caja. Ni siquiera tiene testigos de que tal caja haya existido.

—¿Y usted cree que debería tenerlos? —preguntó Mason.

—Hubiese sido una precaución muy recomendable, en lo que concierne a su veracidad.

—De modo que ha ido usted a la oficina y en el arca no había ninguna caja de zapatos.

—En efecto.

—¿Ningún dinero, ninguna caja?

—No.

—¿Y quiénes son *sus* testigos?

—¿Mis testigos? ¿A qué se refiere?

—Hubiese sido una precaución muy recomendable —dijo

Mason.

—¡Oh, usted... usted...! —tartamudeó Campbell.

—En algún momento de la investigación —dijo Mason—, tal vez sea usted interrogado respecto a las pruebas que tiene de que no ha encontrado allí esa caja.

—Bueno, no la he encontrado, y creo que mi palabra es lo suficientemente buena para convencer a un tribunal.

—Eso dependerá de varias cosas —dijo Mason.

—¿Cuáles? —preguntó burlonamente Campbell.

—Del modo de interrogarle —dijo Mason—, y de su comportamiento durante dicho interrogatorio... Bueno, creo que tiene usted una cita con Amelia Corning, ¿verdad?

—Sí.

—Yo también quiero ver a Amelia Corning —dijo Mason, y volviéndose hacia Sue Fisher preguntó—: ¿Cuál es su *suite*?

—La *suite* Presidencial, en el piso 21 —contestó ella.

—Entonces, será mejor que subamos todos —dijo Mason—. Deseo hacer varias preguntas a Miss Corning, y además quiero cerciorarme de que Mr. Campbell no hace ninguna insinuación a Miss Corning antes de que tengamos oportunidad de aclarar todo esto.

—No puede usted subir —dijo Campbell—. Se trata de una entrevista privada. Es por asunto de negocios y no tiene usted ningún derecho a inmiscuirse.

—¿Y quién va a detenerme? —preguntó Mason.

Campbell echó los hombros hacia atrás, y después contempló el rostro resuelto y las anchas espaldas del abogado.

—Antes de que vaya demasiado lejos en este asunto —dijo—, tal vez le interese saber que soy considerado como un boxeador muy bueno.

—Y antes de que a usted le ocurra lo mismo —contestó Mason—, tal vez le interese saber que se me considera un luchador endiabladamente bueno.

Tras de aquellas palabras, el abogado volvió la espalda a Campbell y se dirigió hacia los ascensores.

Della Street cogió a Susan Fisher por un brazo y siguió a Perry Mason.

Campbell empezó a seguirles, pero después se volvió y dijo:

—Está bien. Si es necesario, llamaré al detective del hotel.

Mason se quedó pensativo por un momento, observando cómo Campbell se alejaba.

—¿Cumplirá su amenaza? —preguntó Della Street.

—No lo sé —dijo Mason—. Pero creo que primero irá a telefonar a Miss Corning para pedirle que no nos reciba.

—Estoy convencida de que a mí sí me recibirá —dijo Susan Fisher—. Es muy amable, y me aprecia. En cambio, desconfía de él.

—Bueno, vamos a averiguar lo que opina Miss Corning —sugirió Mason.

Entraron en uno de los ascensores, subieron hasta el piso 21 y Susan Fisher les indicó el camino hasta la *suite* Presidencial.

Mason apretó el botón que había junto a la puerta. Oyeron el tañido de unas campanas y, más al interior de la *suite*, percibieron la llamada intermitente de un teléfono.

Mason apretó de nuevo el timbre y llamó con los nudillos. Frunció el ceño y dijo:

—¿Había fijado la cita para las ocho cuarenta y cinco, Miss Fisher?

—Eso es, y tenía que ser puntual.

Mason consultó su reloj.

—Son las nueve menos doce minutos.

—Hemos, llegado ligeramente retrasados —dijo Della Street.

—Tengo la impresión de que sería muy propio de ella esperar alrededor de treinta segundos y, si Mr. Campbell no se ha presentado, marcharse de la *suite* —dijo Susan Fisher.

—Pero, ¿no tiene que utilizar una silla de ruedas?

—Sí. Creo que puede dar uno o dos pasos, pero cuando anda debe apoyarse en alguien. Casi nunca se levanta de su silla.

Mason miró a un lado y otro del pasillo, y vio que, de la cabina de un ascensor, surgía Campbell acompañado por un individuo sobriamente vestido y de expresión pensativa. Ambos se dirigieron hacia ellos.

—Éste tiene todo el aspecto de ser el detective del hotel —dijo Mason.

—No me los imaginaba así —comentó Susan Fisher.

—Pues así es como todos son —contestó Mason, sonriendo.

—¿Cómo, Mr. Mason?

—Como la gente no cree que son.

Se adelantó hacia los recién llegados.

—No parece que haya nadie en esta *suite* —dijo Mason al detective.

—¿Debería contestar alguien? —preguntó el hombre.

—Eso creemos —repuso Mason.

El detective meneó la cabeza.

—La ocupante de esta *suite* se ha marchado poco después de las cinco de la tarde.

—¿Qué? —exclamó Susan Fisher.

—Voy a comprobar esta información —dijo el hombre—. En nuestro registro, la *suite* aparece como vacía. La cuenta ha sido pagada en efectivo por la mujer que la ocupaba.

El detective del hotel sacó una llave del bolsillo y dijo:

—Quiero que comprendan ustedes que no entro en una *suite* que en nuestros registros aparece como ocupada. Ésta es una *suite* vacía. Sólo voy a entrar para comprobar si las criadas la han limpiado y han dejado jabón, toallas, etc.

El detective dio vuelta a la llave, abrió la puerta, se hizo a un lado e inclinóse hacia Della Street.

—Las señoras primero —dijo.

Della y Susan Fisher entraron seguidas por Endicott Campbell. Mason y el detective cerraron la marcha.

Era una *suite* espaciosa, equipada con televisión, nevera, y un pequeño y bien surtido bar. Había dos dormitorios, dos cuartos de baño y una sala espaciosa.

Toda la *suite* estaba no sólo vacía, sino en el estado de ordenada limpieza característico de las habitaciones desocupadas de un hotel.

—Lo que me figuraba —dijo el detective.

Campbell no quedó satisfecho con la declaración del hombre. Se metió por los cuartos de baño, miró en los rincones, examinó las toallas limpias e incluso inspeccionó las baldosas del cuarto de baño.

De repente se encaró con Susan Fisher y dijo:

—¿Cómo sabemos que Miss Corning ha estado aquí?

Mason captó la mirada de ella y le indicó que guardara silencio.

—Podría examinar el registro del hotel —sugirió.

—Esto es exactamente lo que haremos —dijo Endicott Campbell.

—Bueno, puesto que estamos convirtiendo el asunto en una investigación conjunta —dijo Mason—, mejor será que sigamos adelante.

—Eh, oiga —intervino el detective del hotel—, no deseamos que ocurra nada que pueda significar publicidad para la casa.

—Desde luego que no —dijo Mason—. Lo único que han de desear ustedes es aclarar los hechos de modo que no se vean envueltos en publicidad alguna.

El detective entornó los ojos.

—¿Cómo sabe que los hechos no nos supondrán ninguna publicidad?

—No lo sé —contestó Mason alegremente—. Sin embargo, supongo que ustedes no tienen nada que ocultar, y sé que nosotros tampoco. Estoy seguro de que Endicott Campbell, por su parte, *no tiene nada que ocultar*.

—Esto no me gusta. Protesto por la insinuación —dijo Campbell.

—¿Qué insinuación?

—Que tengo algo que ocultar.

—Precisamente he dicho lo contrario —manifestó Mason.

—Bueno, no discutiré con usted. Vamos, bajemos a recepción y examinemos el registro.

Abandonaron la *suite*, fueron a recepción y el detective del hotel explicó la situación al encargado.

Éste habló cautelosamente.

—Esta mañana no estaba de servicio. Tengo entendido que cuando ha llegado, Miss Corning iba en una silla de ruedas, y la acompañaba una joven. La *suite* estaba reservada para ella, aunque sólo a partir del lunes por la mañana. He hablado con el empleado que estaba de servicio esta mañana. Tengo entendido que ha preguntado a Miss Corning cuánto tiempo pensaba quedarse, y que ella le ha contestado que probablemente dos o tres semanas. La joven que la acompañaba ha sido quien ha firmado en el registro.

—Era yo —dijo Susan Fisher—. Ella me ha pedido que firmara porque estaba en la silla de ruedas.

—¿No es esto muy irregular? —preguntó Campbell al empleado.

—Es infrecuente —admitió éste—. Pero no es irregular en vista de la categoría de Miss Corning y del hecho de que pensaba quedarse durante algún tiempo... Desde luego, como les he dicho,

esta mañana no estaba de servicio. Creo que han llegado a la vez bastantes personas, los equipajes estaban amontonados en el vestíbulo, y una mujer en una silla de ruedas merece, desde luego, ciertas consideraciones.

—Parece haberlas recibido en abundancia —observó secamente Campbell.

—Lo que nos interesa —dijo Mason— es saber lo que ha ocurrido después. ¿Qué nos puede explicar?

—Deberán hablar con el cajero. Yo estaba de servicio cuando ella se ha despedido. La he visto salir y me he preguntado si se marcharía definitivamente, pero después he descartado la idea, porque en nuestro registro se indicaba que iba a permanecer algún tiempo.

—¿Llevaba alguna maleta? —preguntó Mason.

—Sí, se ha llevado su equipaje.

El empleado llamó al subdirector, quien, a su vez, se puso en contacto con el cajero. Resultó que Miss Corning se había despedido poco después de las cinco de la tarde.

Mason se apartó del pupitre del cajero y se acercó al portero, quien examinó con atención respetuosa el billete doblado que Mason le metió en la mano.

—Una mujer con gafas oscuras, en una silla de ruedas, se ha marchado hacia las cinco y... —dijo Mason.

—Oh, sí, sí, la recuerdo. La recuerdo muy bien.

—¿Se ha ido en un coche particular o en un taxi?

—En un taxi.

—¿Sabe en cuál?

—No, eso no. No recuerdo al hombre... A ver, espere un momento. Hace un rato que le he visto en la parada. Es... Echemos una ojeada a esa fila de coches. Creo que es el cuarto o quinto.

Anduvieron rápidamente por la acera, formando un grupo compacto. El portero se detuvo ante un taxi y dijo:

—Es éste.

El taxista pareció algo preocupado.

—¿Qué ocurre? —preguntó, bajando el cristal de la ventanilla.

Mason dijo:

—Tratamos de localizar a una señora que se ha marchado de aquí hacia las cinco, en una silla de ruedas. Ha tomado su taxi y...

—Oh, sí —dijo el individuo—. La he llevado a la Union Station.

—¿Y después?

—No lo sé. Me ha pagado la carrera y ha llamado a un mozo.

—¿Iba a tomar algún tren?

—Eso creo.

—Bueno —dijo Mason—, me parece que esto es todo lo que podemos hacer por ahora.

Dio las gracias al taxista y encaminóse de nuevo hacia la entrada del hotel.

Endicott Campbell esperó un par de segundos y después se movió rápidamente hasta alcanzar al abogado.

—Escuche, Mason —dijo—. ¿Se le ha ocurrido pensar que esa mujer se ha marchado con los archivos de la corporación? Son documentos confidenciales y de extraordinaria importancia; son documentos que debe poseer la Entidad y que nunca debieron haber salido de sus oficinas.

—¿Qué cantidad de acciones posee Miss Corning? —preguntó Mason.

—Alrededor del 90 por ciento —repuso Campbell.

Mason le sonrió:

—Ahí tiene la respuesta.

—Bueno, espere un momento —dijo Campbell con tono belicoso—. Ésta no es la respuesta. No es posible zanjar una cosa así con una broma.

—¿Por qué?

—Porque yo soy responsable de esos documentos.

—Entonces, digámoslo de otra manera: ¿Ante quién es usted responsable?

—Ante los accionistas.

—Y ahora, vuelvo a preguntarle: ¿cuántas acciones posee Amelia Corning?

—¡Oh, váyase al diablo! —exclamó Campbell.

Y dando media vuelta, se alejó con rapidez.

Mason sonrió al detective del hotel, le estrechó la mano y dijo:

—Creo que podremos llevar el asunto de modo que no haya publicidad.

—Haga cuanto pueda —contestó el hombre—. Ya sabe que estos asuntos causan mal efecto cuando aparecen en la Prensa. Nuestro

hotel es muy conservador...

—Me hago cargo —dijo Mason—. Haremos cuanto podamos para colaborar con usted y...

Mason se interrumpió bruscamente.

El detective del hotel sonrió:

—Claro, claro. Nosotros también colaboraremos con usted, Mr. Mason. Si necesita algo no tiene más que llamarme. Mi nombre es Bailey. Colton, C-o-l-t-o-n C. Bailey. Pregunte por mí y haré cuánto pueda.

—Muchísimas gracias —contestó Mason, y, volviéndose hacia las dos jóvenes, añadió—: Vamos a terminar nuestra cena.

Y se encaminó hacia el Candelabra Café.

—Oh, les pido mil perdones —dijo Susan Fisher—. Creía que habían terminado de cenar.

—Así es —replicó Mason—, pero no quería que el detective del hotel supiera a dónde vamos.

—¿Y a dónde vamos?

—A mi oficina. Tenemos que lanzar a Paul Drake tras la pista de Amelia Corning, para intentar alcanzarla antes de que lo haga Endicott Campbell. Cuando Endicott Campbell se ha marchado, he tenido la impresión de que iba a emprender la búsqueda por su cuenta. O mucho me equivoco, o ahora está en camino hacia la Union Station, donde interrogará sucesivamente a los mozos para tratar de averiguar lo ocurrido.

—Entonces, ¿no teme usted que se le adelante? —preguntó Susan Fisher.

—No necesariamente —contestó Mason—. Hay muchas maneras de hacer las cosas. En la oficina tenemos un horario de ferrocarriles. Comprobaremos qué trenes salían alrededor de esa hora. Le pediremos a Paul Drake que ocupe a varios profesionales y averiguaremos qué billetes se han vendido. Tal vez Campbell averigüe antes que nosotros a dónde ha ido ella desde la Union Station, pero apuesto a que nosotros descubriremos antes que él el lugar en que se halla ahora. Es decir, a menos que Campbell tenga la astucia de contratar detectives profesionales.

—¿Y después?

—Después, esperaremos en mi despacho hasta que tengamos alguna pista concreta. Una mujer casi ciega y constreñida a no

abandonar una silla de ruedas, no puede desvanecerse en el aire.

El abogado sacó su auto del aparcamiento del restaurante. Fueron al despacho de Mason. Della telefoneó a Drake y le pidió que acudiera en seguida.

Instantes después, la llamada característica de Paul Drake sonó a la puerta del despacho particular de Mason, y Della Street hizo pasar al detective.

Mason dijo:

—Paul, te presento a Susan Fisher. Está empleada en la Corning Mining, Smelting & Investment Company. La empresa es prácticamente un negocio particular de Amelia Corning, una acaudalada dama que vivía en América del Sur.

»Miss Corning tiene aproximadamente cincuenta y cinco años, está casi ciega, lleva grandes gafas oscuras, y aparentemente, a causa del artrismo, ha de ir casi siempre en una silla de ruedas. Estaba en el hotel Arthenium. Se ha marchado poco después de las cinco y ha cogido un taxi hasta la Union Station.

Drake, con modales tan indolentes que casi sugerían una pereza crónica, escuchaba con una expresión distraída, que ocultaba la competencia profesional con que calibraba a Susan Fisher.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó a Mason.

—Que la encontréis.

Drake se encaminó hacia el despacho exterior.

—Si no te importa, utilizaré el teléfono de ahí fuera. No os molestaré mucho.

Drake dirigió a Susan Fisher una sonrisa levemente tranquilizadora y desapareció por la puerta.

—El mejor —dijo Mason.

Drake regresó al despacho al cabo de unos diez minutos y dijo:

—No he perdido el tiempo, Perry. Mis hombres están trabajando ya. Unos se dirigen a las compañías de taxis, en busca de información. En menos de diez minutos tendré a tres hombres en la estación. Interrogarán a los mozos, a los taquilleros y al encargado de la sección de taxis.

—Buen trabajo, Paul —dijo Mason.

Della Street alargó a Paul Drake una hoja de papel pulcramente mecanografiada.

—Éstos son los trenes que salen después de las cuatro, tanto de

la Southern Pacific como de la Santa Fe.

Paul Drake dobló el papel y se lo guardó en un bolsillo.

—Gracias, Della —dijo. Y al cabo de un momento añadió—: Los cerebros privilegiados funcionan siempre al unísono.

—¿Quieres decir que ya has comprobado los horarios? —preguntó Mason.

—Quiero decir que lo primero que mis hombres harán cuando lleguen a la estación y la hayan examinado superficialmente por si ella todavía está en la sala de espera, es determinar qué trenes han salido. Si ha cogido alguno, supongo que te interesará saber cuál es antes de que el tren llegue a su destino, ¿verdad Perry?

—En efecto.

—¿Alguna sugerencia? —preguntó Drake.

Mason dijo:

—Hay un tren que va a Sacramento. Pasa por Mojave. No me sorprendería nada que la persona a quien buscamos hubiese sacado billete hasta Mojave.

—¡Válgame el cielo! —exclamó Sue Fisher—. Apuesto a que esto es exactamente lo que ha hecho.

—Si ha cogido este tren —observó Della Street—, ha tenido que pasar un rato en la sala de espera.

Mason asintió:

—¿Se te ocurre el motivo por el que ella se ha marchado del hotel y ha ido a la estación para hacer tiempo en una sala de espera, cuando podía haber aguardado en su lujosa *suite* del Arthenium?

—A ver, espérate un momento —dijo Drake—. ¿Por qué empezar la casa por el tejado? Exponéis una suposición y luego tratáis de encontrar los hechos que la justifiquen. Será mejor que primero descubramos los hechos; después las suposiciones. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —contestó Mason, sonriendo.

—Está bien —prosiguió Drake—. Me marchó a mi oficina y empezaré a hacer llamadas desde allí.

El detective abandonó el despacho y Sue Fisher se volvió hacia Mason con expresión inquieta.

—Todavía no hemos hablado de sus honorarios.

—En efecto, no hemos hablado —repuso Mason, sonriente.

—Soy una muchacha que vive de su sueldo, Mr. Mason, y... Bueno, no me he atrevido a decir nada ante Mr. Drake, pero no me es posible pagar todos esos detectives y toda esa acción tan costosa.

—No se preocupe —dijo Mason—. Por ahora, la cosa corre de mi cuenta.

—Pero incluso así, Mr. Mason, no tengo lo suficiente...

—Miss Corning tiene dinero —la interrumpió Mason.

Ella enarcó las cejas, sorprendida.

Mason se limitó a sonreír.

Al cabo de un momento, Sue Fisher dijo:

—Pero, Mr. Mason, Miss Corning no pagará mis gastos legales.

—Desde luego que no. Pero creo que tal vez estemos ayudando a Miss Corning a hacer algo que le interesa mucho. Esta situación resulta fascinadora.

Della Street sonrió a Susan Fisher y dijo:

—Coja una de las revistas que hay en la sala de espera y póngase cómoda. Tenemos mucho trabajo y hemos de aprovechar todos los minutos.

Della Street se metió en su despacho y, al cabo de un momento, pareció estallar el teclado de su máquina de escribir. Mason cogió un ejemplar de *Decisiones Anticipadas* y dijo a Sue Fisher:

—Estoy siempre tan ocupado que me resulta difícilísimo mantenerme al día con estas nuevas decisiones, y si no fuera por momentos como éste, me sería imposible por completo conseguirlo.

Sue asintió, dirigióse a la sala de espera y después regresó de puntillas con varias revistas. Durante un rato, trató de leer, pero después, sintiéndose demasiado excitada para concentrarse en lo que hacía, dejó las revistas en su regazo y permaneció inmóvil contemplando el rostro de Mason y observando que su concentración era tan grande que parecía haberla olvidado por completo.

El teléfono rompió el silencio antes de que hubiera transcurrido media hora de la marcha de Paul Drake. Della Street se precipitó hacia el aparato y dijo:

—Sí, ¿de qué se trata, Paul? —Escuchó con el ceño fruncido y añadió—: Creo que sería mejor que vinieras... Sí, aún está aquí.

Della Street colgó el teléfono y dijo:

—Paul viene hacia aquí. Han descubierto una situación especial.

—No me sorprende —dijo Mason, al tiempo que dejaba el ejemplar de *Decisiones Anticipadas*.

Della Street se dirigió hacia la puerta.

—¿Tiene su oficina en este mismo piso? —preguntó Susan Fisher.

Mason asintió.

La llamada de Drake sonó en la puerta, y Della Street le abrió al instante.

—¿Qué hay? —preguntó Mason, tan pronto como Drake hubo entrado en el despacho.

El detective meneó la cabeza.

—Algo absurdo, Perry.

—¿Qué?

—Está bien —dijo Drake—, he aquí lo ocurrido. Ella no ha tratado de ocultar su llegada a la estación. Por el contrario, ha llamado bastante la atención. Llevaba cuatro maletas. Dos de ellas pesaban mucho, como si contuviesen libros o algo así.

—O botellas —dijo Mason, sonriente.

—O botellas —admitió Drake—. El caso es que el mozo ha sacado la impresión de que eran libros.

»Ella quería guardar las maletas en una de esas consignas con llave individual, en las que se echan veinticinco centavos, se mete la maleta, se cierra la puerta, y se marcha uno con la llave en el bolsillo.

Mason asintió:

—Se ha desembarazado así de todas las maletas, ha dado al mozo una buena propina, y después se ha encaminado con su silla de ruedas hacia el lavabo de señoras... y ha desaparecido por completo.

—¿Ha entrado en el lavabo?

—Nadie lo sabe. Desde aquel momento se ha desvanecido en el aire.

—¿Has investigado en los trenes?

—Hemos preguntado a los encargados de los andenes, a los mozos de cuerda, a los taquilleros, a todo el mundo. Hemos identificado al mozo que la ha ayudado a guardar las maletas en los compartimientos. Hemos conseguido que uno de los encargados de la consigna los abriese con una llave maestra.

—¿Estaban vacíos? —preguntó Mason.

—Vacíos.

—Esto es lo que me temía —dijo Mason.

—¿Qué? —preguntó Susan Fisher.

Las facciones de Mason se endurecieron.

—Ya le he dicho que una mujer de cincuenta y cinco años, con gafas oscuras, una mujer que está casi ciega y que no puede apartarse de su silla de ruedas, no puede ir a un sitio como la Union Station y esfumarse en el aire.

—Recuerdo que me lo ha dicho —contestó Sue Fisher—, pero...

Mason sonrió cuando ella se quedó callada.

Sue Fisher prosiguió:

—Pero parece haberlo conseguido.

Mason se encaró con Paul Drake.

—Paul, quiero que investigues todas las posibles salidas de la Union Station. Quiero que tus hombres tengan en cuenta todas las posibilidades; todas, ¿me entiendes? Quiero saber todos los sistemas que puede utilizar una persona para abandonar la estación, y quiero que se compruebe cada uno de ellos. No me importa si han de trabajar toda la noche.

—Así se hará —prometió Drake, y abandonó el despacho.

Sue Fisher dijo:

—¿No puede explicarme lo que teme usted, Mr. Mason?

El abogado contestó:

—Una mujer así no puede esfumarse en el aire. Por lo tanto, hemos de llegar a la conclusión de que partimos de una idea equivocada.

—¿Quiere decir que no podía hacer lo que en realidad ha hecho?

—No. Quiero decir que su descripción no es la que conocemos.

—¿Supone usted...? ¿Trata de decirme que...?

—Supongamos que esa mujer fuese una impostora —sugirió Mason—. Usted no conoce a Amelia Corning. Y sólo usted ha visto a esa mujer. Ella le ha telefoneado y le ha dicho que era Amelia Corning. Usted ha ido al aeropuerto. Ella estaba allí sentada. Tenía un aspecto parecido a la descripción que usted conoce de Amelia Corning. Sus maletas estaban llenas de etiquetas sudamericanas... Esto puede ser un hecho significativo.

—¿A qué se refiere?

Mason dijo:

—En circunstancias normales, el equipaje hubiese estado en la consigna del aeropuerto. Esa mujer estaba sentada en el vestíbulo en una silla de ruedas. Tenía el equipaje con ella. Ahora bien, ¿cómo llegó hasta allí? Evidentemente, no fue a recoger su equipaje para transportarlo en la silla de ruedas. Por lo tanto, tuvo que encargar a un mozo que se lo hiciera.

»Ahora bien, ¿por qué esto? Era mucho más lógico dejar el equipaje en consigna hasta tener a punto el medio de transporte, y entonces pedirle al mozo que llevara el equipaje hasta el vehículo que esperaba.

»La idea de una mujer sentada en medio de un vestíbulo, en una silla de ruedas, con el equipaje a su alrededor, y el hecho de que en dicho equipaje hubiera una serie de ostentosas etiquetas de hoteles sudamericanos, indica que ella estaba muy ansiosa de que usted la identificara en el momento de verla, y que no pusiera en duda su identidad.

»Esto me ha preocupado cuando me lo ha explicado usted —prosiguió Mason—; pero luego, al describirme usted su carácter, he llegado a la conclusión de que tal vez fuera la clase de persona que insiste en tener su equipaje a la vista, de modo que he tratado de borrar esta idea de mi pensamiento. Sin embargo, éste es uno de los motivos por los que me ha interesado el caso.

—Entonces, ¿cree usted que la mujer era una impostora?

—Lo ignoro. Lo que sí sé es que he empezado a considerar esta posibilidad desde el momento en que me ha explicado usted su encuentro con ella.

»Ahora bien, si es una impostora, deberá usted admitir que ha conseguido un bonito botín. Se ha marchado con una serie de pruebas comprometedoras contra Endicott Campbell, que le proporcionarían una base sólida para un chantaje, y probablemente se habrá llevado también una caja de zapatos que contenía Dios sabe cuántos miles de dólares...

Mason fue interrumpido por una exclamación angustiada. Susan Fisher, con el rostro pálido, los ojos muy abiertos, se apretó contra la boca el dorso de una mano. Su expresión abatida resultaba inconfundible.

—¿Comprende ahora por qué no he querido hablar de momento sobre mis honorarios? —dijo Mason—. Antes quería saber de qué se trataba en realidad. Y no quiero ver cómo se mete usted en una trampa de la que no hay escapatoria.

Sue Fisher consiguió hablar:

—¿A qué se refería cuando ha dicho que partíamos de una idea equivocada?

—Supongamos que esa mujer que se ha hecho pasar por Amelia Corning, sea una impostora. Supongamos que haya entrado en el lavabo para señoras, haya dejado la silla de ruedas, y se haya quitado las gafas oscuras, para después encaminarse hacia la salida, no como una inválida, sino como una mujer normal.

—¿Y se ha encontrado con alguien? —preguntó Sue Fisher.

—Tiene que haber sido así. Se ha encontrado con alguien que ha abierto los compartimentos, ha sacado las maletas, las ha metido en un auto, ha plegado la silla de ruedas, la ha guardado en el baúl del vehículo y después ha conducido a la ciudad a la persona que se había hecho pasar por Miss Corning.

—Tiene que haber cogido esa caja —dijo Sue Fisher con un susurro abrumado.

—Desde luego, puede haberlo hecho —dijo Mason—. Y ahora, Miss Fisher, quiero que se marche a su casa, y trate de no preocuparse. Si se produce cualquier circunstancia que guarde relación con el caso, telefonee a la Agencia de Detectives Drake y deje un recado.

Mason se puso en pie, apoyó una mano en el brazo de ella, y la acompañó amablemente hasta la puerta.

—¿Podrá ir sola a su casa?

Ella contestó:

—Desde luego. Lo único que tengo que hacer es coger el autobús, y después, andar tres manzanas.

—¿Tres manzanas? —preguntó Mason.

Ella asintió.

—¿Cuánto dinero tiene?

—Oh, me queda parte del que me ha dado Miss Corning. ¿Quiere que le entregue un anticipo?

—No. Quiero que tome un taxi que la deje en la misma puerta de su casa. No abandone su apartamento durante la noche bajo

ninguna circunstancia sin llamar antes a Paul Drake y explicarle a donde va.

El abogado acompañó a la muchacha hasta los ascensores. Una vez ella se hubo metido en una cabina, Mason se encaminó al despacho de Paul Drake. Cuando se enfrentó con el detective, en su rostro no había ya ninguna sonrisa tranquilizadora.

—Bueno, Paul —dijo—, que tus hombres sigan trabajando en la estación, pero ordena que otro vaya al aeropuerto, y que permanezca allí.

Drake frunció el ceño.

—¿Piensas que Miss Corning comparecerá por allí?

Mason asintió.

—¿Crees que ha cogido un taxi hasta la estación y que después ha cambiado de idea y se ha dirigido al aeropuerto para marcharse...?

—No, demonios —dijo Mason—. Creo que ella está a punto de llegar.

El detective necesitó un momento para captar el significado de las palabras de Mason. Entonces dijo:

—¡Oh, oh! ¡Vaya embrollo va a armarse!

Mason dijo:

—Aparentemente, el camino que utilizará será volar hasta Miami y entonces tomar un avión desde Miami hasta aquí. Ésta es la ruta que la otra mujer ha dicho haber seguido, de modo que probablemente será la que adopte Miss Corning. En Miami pasará los trámites de inmigración y aduanas y después vendrá hasta aquí.

»Que tus hombres vigilen el aeropuerto y me informen en el momento en que llegue —y me refiero literalmente al *momento* en que llegue—, no importa qué hora del día o de la noche sea. No quiero que tenga oportunidad de acercarse a un teléfono o hacer lo que sea, antes de que yo la vea. Que uno de tus hombres la aborde y le diga que se le ha encargado que la reciba. No es preciso que aclare si ha sido la compañía quien le ha dado estas instrucciones. Puede limitarse a aclarar que se le ha encargado que la reciba y que la acompañe hasta el hotel. Después, y sin pérdida de tiempo, que me telefonee.

—¿Irás al aeropuerto? —preguntó Drake.

—No habrá tiempo —dijo Mason—. Estaré esperándola en el

hotel Arthenium.

—¿Y Endicott Campbell?

—Endicott Campbell ha convertido esto en una batalla de ingenio —dijo Mason—. Si adivina lo que ha de ocurrir, tal vez se encuentre allí lo mismo que yo. De lo contrario, hablaré con ella primero.

—¿Y Susan Fisher? —preguntó Drake.

—Antes de que transcurran dos horas de la llegada de Miss Corning, Sue Fisher será detenida por desfalco de una cantidad que probablemente ascenderá a ciento cincuenta mil dólares. Se la acusará de haber falseado los libros y comprobantes de la compañía, a fin de evitar cualquier posibilidad de inspección, lo que la meterá hasta el cuello en un lío tremendo.

Drake meditó por un momento, y después sacudió lúgubrementes la cabeza.

—Y ni siquiera a ti se te ocurre una defensa que pueda sacarla de la trampa —dijo.

—No estés tan seguro de eso, Paul. Tú comienza a producir interferencias, que yo me encargo de lo demás. Pero quiero unas interferencias de primera. Bueno, en marcha.

Capítulo 4

El domingo, a las once y media de la mañana, el teléfono privado de Mason empezó a sonar y la voz de Paul Drake brotó del auricular.

—Bueno, Perry, tú ganas.

—¿Está aquí?

—En el aeropuerto. Mi hombre la está ayudando y la llevará al Arthenium en el auto de la agencia.

—Muy bien, Paul, gracias —dijo Mason—. Me pongo en camino.

—¿Quieres que vaya yo también?

—No. Telefonea al apartamento de Della y pídele que se dirija al hotel tan aprisa como pueda. Que lleve una libreta de taquigrafía y su encanto femenino. Algo me dice que esta mujer tal vez sienta recelos de los hombres; pero Della tiene que ser capaz de conquistarla. Cuando menos, puede intentarlo.

—Está bien —dijo Drake—. Te deseo suerte, Perry.

—La necesitaré —contestó el abogado.

Mason llamó al apartamento de Susan Fisher:

—La llamo para ponerla sobre aviso —dijo.

—¿Sobre qué?

—Para que esté dispuesta a actuar.

—¿Qué debo hacer?

—Tal vez desee que vaya usted a algún sitio.

—Está bien, estoy dispuesta. Haré lo que usted diga, Mr. Mason.

—Manténgase cerca del teléfono y esté a punto para salir.

Mason colgó el aparato. Después se dirigió al garaje y sacó su auto.

Cuando llegó al hotel Arthenium, tuvo que esperar quince minutos antes de que el detective Drake compareciera, acompañando solícitamente a una mujer enjuta instalada en una

silla de ruedas. Una mujer que llevaba gafas con grandes cristales azules y que tenía pómulos altos, barbilla sobresaliente, y una boca firme.

Mason se acercó a la mujer.

—¿Miss Corning? —preguntó.

Ella irguió la cabeza y la movió de un lado a otro, atisbando a través de los gruesos cristales azules y tratando de captar una imagen del hombre cuya voz había oído.

Luego, al cabo de un momento, contestó con sequedad:

—Soy Miss Corning. ¿Qué desea usted?

—Me llamo Perry Mason. Soy abogado y deseo hablar con usted sobre un asunto de la mayor importancia, un asunto relativo a sus intereses de aquí. Creo que es necesario que escuche lo que he de decirle antes de ponerse en contacto con alguien más.

Ella vaciló por un momento, y después dijo:

—Muy bien, tendré mucho gusto en oír lo que quiera usted decirme, Mr. Mason. Creo que se me ha reservado una *suite* aquí. Cuando menos, esto es lo que me comunicaron por telegrama.

—Tengo entendido que su compañía la aguardaba —dijo Mason.

—Bueno, han sido más eficientes de lo que yo esperaba. Pero sigo sin comprender cómo han averiguado que llegaba yo. Oficialmente, no debía comparecer hasta mañana. Sin embargo, el viaje es tan largo y pesado que he decidido llegar un día antes a fin de estirar los músculos y descansar.

Uno de los hombres de Drake, que se había aproximado al mostrador de recepción, regresó hacia la silla de ruedas con una tarjeta de registro, y acompañado del recepcionista. Dirigió una mirada significativa a Mason y dijo:

—El hotel desea la firma personal de Miss Corning en la tarjeta de registro.

—Ciertamente —dijo Mason.

Miss Corning alargó una mano huesuda en dirección a la tarjeta que el recepcionista le ofrecía, pero sus dedos quedaron a quince o veinte centímetros de la tarjeta.

El recepcionista, retiró diplomáticamente la tarjeta y después la metió entre los dedos de la mujer.

—Por favor, firme aquí —dijo.

—¿Dónde? —preguntó Miss Corning, con la pluma en la mano.

—Aquí.

El recepcionista apoyó su mano en la de ella y la bajó hasta que la pluma rozó el papel. Entonces la mujer escribió «Amelia Corning» con una letra angulosa y apretada, pero legible.

Un botones dijo:

—Por aquí, Miss Corning.

—¿Sólo trae esas dos maletas y el bolso? —preguntó Mason.

—Válgame Dios, ¿qué esperaba? Sabe lo que cuesta el exceso de equipaje en esos aviones que vienen de Sudamérica. Es un robo a mano armada... Ojalá hubiese traído únicamente el bolso... Desde luego, la comodidad es importante, pero, al fin y al cabo, un dólar es un dólar. Bueno, subamos y veamos qué desea usted Mr... Mr...

—Mason —terminó el abogado.

—Oh, sí, Mason. En seguida olvido los nombres, pero trataré de acordarme del suyo. Tiene usted una voz agradable. Creo que me gustará usted.

El abogado anduvo junto a la silla de ruedas mientras se encaminaba hacia los ascensores.

Colton C. Bailey, el detective de la casa, quien evidentemente había sido avisado por el recepcionista, compareció en escena, saludó a Mason y dijo en voz baja:

—Presénteme.

Mason dijo:

—Miss Corning, permítame presentarle a Mr. Colton Bailey. Ocupa un cargo importante en el hotel y si desea usted algo él estará encantado de poder complacerla.

—Esto está muy bien —dijo Miss Corning—. Subiré a echar una ojeada a la *suite* Presidencial. Probablemente querré trasladarme a algo más modesto. No me hace ninguna falta disponer de una serie de habitaciones que no utilizo, y esas *suites* cuestan mucho dinero.

—Ahora mismo subiremos a echar un vistazo, Miss Corning —dijo Bailey—. Queremos asegurarnos de que queda usted satisfecha.

La pequeña comitiva subió a la *suite* Presidencial. El botones abrió la puerta y Bailey, Mason y el detective Drake empujaron la silla de ruedas de Miss Corning hasta la pieza principal.

Ella miró en torno, y lanzó un resoplido.

—Apostaría a que esto cuesta cien dólares al día —insistió.

—Ciento treinta y cinco —dijo Bailey, en son de disculpa.

—Está bien, quiero trasladarme a otro sitio más modesto.

—Según tengo entendido, el alquiler ya ha sido arreglado —dijo Bailey.

Ella lanzó otro resoplido.

—Esto es muy propio de Endicott Campbell. Quiere impresionarme gastando el dinero de la compañía en un lujo que no me hace ninguna falta. Y, a propósito, ¿dónde está él?

Bailey miró interrogativamente a Mason.

El abogado consultó su reloj y dijo:

—Aparentemente, no ha llegado aún, Miss Corning; pero es posible que no tarde.

Bailey dijo:

—Y ahora, Miss Corning, hay una formalidad que tenemos que cumplir por motivos de seguridad. Probablemente querrá usted cobrar algún cheque aquí en el hotel y desearíamos establecer el crédito. Desde luego, la parte financiera del asunto, ya ha sido arreglada; lo único que necesitamos es una comprobación de su identidad. Tal vez no le importe permitirme que examine su pasaporte.

—¡Hum! —dijo ella—. Aún no le he pedido nada, excepto un alojamiento más pequeño.

—Pero, si a usted no le importa, nos gustaría ver su pasaporte, Miss Corning —insistió el detective.

—¡Valiente lata! He estado enseñando ese maldito pasaporte... Esperaba que cuando llegase a mi país no necesitaría llevarlo en la manga para enseñárselo a cualquier Tom, Dick o Harry que lo solicitase.

De repente, se dio cuenta de lo mal que sonaban sus palabras, y sonrió fríamente:

—Pero esto no quiere decir que sea usted Tom, Dick o Harry..., ¿verdad?

—No, Miss Corning —dijo Bailey—. Soy Colton, Colton Bailey.

—Oh, muy bien —dijo ella—. Me alegro de que se lo haya tomado por las buenas. Creo que estoy un poco nerviosa.

Abrió su bolso y sacó un pasaporte.

Bailey lo examinó cuidadosamente; después, mientras se lo devolvía a Miss Corning, hizo un ademán de asentimiento a Mason.

—Bueno —dijo el detective con voz que mostraba sin lugar a

dudas su alivio—, nada me queda por hacer aquí, Miss Corning; cuando menos de momento. Les dejo; Mr. Mason y usted necesitarán hablar de sus cosas.

El hombre de Drake dijo:

—Yo también he terminado mi misión, Miss Corning. Supongo que no querrá nada más de mí.

Cuando abrieron la puerta, Della Street, pulcramente vestida, tranquila y eficiente, entró en la habitación.

Calibró la situación, acercóse a la silla de ruedas y dijo:

—¿Cómo está usted, Miss Corning? Soy Della Street, secretaria de Mr. Mason, y mi jefe me ha pedido que viniera por si podía serle de alguna utilidad. Si necesita usted de una ayuda femenina, estoy a su completa disposición.

Miss Corning inclinó la cabeza con un ademán característico que la hacía parecerse a un pájaro, y la movió de un lado para otro, como si tuviera la esperanza de obtener con ello una visión más clara.

—Bueno, querida —dijo—, no puedo verla muy claramente, pero noto que tiene una figura muy esbelta y su voz es maravillosa. A medida que mi vista empeora, confío más en mis oídos. Hago mucho caso de las voces, y, ciertamente, la de usted me gusta.

—Gracias. Muchísimas gracias.

—De nada. Veamos, Mr. Mason, usted es abogado. Si su tiempo no vale gran cosa, entonces no es usted un buen abogado. Si es usted un buen abogado, su tiempo valdrá mucho dinero. Ninguno de nosotros quiere desperdiciarlo. De modo que vamos al grano.

—¿No desea usted descansar un poco, primero? —preguntó Mason.

—Empiece usted, joven —replicó ella secamente—. Me encontrará lo bastante descansada. Bueno, ¿qué desea usted?

—No se trata de lo que yo desee —dijo Mason—, sino de lo que un cliente mío desea.

—Bueno, es lo mismo. Empiece a hablar. Siéntese, póngase cómodo y dígame a esta deliciosa secretaria suya que haga lo mismo.

—¿Está usted bien en la silla de ruedas? —preguntó Della Street—. ¿No quiere instalarse en un asiento más cómodo?

—Estoy muy bien aquí —dijo Miss Corning.

Mason empezó a hablar:

—No voy a perder el tiempo tratando de mostrarme diplomático, Miss Corning. En un asunto como éste, sólo tengo un camino: y constituye en poner las cartas sobre la mesa.

—Boca arriba —dijo Miss Corning.

—Boca arriba —repitió Mason, sonriendo—. Lo primero que he de decirle, y que tal vez constituya una sorpresa para usted, es que ayer compareció en el aeropuerto una mujer que aseguraba ser Miss Corning, y que telefoneó a las oficinas de la Corning Mining Smelting & Investment Company.

—¿Qué? —exclamó ella.

Mason asintió.

—Bueno, prosiga —dijo Miss Corning—. ¿Qué ocurrió?

—Ahí entramos en el terreno de las suposiciones —dijo Mason—. No puedo contarle lo que ocurrió exactamente. Sin embargo, sí puedo decirle esto: esa mujer telefoneó a las oficinas de la compañía. Una joven llamada Susan Fisher, que trabaja como secretaria particular de Endicott Campbell, el director, y a quien éste había pedido que preparara una serie de documentos para su llegada, estaba cumpliendo con dicha misión y contestó a la llamada telefónica.

»Al enterarse de que Miss Corning había llegado, que había sido enviado un telegrama anunciando el adelanto del viaje, y al no poder localizar a Mr. Campbell, corrió hacia el aeropuerto.

»Allí encontró a una mujer que aparentemente tenía un gran parecido físico con usted, sentada en una silla de ruedas y rodeada por un equipaje en el que se veían etiquetas de hoteles y de líneas aéreas sudamericanas. Miss Fisher acompañó a esa mujer hasta esta misma *suite*, y la mujer insistió en ir inmediatamente a la oficina para comprobar ciertas cosas.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Miss Corning.

—Mostró una familiaridad sorprendente con el negocio. Preguntó sobre varios detalles y después envió a Susan Fisher a comprar unas maletas, en las que guardó certificados y libros de contabilidad, tras de lo cual desapareció. Existe la posibilidad de que se llevara consigo una importante suma de dinero que había en la caja fuerte. De esto no estamos seguros.

—¿Por qué?

—Porque el origen de ese dinero queda envuelto en el misterio.

—Está bien —dijo Miss Corning—, ¿cuándo interviene usted en el asunto?

—Representando a Susan Fisher.

—¿Necesita un abogado?

—Tal vez lo necesite.

—¿Por qué?

—Porque quizás haya dejado entrar a una impostora en las oficinas; tal vez haya sido víctima de una suplantación de personalidad, y haya mostrado ciertos documentos, y permitido que salieran de las oficinas.

—¿A qué venía tan desmesurada actividad en un sábado? —preguntó Miss Corning.

—Con franqueza —dijo Mason—, porque hay motivos para creer que se han producido ciertas irregularidades en la dirección de la compañía. Tomemos por ejemplo la mina del desierto Mojave, llamada Mojave Monarch. Esa mina...

—Esa mina —interrumpió con firmeza Miss Corning—, necesita ser examinada. No hace falta que me dé más detalles sobre eso, Mr. Mason. Éste es uno de los motivos por los que estoy aquí. Y ahora, ¿dónde está Endicott Campbell?

—No lo sé —dijo Mason—. En realidad, intuí su llegada al aeropuerto, y el hombre que la ha recibido allí es empleado mío y no de la compañía.

—¿Y usted cree que alguien va a causarle molestias a esa joven clienta suya?

—Mr. Campbell lo ha insinuado.

—Muy bien —dijo Miss Corning—, encontraremos a Mr. Campbell y también a esa joven. ¿Dónde está su eficiente secretaria? ¿Sigue aquí?

—En efecto —dijo Della Street.

—Muy bien, supongo que sabrá usted el teléfono de su cliente. Éstos son los números que Mr. Campbell me dio para que se le pudiera localizar cuando no está en su casa; de todos modos, aquí está el teléfono de su domicilio: pruebe primero ahí. Hagámosles venir a los dos.

Della Street empezó a manejar el teléfono.

Mason dijo:

—Desde luego, Miss Corning, habida cuenta de sus intereses

mayoritarios en la compañía, es evidente que el destino final de Susan Fisher está principalmente en sus manos, independientemente de lo que Mr. Campbell pueda decir u opinar.

—En efecto —contestó Miss Corning—. No necesita perder el tiempo exponiéndome lo que es evidente, Mr. Mason. Por eso quiero que ella venga aquí. Mis ojos no están muy bien, pero juzgo con bastante exactitud las voces. Ahora que no veo demasiado bien, he de fiarme sobre todo del oído. Después de escuchar cómo habla una persona, sé si puedo o no confiar en ella. Mi juicio no es infalible, pero no suelo equivocarme.

»Y le diré algo más. El motivo de mi presencia aquí es que puse una conferencia telefónica a Endicott Campbell y no me gustó el sonido de su voz. Mostraba ciertas vacilaciones que me han hecho desconfiar. Ignoro lo que sucede. No sé si trata de protegerse a sí mismo o a alguien, pero... Bueno, aquí estoy para averiguarlo.

Della Street informó:

—Endicott Campbell no está en su casa. El ama de llaves me ha dicho que no sabe a dónde ha ido. Ella está sola. La institutriz, Carleton y Endicott Campbell han salido.

—¿Juntos? —preguntó Mason.

—No se sabe —dijo Della Street.

—¿Y Susan Fisher, Della?

—He hablado con Miss Fisher y le he dicho que venga inmediatamente. Ya está en camino.

—Muy bien —dijo Miss Corning—. Ahora voy a tomarme ese descanso de que ha hablado usted antes, Mr. Mason, si a su secretaria no le importa ayudar a una vieja desvalida, nos retiraremos a uno de los dormitorios. Usted puede quedarse en esta habitación, que, según creo, en la jerga hotelera se llama salón. No quiero que nadie más me ayude. Siéntese aquí y espere, Mr. Mason; pronto saldré. Entretanto, si llega esa joven cliente suya, díglele que se siente y se ponga cómoda, que yo no tardaré mucho.

—Veamos —dijo, volviéndose hacia Della—, se llama usted Della Street, ¿verdad?

—En efecto.

—¿No le importará venir conmigo al dormitorio y ayudarme a deshacer el equipaje? Mi vista no es demasiado buena y es un trabajo difícil, muy difícil, cuando sólo se cuenta con el tacto... Oh,

distingo las siluetas y obtengo una brumosa impresión de los rostros, pero la luz brillante me molesta, y a la media luz no veo nada. Cada vez estoy peor. Tengo que confiar más y más en el sentido del tacto.

—Me encantará ayudarla —dijo Della Street.

—Es usted leal y eficiente —manifestó Miss Corning—, y a menos que me equivoque por entero, tiene usted mucha habilidad. Vamos.

Las mujeres se retiraron a un dormitorio. Mason se instaló en un cómodo sillón y trató de relajarse, pero no pudo. Se puso en pie y empezó a caminar con expresión pensativa.

Seguía en sus paseos cuando unos nudillos golpearon suavemente a la puerta. Mason abrió y una asustada Susan Fisher traspuso el umbral.

—Adelante —dijo Mason.

Ella entró en el salón y miró aprensivamente a su alrededor.

—Están en el dormitorio, deshaciendo el equipaje.

—¿Andan muy mal las cosas?

—En absoluto. Cuando menos por ahora. Miss Corning es una mujer equilibrada y serena, que da la impresión de ser muy considerada.

—¿La ha visto ya Mr. Campbell?

—No. Por lo que yo sé, Campbell no sospecha siquiera que ella está en la ciudad. La espera mañana.

—¿Cómo ha sabido usted que había llegado?

Mason sonrió y dijo:

—Lo he adivinado.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, sabía que tenía que llegar mañana y he pensado que tal vez adelantara un día el viaje. De modo que Paul Drake tenía a sus hombres en el aeropuerto esperándola. Cuando ha comparecido, uno de los detectives de Drake la ha saludado y le ha dicho que estaba allí para ayudarla. Después lo ha notificado a Paul Drake, quien a su vez me lo ha dicho a mí. Y aquí estamos.

—¿Quiere decir que lo había previsto todo anticipadamente?

—¡Oh!, no había gran cosa que prever. Sabíamos que Miss Corning se presentaría en el aeropuerto, y he querido tener la oportunidad de contarle su versión del asunto antes de que Endicott

Campbell le explique la suya. No hay nada más.

Impulsivamente, Susan Fisher cogió entre sus manos una de las de Mason.

—Es usted maravilloso. ¿Por qué no me ha explicado lo que estaba haciendo?

—He temido que se preocupase. Quería que durmiera bien esta noche. ¿Lo ha hecho?

—He dormido y me he despertado, pero no ha sido lo que podría llamarse una buena noche. ¿Lo denota mi aspecto?

—Está usted maravillosa. Pero Miss Corning no se fía mucho de su vista. Más bien confía en sus oídos. Le gusta escuchar las voces de las personas, y de su tono obtiene conclusiones. Ella...

La puerta del dormitorio se abrió y Della Street entró en el salón, empujando la silla de ruedas de Miss Corning.

—Hola, Susan —dijo Della Street—. Le presento a Miss Corning. Miss Corning, Susan Fisher está aquí.

—¿Dónde está usted, pequeña? —preguntó Miss Corning.

—Aquí —dijo Sue, acercándose a la silla—. Oh, Miss Corning, siento tantísimo lo que ocurrió ayer... Mr. Mason dice que ya se lo ha explicado todo.

—Siéntate a mi lado, y cuéntamelo otra vez.

Della Street dijo:

—Colocaré la silla de Miss Corning junto a este sillón, Susan, y así usted podrá hablarle desde un lado mientras Mr. Mason está en el otro.

Miss Corning dijo:

—Supongo que esto no es muy ético, Mr. Mason, pero quisiera robarle su secretaria. No sé lo que le paga Mr. Mason, Miss Street, pero yo le daré el doble.

—Eh, un momento —intervino Mason—. Esto es una conspiración criminal, un latrocinio y una traición.

—Nada de eso —dijo Miss Corning—. Es una proposición comercial, y no puede hablarse de traición desde el momento que no le debo a usted ninguna lealtad. Miss Street es la única que le debe a usted lealtad, y ni siquiera querrá tomar en consideración mi oferta. ¿No es cierto, Della?

—Me temo que sí —dijo Della, riendo.

—Bueno, vayamos al grano. Y ahora, jovencita... ¿Cómo se

llama? ¿Fisher?

—En efecto, Susan Fisher.

—¿Cuántos años tiene, Susan?

—Veinticuatro.

—¿Tiene buen tipo?

Susan rio embarazosamente, y Della Street dijo:

—Estupendo, Miss Corning.

—¿Tiene novio? —preguntó Miss Corning.

—No.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando en nuestra oficina?

—Más de un año.

—¿Empezó ya como secretaria de Mr. Campbell?

—No. Entré como taquimecanógrafa.

—¿Y él la ascendió después a secretaria suya?

—Sí.

—¿Qué tal escribe a máquina?

—Muy bien.

—¿Taquigrafía?

—Creo que no lo hago mal.

—¿La escogió Mr. Campbell por sus aptitudes o por su figura?

Susan Fisher rio con embarazo.

—Adelante —dijo Miss Corning—. Conteste a mi pregunta.

—Con franqueza, Miss Corning, creo que me escogió a causa de mi figura. Pero después de haberse cerciorado de mi capacidad como taquimecanógrafa, supongo que me ha conservado por este motivo.

—¿Le ha hecho alguna insinuación?

Susan vaciló, y después dijo en voz baja:

—Sí.

—¿Ha conseguido algo?

—No.

—¿Qué clase de insinuaciones le ha hecho?

—Pues... las corrientes. Una especie de exploración para ver si hay alguna señal que prohíba el paso.

—No le critico por ello —dijo Miss Corning—. Cualquier hombre normal hace lo mismo con una chica atractiva que trabaje con él. Bueno, y ahora, dígame si Mr. Campbell es o no es honrado.

—Le aseguro que no lo sé.

—Pero, ¿qué opina?

—No lo sé, Miss Corning. Ojalá lo supiera. En la compañía ocurren cosas que me preocupan mucho. No estoy en el Departamento de Inspecciones. Me limito a mecanografiar informes y...

—¿Maneja una calculadora?

—Oh, sí.

—Está bien, prosiga. Mecanografía informes. ¿Y qué?

—Bueno, obtengo estos informes principalmente del Departamento de Inspección, cuando no me los da el propio Mr. Campbell... La Empresa está tan compartimentada que, con franqueza, dudo de que alguien que no sea Mr. Campbell tenga una idea aproximada de lo que ocurre. A mí me ha preocupado la mina Mojave Monarch.

—¿Por qué?

—Verá, un día fui en coche hasta Mojave. Ni se me había ocurrido ver la mina, de hecho me había olvidado de que estuviese en aquella parte de la región. Iba por la carretera cuando vi un letrero, una tabla deslucida por la intemperie clavada a una estaca. En ella se leía: MOJAVE MONARCH. De modo que me metí por aquel camino, sólo por curiosidad.

—¿Y qué encontró?

—Encontré una mina, pero desde luego nadie trabajaba en ella. Fui a una estación de servicio y pregunté si había alguna otra Mojave Monarch por los alrededores; un empleado me contestó que nunca la había oído mencionar, que la única Mojave Monarch que conocía estaba cerrada desde que se agotó la veta de mineral.

—Los informes mensuales indican que la mina funciona, aunque con grandes pérdidas —dijo Miss Corning.

—Estoy familiarizada con los informes mensuales —dijo Susan Fisher—. Yo los paso a máquina.

—Pero, ¿usted no cree que la mina esté en explotación?

—No lo sé.

—En tal caso, si los informes son falsos, Mr. Campbell es un sinvergüenza...

—No me atrevería a asegurarlo. Los informes son enviados por el director de Mojave y...

—Pero, ¿acaso Endicott Campbell no ha ido nunca a Mojave

para inspeccionar la mina?

—No lo sé.

—Bueno, si dirige mi negocio, debiera saber lo que ocurre en una mina que está casi en el patio de su casa.

Susan Fisher guardó silencio.

—¡Vamos! —estalló Miss Corning—. ¡Diga algo! ¿Debe o no debe saberlo?

—Mr. Campbell tiene muchísimo trabajo en la oficina. Hace informes y combina los negocios, y ha tenido bastantes problemas con los recaudadores de impuestos. Con franqueza, no creo que haya estado nunca en Mojave. Me parece que considera que la mina queda en cierto modo fuera de su jurisdicción. Ignoro dónde...

Se abrió la puerta y Endicott Campbell, plantado en el umbral, preguntó:

—¿Quién dice que nunca he ido a Mojave? ¿Qué ocurre aquí? ¿Qué intentan ustedes? ¿Atacarme por la espalda y destrozar mi reputación profesional?

—Supongo que esa voz airada y estridente pertenece a Endicott Campbell —dijo Miss Corning—. Pase, Mr. Campbell, y siéntese. Antes de entrar en un sitio, es costumbre llamar.

—No me importa si es o no es costumbre. Ignoro lo que ocurre aquí y, pese al hecho de que trabajo para usted, Miss Corning, me molesta el que se presente aquí y llame a mis empleados para discutir la eficiencia de mi dirección, antes de haber tenido una entrevista conmigo o haberme hecho saber que había llegado.

—Aguarde un momento, Campbell —dijo Mason—. Hemos tratado de localizarle por teléfono.

—¿Cómo ha sabido que Miss Corning estaba aquí? —preguntó Campbell.

—He intuido su llegada —dijo Mason.

—No la esperábamos hasta mañana.

—Lo sé; pero, por si le interesa, tenía a mis hombres vigilando el aeropuerto con el fin de identificarla tan pronto como llegara. Usted mismo lo hubiese podido hacer de haberlo querido o de habersele ocurrido.

—Me temo que mi cerebro no sea tan hábil como el suyo por lo que respecta a esas gestiones tortuosas —dijo Campbell. Y prosiguió, dirigiéndose a Miss Corning—: Lamento, Miss Corning,

comportarme de este modo, pero, con franqueza, estoy furioso.

—Continúe, continúe —dijo Miss Corning—. Enfurézcase. Me gusta escuchar cómo dos hombres se pelean.

—Bueno, no me gusta la idea de que Mr. Mason se entrometa en esta cuestión y trate de segarme la hierba bajo los pies.

—Eh, espere un momento —contestó Mason—. En primer lugar, me importa un bledo si le gusta o no; en segundo, nadie le siega la hierba bajo los pies. Nos enfrentamos abiertamente con la situación que usted ha creado. Y ahora, no olvide una cosa: represento a Susan Fisher. Ella es mi cliente. Tengo la impresión de que trata usted de convertirla en una especie de pelota a la que dar patadas para disimular las propias torpezas. No pienso permitirselo. Quería que Miss Corning conociera los hechos antes de que usted tuviera oportunidad de embrollarlos.

—Bueno —dijo Campbell—, y a mí me hubiera gustado explicarle los hechos a Miss Corning antes de que *usted* pudiera embrollarlos.

—Estamos hablando de hechos —dijo Mason.

—Usted habla de los asuntos privados de la compañía.

—Contestábamos las preguntas de Miss Corning relativas a la Mojave Monarch, y creo que tal vez Miss Corning quiera hacerle preguntas sobre esa mina. Si usted opina que hemos embrollado los hechos, me gustaría escuchar lo que tiene que decir acerca de esto.

—Y también a mí —dijo Miss Corning.

Los modales de Campbell perdieron gran parte de su belicosidad.

—Está bien —contestó—, por lo que respecta a la Mojave Monarch, lo único que puedo decir a Miss Corning es que aparentemente he sido engañado por un hombre que estaba al frente de aquella mina, un hombre que, por lo visto, me ha dado informes falsos, tanto personalmente como por escrito y telefónicamente.

—¿Ha estado usted allí? —preguntó Miss Corning.

—He estado allí —dijo Campbell—. Acabo de regresar. Fui ayer. No soy un minero, Miss Corning, sino un financiero. Estoy especializado en la supervisión de las inversiones sobre bienes raíces. Las actividades mineras escapan por completo a mi competencia. Ya se lo dije cuando me contrató usted.

»Por lo que respecta a las operaciones sobre bienes raíces, descubrirá usted que ha obtenido buenos beneficios bajo mi dirección. En lo que se refiere a la Mojave Monarch, he sido engañado y usted ha sufrido una pérdida muy considerable por esta causa. Lo siento, pero he estado tan absorbido con los bienes raíces que he tenido que delegar la dirección de la mina en Ken Lowry. La mina entra en un terreno del que prácticamente lo desconozco todo.

»Los beneficios que he conseguido para usted en el manejo de bienes raíces han sido muy sustanciosos y han superado con creces las pérdidas de la Mojave Monarch. Quisiera discutir el asunto con usted en privado, no en público.

»Y por lo que respecta a esta joven, ha mostrado tal ansiedad por poderle hablar antes de que yo tuviera oportunidad de decir algo, que me temo mucho que los libros demostrarán que ha defraudado algo más de ciento sesenta y un mil dólares en efectivo. El cuerpo de inspectores ha estado trabajando toda la noche y ha descubierto esto. La cosa se ha hecho con una ingeniosidad diabólica, y también con un conocimiento profundo de los asuntos de la compañía.

—Muy bien —dijo Mason—, por fin salió a la luz. ¿Acusa usted a Susan Fisher de sustraer el dinero de la Empresa?

—De momento no hago ninguna acusación. Me limito a informar confidencialmente a mi superiora de lo que los inspectores han descubierto durante una noche completa de actividad.

—¿Y usted se considera exento de toda culpa? —preguntó Mason.

—Naturalmente.

—¿Y usted, director de la Empresa, considera que ha trabajado con eficacia y, sin embargo, hace sólo veinticuatro horas que ha descubierto un desfalco de más de ciento sesenta mil dólares, y que la Mojave Monarch ha sido dirigida de tal manera que Miss Corning ha perdido en ella muchos miles de dólares?

—No tengo por qué contestar a sus preguntas. No me gusta su manera de plantearlas y no he de someterme a ningún contrainterrogatorio por su parte. Para su información, diré que gracias a mi labor Miss Corning ha obtenido un beneficio neto de más de setecientos cincuenta mil dólares. Un hombre no puede obtener beneficios en un negocio de esta magnitud sin pasar por

alto ciertos aspectos secundarios del mismo.

—Y en esos aspectos secundarios que usted ha pasado por alto, ¿se han producido irregularidades y escapes? —preguntó Mason.

—Ya le he dicho que no tengo por qué someterme a su contrainterrogatorio.

Mason contestó:

—Usted acusa de desfalco a mi cliente y deberá someterse a mi contrainterrogatorio, o aquí o ante el Tribunal.

—Para cuando lleguemos ante el Tribunal —dijo Campbell—, tendré los hechos y las cifras que demostrarán que ni siquiera usted es capaz de sacar de esto a su cliente.

Mason dijo:

—Para su información, Miss Corning, es evidente que Mr. Campbell guardaba en su armario una caja de zapatos. Dicha caja estaba completamente llena de billetes de cien dólares. Su hijo de siete años la cogió sin que nadie se diera cuenta, y...

—Y para su información, Miss Corning —interrumpió Campbell con voz colérica—, sepa que esto es una absurda mentira.

—Podemos demostrar lo que afirmamos —dijo Mason.

—Sólo con la palabra de su cliente —replicó Campbell—. Esa caja de zapatos llena de billetes de cien dólares sólo fue vista por Susan Fisher.

Susan dijo:

—Su hijo se presentó en la oficina con la caja, Mr. Campbell. ¿Dónde está ahora Carleton?

Endicott Campbell contestó:

—A ver si entienden esto de una vez: mi hijo no intervendrá en este asunto. No quiero que le inculquen prejuicios contra su padre. Vamos a dejar a mi hijo fuera de todo esto. No será interrogado por nadie.

—Por sus palabras deduzco que ha adoptado usted las medidas oportunas para que no pueda hallársele —repuso Mason.

—Actúo de acuerdo con mi conciencia paterna. Cumpló con mis deberes de padre.

—En otras palabras —dijo Mason—, una vez despojemos sus frases de todas las palabras altisonantes relativas a sus deberes paternos, queda el hecho escueto de que Susan Fisher afirma que su hijo le dio una caja de zapatos que le pertenecía a usted, y que esa

caja de zapatos estaba llena de billetes de cien dólares. Usted contesta que es mentira, que nadie ha visto la caja, exceptuado Susan Fisher, y con el fin de mantener su punto de vista, ha escondido a su hijo de manera que no pueda ser interrogado.

—Usted es abogado —dijo Campbell—. Sabe retorcer las cosas para que se ajusten a sus propósitos. He hecho una declaración que estoy seguro que Miss Corning aceptará en lo que vale.

—Está bien —dijo Amelia Corning—. Creo haber oído lo suficiente para forjarme una imagen bastante aproximada de la situación. Les he dado a usted y a su cliente una oportunidad para que hablen, Mr. Mason, y ahora voy a hacer lo mismo con Mr. Campbell.

—Ocurrió lo siguiente —dijo éste—: Ayer por la mañana estuve bromeando con mi hijo. Él tenía una caja de zapatos que contenía varios tesoros suyos. Yo tenía otra caja en la que había un par de zapatos. Hice una observación inocente acerca de un intercambio. Evidentemente, él cogió la caja que contenía mis zapatos. Me dijo que se la había dado a Susan Fisher. Me explicó que ella la había metido en la caja de caudales, y que no se la había devuelto. Ésta es toda la historia de la caja de zapatos. Dentro de ella no había más que un par de zapatos. Puedo enseñarles su ticket de venta. Ahora, si Miss Fisher tiene la amabilidad de enseñarnos la caja de zapatos que afirma estaba llena de dinero, veremos lo que hay en ella.

Amelia Corning dijo:

—La situación está bien clara. Alguien miente. Ahora, si me hacen el favor de retirarse, me quedaré a hablar con Mr. Campbell. Supongo, Mr. Campbell, que se considera capaz de demostrar algunas de las acusaciones que ha hecho, ¿no?

—Desdichadamente —contestó Campbell—, Sue Fisher ha hecho desaparecer gran parte de las pruebas. Dice que las entregó a una mujer que llegó ayer y fingió ser usted. Si Miss Fisher se hubiese abstenido de actuar por su cuenta hasta que yo, como director de la firma, hubiese tenido oportunidad de dar el visto bueno a lo que hacía, tal vez habríamos podido...

—Traté una y otra vez de localizarle —interrumpió Sue.

—Bueno, pues no lo intentó lo bastante o en el lugar adecuado —dijo Campbell—. Anulé una partida de golf para hacer un rápido viaje a Mojave y averiguar lo que ocurría en aquella mina. Usted

aceptó la responsabilidad de entregar documentos confidenciales de la Empresa a una desconocida. Todo esto es muy conveniente para usted, Miss Fisher. Por mi parte, creo que esa impostora ha sido creada por usted misma, en un último esfuerzo para enredar tanto el asunto que no hay manera de condenarla por desfalco.

—Está bien —dijo Mason—, esto es una acusación en toda regla. Y ahora, permítame que le pregunte esto, Mr. Campbell: ¿Existe alguna razón por la que cualquier persona responsable del desfalco, tanto si es Susan Fisher, como Endicott Campbell o Perico de los Palotes, no pudiese arreglar hábilmente esa suplantación de personalidad con el fin de que desaparecieran todas las pruebas del desfalco, así como también el dinero?

Campbell sonrió fríamente.

—De modo que ésta será la táctica que utilizará en su defensa; una contraofensiva, ¿eh? Bueno, me enfrentaré con usted, Mr. Perry Mason, en el momento y lugar adecuado. Y ahora mismo me propongo dar un informe confidencial a mi superiora, y le aseguro que va a ser confidencial.

»Hable con Miss Corning dentro de una hora y descubrirá que su cliente no ha sido tan lista como ella se figuraba. He conseguido las pruebas suficientes para demostrar su falsedad.

Miss Corning dijo:

—Ya han tenido ustedes ocasión de desahogarse. He escuchado la versión de Susan Fisher. Ahora, quiero oír la suya, Mr. Campbell. Los demás, largo de aquí.

Capítulo 5

Ya en el pasillo, Perry Mason, Susan Fisher y Della Street se dirigieron lentamente hacia el ascensor.

A medio camino, Sue Fisher dijo:

—Mr. Mason, ¿no podemos hacer algo para encontrar a Carleton? Mr. Campbell ha hecho que esa institutriz inglesa se lleve el chico a algún lugar.

Mason no contestó hasta que estuvieron en el ascensor y hubieron iniciado el descenso.

—El pequeño no sabía lo que había en la caja, ¿verdad? —preguntó.

—No, sólo sabía que era el tesoro de papá.

—Y su papá insiste en que el tesoro era un par de zapatos, de modo que esto poco nos ha de ayudar... Incluso aunque recuperemos la caja llena de dinero, no podremos demostrar nada, porque Endicott Campbell jurará que cuando permitió que la cogiera su hijo, dentro no había más que un par de zapatos. Él no tiene la culpa de que usted haya tirado los zapatos y llenado la caja con billetes de cien dólares, es decir, con el botín de su desfalco.

Susan Fisher miró desmayadamente al abogado cuando el verdadero aspecto de la cuestión se le apareció bien claro.

—Bueno —dijo—, ¿qué podemos hacer?

—Esto depende en gran parte de cómo evolucione la situación, y de la clase de mujer que sea Miss Corning.

—Me da la impresión de que es alguien difícil de engañar —dijo Susan Fisher.

—En tal caso —contestó Mason—, es probable que Endicott Campbell se enfrente ahora con un grave problema.

—¿Así que hemos de esperar a que algo... suceda?

Mason dirigió a la chica una cálida sonrisa.

—Puede hacerlo usted, Sue —dijo—, pero nosotros adoptaremos medidas que hagan que las cosas sucedan. En la Prensa suele decirse que un buen periodista crea su propia noticia, y me parece que nosotros tendremos que hacer algo por el estilo.

—¿Dónde?

—Oh, en diversos sitios.

—¿En Mojave?

—No me sorprendería demasiado.

—Oh, Mr. Mason, ¿puedo ir con usted? Por favor, ¿puedo...?

El abogado negó con la cabeza.

—No nos interesa que haga algo que guarde ni la más remota semejanza con una fuga. Váyase a su apartamento y quédese allí. No se aparte del teléfono. Si ocurre algo que se aparte de lo normal, telefonee en el acto a Paul Drake.

La cabina del ascensor llegó al final de su recorrido, y la puerta se abrió silenciosamente.

Mason palmoteó un hombro de la muchacha.

—Recuerde que estamos jugando una partida y que hemos de utilizar nuestras cartas de la manera adecuada... De la manera exactamente *adecuada*.

Capítulo 6

El tránsito dominguero entorpeció la primera parte del viaje. Mason, con una expresión granítica en el rostro, apenas habló.

Luego, a medida que el tránsito fue disminuyendo, el abogado aumentó la velocidad de su coche.

Della, que conocía la opinión de Mason sobre la manera de conducir, y su convicción de que un automóvil lanzado a una gran velocidad es un instrumento mortífero que debe ser manejado únicamente por quien está en plena posesión de sus facultades y se concentra en la operación, no intentó hablar del caso hasta después de haber coronado la pequeña colina, de haber atravesado las vías del tren y contemplado la ciudad de Mojave, que se extendía a ambos lados de la carretera.

El aire del desierto era transparente como el cristal. Los edificios parecían recortados en la luz del atardecer.

Mason se detuvo en una estación de servicio y dijo al encargado: —Llene el depósito.

Luego, cuando la manguera estuvo encajada en el orificio, preguntó con indiferencia:

—¿Conoce por casualidad a un individuo llamado Lowry, Ken Lowry?

—Desde luego —contesté el interpelado—. Es... ¡Mírelo! Allí está, al otro lado de la calle. Es ese que sube en la camioneta.

Mason miró en la dirección que le indicaba el hombre y vio una camioneta bastante destartada en cuya portezuela podía leerse MINA MOJAVE MONARCH.

El abogado emprendió veloz carrera a través de la calle, pero Lowry arrancó antes de que Mason le alcanzara.

El encargado de la estación de servicio lanzó un estridente silbido y el hombre que conducía la camioneta asomó la cabeza; vio

que Mason le hacía señales y detuvo el vehículo.

Mason se acercó a él.

—¿Es usted Lowry, de la Mojave Monarch?

—Sí.

—Soy Perry Mason, abogado de Los Angeles, y me gustaría mucho hablar con usted.

—¿Sobre?

—Sobre el negocio de minas.

Lowry sonrió y meneó la cabeza.

—No hablo de negocios con los desconocidos —dijo—. Cuando menos, de negocios de minas.

—Está bien —dijo Mason—, puesto que no habla, ¿querrá escuchar?

Della Street cruzó apresuradamente la carretera y se acercó al automóvil.

Mason dijo:

—Le presento a mi secretaria, Miss Street, Mr. Lowry.

Éste, un individuo tosco, de rostro curtido y ojos grises, que contaría algo más de cuarenta años, observó apreciativamente a Della. Una ráfaga de viento agitó las faldas de la secretaria y Lowry se apresuró a bajar la mirada para apreciar la escena.

—¿Cómo está usted, señora? Encantado de conocerla —dijo.

Della Street le ofreció su mano, junto con una sonrisa cautivadora.

—¿Cómo está usted, Mr. Lowry?

—Sé que tiene trabajo —dijo Mason—, pero hemos venido hasta aquí sólo para verle. ¿Podría dedicarnos unos cuantos minutos?

—No me es posible hablar.

—¿Nos concederá esos pocos minutos?

—Los dedicaré a escucharles.

—¿Dónde podemos hablar? —preguntó Mason.

—Este sitio es tan bueno como otro cualquiera.

Della captó la mirada de Mason y dijo:

—¿Por qué no subimos en la camioneta con Mr. Lowry y hablamos allí? Así no llamaremos tanto la atención, ni tendremos que levantar la voz.

Lowry vaciló, pero Mason dijo:

—Buena idea, Della.

El abogado dio la vuelta hasta el otro lado del vehículo y abrió la portezuela para que Della Street subiera.

Della se metió en el auto con una generosa exhibición de extremidades que, por un momento, captó toda la atención de Lowry. Después Mason subió a su vez y cerró la puerta.

—Le escucho —dijo Lowry.

Giró sobre el asiento a fin de dar la cara a Perry Mason, y al fijarse en la cautivadora proximidad de los ojos de Della Street, se recostó en el respaldo, sobre el que colocó el brazo derecho, e indicó por su aspecto que, pese a sus palabras, no tenía demasiada prisa en terminar la entrevista.

—Supongo que Endicott Campbell habrá estado aquí y le habrá recomendado que no hable con nadie —dijo Mason.

Lowry se limitó a sonreír.

—Incluso es posible que le haya mencionado mi nombre —prosiguió Mason.

Lowry dijo:

—Le escucho.

—Está bien —dijo Mason—, y yo le hablo. Querría saber algo sobre la mina Mojave Monarch: cómo está instalada, cómo funciona y cuánto tiempo lleva cerrada.

Lowry guardó silencio.

—¿Bueno? —preguntó Mason.

—No hablo —dijo Lowry—. Y lo que es más, no hablaré.

Della Street intervino:

—Mr. Lowry, ¿quiere escucharme a mí?

—La escucho.

Della Street dijo:

—Una joven, una atractiva joven ha sido acusada de un crimen. Mr. Mason trata de ayudarla. No lo hace por dinero. Ella no le ha pagado ni un centavo. No tiene dinero ni para pagarle una fracción de lo que valen sus servicios. Ella es una joven secretaria que tiene toda la vida por delante. Esa vida puede arruinarse si se deforman los hechos. Nosotros tratamos de averiguar la verdad, nada más. No hay motivo por el que alguien deba, temer la verdad, ¿no es así, Mr. Lowry? ¿O sí hay motivo para temerla?

—Por lo que a mí concierne, no.

—Entonces, ¿por qué no quiere contestar varias preguntas

sencillas a fin de que podamos conocer la verdad? ¿Tiene idea de lo que significa para una mujer ir a la cárcel? Una mujer sólo conserva su atractivo durante unos pocos años. Incluso con todas las circunstancias favorables, cuando puede obtener cantidad de vitaminas, de aire puro, de sol, de ejercicio, y de estímulos mentales, empieza a marchitarse al cabo de unos pocos años.

»Piense en lo que representa para una mujer joven y atractiva el que las puertas de la cárcel se cierren tras de ella y que comprenda que mientras lleva aquella existencia mísera, su belleza se le escapa por entre los dedos.

Lowry dijo:

—Por entre los dedos de usted no se ha escapado en absoluto, si me permite decirlo.

Della Street le dirigió su sonrisa más encantadora.

—No me importa que lo diga, pero tengo la impresión de que es usted un hombre leal y justo, un hombre que desprecia los engaños y los subterfugios. Quiero suponer que ha realizado acciones que no deseaba y que esto le ha preocupado. De hecho, creo que todavía lo está... Mr. Mason es un abogado muy competente. Existe la posibilidad de que pueda ayudarle.

—No necesito ninguna ayuda.

—Tal vez usted lo crea así, pero en un asunto como éste existen muchos puntos de vista —prosiguió Della Street—. Recuerde que Endicott Campbell tiene gran interés en salvar su propia piel.

Lowry miró a Perry Mason y dijo:

—Su secretaria tiene un pico de oro.

—¿Le ha convencido? —preguntó Mason, sonriendo.

—Todavía no.

—Pues debería haberle convencido ya, porque está diciendo la verdad.

—Desde luego hace que suene muy convincentemente.

—La verdad es siempre convincente —dijo Della Street—. En la verdad hay algo inconfundible. Y ahora voy a arriesgarme a que me eche usted a la acera, diciéndole lo que está pensando. Es usted un hombre de exteriores, lo noto sólo con mirarle. Está acostumbrado a los grandes espacios, a que el viento le azote el rostro, a la luz del sol, a gran cantidad de aire puro. No piense ni por un momento que está usted completamente al margen de este asunto, Mr. Lowry.

»Le he explicado lo que significa para una mujer joven el ir a la cárcel, pero, ¿se da cuenta de lo que representa para un hombre acostumbrado a vivir al aire libre el verse encerrado entre paredes de piedra, el verse privado de la luz del sol, del aire, de la libertad? ¿Se da cuenta de que muchas personas de este tipo enferman de tuberculosis en la cárcel?

Lowry se sonrojó.

—Oiga —dijo coléricamente—. ¿Qué está haciendo? ¿Pretende amenazarme?

Della Street le miró fijamente a los ojos y dijo:

—No es una amenaza, Mr. Lowry, sino una advertencia. Usted no carece de atractivo. No me gustaría saber que ha de pasar entre rejas los próximos diez años de su vida. Y también voy a decirle algo más. Mi jefe, Mr. Mason, es un individuo muy inteligente. Si le cuenta su historia tal vez pueda ayudarlo.

Lowry movió obstinadamente la cabeza.

Della Street se volvió hacia Mason, le guiñó el ojo derecho y dijo:

—Está bien, jefe, vámonos.

—Esperen un momento —dijo Lowry—. Déjenme pensar un poco.

—Pues será mejor que se dé prisa —dijo Mason, tratando de ayudar a Della Street.

Reinó el silencio durante varios segundos después Lowry meneó de nuevo la cabeza.

—No —dijo—. No quiero hablar.

—Está bien —dijo Mason a Della Street—. Coge tu libreta, Della. Della Street sacó un cuaderno de su bolso.

—Apunta la fecha y la hora —dijo Mason—, y toma nota de lo siguiente: Dicto esta declaración en presencia de Ken Lowry, director de la Mojave Monarch. Hemos abordado a Mr. Lowry y le hemos pedido que nos explique algo sobre el funcionamiento de la mina. Le hemos hecho observar que una joven había sido acusada de un crimen del que es inocente; que las circunstancias se han puesto contra ella y que muy posiblemente ha sido víctima de una encerrona. Mr. Lowry no ha querido hacer ninguna declaración. No ha querido contarnos nada sobre el funcionamiento de la mina ni divulgar su emplazamiento o el tiempo que lleva cerrada; se ha

negado totalmente a hablar, con lo que ha demostrado su mala fe y su propósito de encubrir la verdad.

—Eh, espere un momento —dijo Lowry—. Puesto que tanto escribe, añada también que he dicho que no encubro nada, que sencillamente he recibido instrucciones de no discutir con nadie el asunto, y en especial con Perry Mason.

—¿Quién le ha dado estas instrucciones?

—Endicott Campbell, si tanto le interesa saberlo.

—Está bien —dijo Mason sombríamente—, cuando acabe con Endicott Campbell, tal vez no tenga ganas de dar instrucciones a nadie. Y si quiere formar causa común con él, a su gusto. Pero antes de lanzarse ciegamente en brazos de Campbell, será mejor que averigüe lo que ha estado haciendo y cuáles son los hechos verdaderos.

»Es muy probable que le interrogué ante un tribunal, Mr. Lowry. No diga después que no le he dado toda clase de oportunidades.

Mason abrió la puerta de la camioneta.

Lowry dijo con rabia:

—Está bien, me ha dado usted toda clase de oportunidades. Tengo que abstenerme de hablar con usted, y así lo haré.

Della Street se volvió hacia Lowry e impulsivamente apoyó una mano en el brazo de él.

—Por favor, Mr. Lowry, no interpretemos mal nuestras respectivas posiciones.

—Yo no interpreto mal la de nadie.

—Tal vez hayamos sido nosotros; pero permítame explicárselo así. Ha tenido usted oportunidad de ver a Endicott Campbell; hace tiempo que le conoce y...

—Le vi ayer por primera vez en mi vida —dijo Lowry.

—Está bien —prosiguió Della Street, mirando significativamente a Perry Mason—. Probablemente se enorgullezca usted de conocer a los hombres. ¿Cómo califica a Endicott Campbell? ¿Emprendería con él un viaje de exploración? ¿Le gustaría tenerlo como socio?

—Yo escojo a mis propios socios, y los escojo con mucho cuidado.

—No, no es verdad. Endicott Campbell le ha escogido a usted como socio, tras haberle convencido con sus palabras. Ahora es usted socio suyo exactamente igual que en un negocio minero.

—Él no es mi socio minero.

—Esto es lo que usted cree —dijo Mason—. Campbell aquí. Le explicó un cuento y le pidió que callara, y ahora usted se niega a facilitar cualquier información, una información a la que tenemos derechos y que usted debería darnos a fin de protegerse, para no hablar de esa joven.

—A ver, un momento, un momento —dijo Lowry—. Este asunto me saca de quicio. Les repito que Campbell no es mi socio.

—Y yo le repito que sí lo es —insistió Mason—. Le ha hipnotizado y le ha asociado con él. Actúa usted de acuerdo con sus deseos, sigue sus instrucciones y hace exactamente lo que él le ha pedido. No es usted su socio en una mina, pero sí en algo que puede ser un asunto criminal, y esta asociación puede meterle en muy serios apuros.

Por primera vez, Lowry se volvió, apartó la mirada de sus visitantes y contempló la calle a través del parabrisas.

—¿Por qué habría de hablar? —preguntó.

—¿Por qué habría de callar? —dijo Mason—. A menos que tenga algo que ocultar. Se lo expondré de otra manera: ¿ha de asociarse con Campbell, sólo porque ha venido a verle y le ha dicho lo que quiere que haga?

—Porque en cierto modo trabajo para Campbell.

—¿Siguiendo sus instrucciones?

—Bueno, siguiendo las instrucciones de la casa central.

—¿Y usted cree que Endicott Campbell representa a la casa central?

—Él así lo dijo.

La sonrisa de Mason fue enigmática.

Lowry entornó los ojos, y después hizo una profunda inspiración.

—Muy bien, quiero hablar, quiero explicar mi posición en este asunto. Pero prometí a Campbell que no le diría nada a usted.

—En tal caso, usted acepta a Campbell como socio —dijo Della Street.

—Por el amor de Dios, deje de repetir esto —dijo Lowry con irritación—. Le repito que ese hombre no es mi socio.

Mason miró a Della Street, sonrió y movió la cabeza con tolerancia.

Della Street dijo:

—Lamento que no lo comprenda usted, Mr. Lowry.

Éste meditó el asunto por un momento y después dijo:

—Está bien, voy a decirles algo: he hecho varias cosas un poco extrañas, pero todos mis actos han sido como consecuencia de órdenes recibidas directamente de Miss Corning.

—¿Personalmente? —preguntó Mason.

—Por teléfono.

—¿Cuántas llamadas?

—Dos.

—¿Desde Sudamérica?

—No; desde Miami. Hizo dos viajes de negocios a los Estados Unidos y me telefoneó personalmente.

—¿La conoce usted? —preguntó Mason.

—Nunca la he visto.

—En otras palabras —dijo Mason—, escuchó una voz por el teléfono. Esa voz le pidió que hiciera ciertas cosas. Dichas cosas eran un poco extrañas. Luego, un hombre a quien nunca ha visto, se presenta aquí y le pide que no hable de esas cosas... Tengo la impresión, Mr. Lowry, de que es usted un individuo bastante crédulo.

—¿Quiere decir que no fue Amelia Corning la que me habló por teléfono?

—No lo sé —contestó Mason—. Y lo que es más, usted tampoco. Permítame hacerle una pregunta: ¿le explicó Endicott que se había presentado una mujer haciéndose pasar por Amelia Campbell?

—¡Caramba, no! —dijo Lowry.

—Pues es cierto. Si alguien está lo bastante desesperado como para suplantar a Amelia Corning en una entrevista personal, ciertamente no le resultaría difícil suplantarla en una conferencia telefónica.

Lowry meditó la situación.

—Está bien. No quiero asociarme con Endicott Campbell. El individuo no me gusta; es demasiado untuoso. Creo que me ha abierto usted los ojos, Miss Street, cuando me ha preguntado si me gustaría acampar en el desierto con él. Por nada del mundo compartiría mi manta con ese tipo. No podría confiar en él.

Mason dijo:

—Éste es el momento de poner en claro la situación.

—Les diré esto —empezó a decir Lowry—. Fui contratado mediante una carta de Amelia Corning. Ella había comprado la Mojave Monarch. Lo había comprado todo: terreno, material e instalaciones. Me dijo que me hiciera cargo de la mina y la explotara de acuerdo con sus instrucciones.

—¿Qué me dice de la Corning Mining Smelting & Investment Company?

—Ésta es una empresa subsidiaria, pero yo trabajaba bajo las órdenes directas de Miss Corning, y a ella enviaba mis informes... Bueno, las cosas no salieron bien; la veta desapareció y no supe qué hacer. Le escribí y me contestó que en lo sucesivo recibiría instrucciones de la compañía de Los Angeles. Luego, al día siguiente, me telefoneó y dijo que había cambiado de idea. Me preguntó mi opinión sobre un posible cierre de la mina; le contesté que me parecía lo más sensato, ya que volver a encontrar la veta podía costar una fortuna.

»Me respondió que estaba de acuerdo y que ya tendría noticias tuyas. Un poco más tarde me llamó de nuevo y me dijo que, a causa de los impuestos, no podía permitirse cerrar la mina. Dijo que había puesto el asunto en manos de la Corning Mining Smelting & Investment Company, cuya casa central estaba en Los Angeles; que yo escribiese cada mes y les enviara cifras con la nómina que hubiese debido haber si la mina funcionara; que por lo que respectaba a la contabilidad, yo tendría a doce hombres en cada uno de los tres turnos de ocho horas, lo que haría un total de treinta y seis empleados. Debía informar a Los Angeles de la cantidad de dinero que necesitaba para esa nómina y que enviarían un cheque que yo debía cobrar en billetes de mil dólares, deducir mi sueldo y enviar el resto de los billetes a Los Angeles. De esta manera, dijo ella, sería simplemente una transferencia de dinero y lo único que perdería serían los seguros sociales que pagara. Pero en lo relativo a la contabilidad, y con fines impositivos, parecería que la mina seguía funcionando... Bueno, ¿era eso legal?

—¿Usted qué opina? —preguntó Mason.

—Esto es lo que me preocupa. Seguía las instrucciones, hice lo que ella me pedía, pero sin que el asunto me gustase.

—Está bien —dijo Mason—. ¿Envió usted el dinero a la

Compañía de Los Angeles?

—No. Lo he estado enviando a la Corning Affiliated Enterprises, de Los Angeles. Lo he enviado a una dirección postal.

—¿En efectivo?

—Me he limitado a cobrar en el banco los cheques que me han enviado. He deducido el importe de mi sueldo, y los demás billetes de cien dólares los he reexpedido en un paquete. Ésta es la parte del asunto que menos me gusta. Ella me pidió que no certificara el envío, que no indicase de ninguna manera que el paquete contenía algo de valor, que me limitara a remitirlo por paquete a un apartado de correos, que correspondía a la Corning Affiliated Enterprises.

»He cobrado cheques de la Corning Mining Smelting & Investment Company que cubrían todos los gastos de explotación de la mina. Cada dos semanas he recibido un cheque y lo he llevado al banco para cambiarlo por dinero.

—¿No sospechaba el banco que había algo extraño en todo esto? —preguntó Mason.

—¿Qué quiere decir extraño?

—Bueno, me refiero a si el banco no ha dado indicios de que encontraba esto poco corriente.

—Desde luego, en el banco les pareció extraño, pero ellos no pintaban nada en el asunto. Les dije que actuaba según órdenes directas de la casa central y... Bueno, en el banco me conocen.

—¿Hace tiempo que vive aquí?

—En efecto.

—Y supongo que gozará de buena reputación en cuanto a integridad, ¿no?

—Desde luego, eso creo al menos.

—¿Cuánto dinero ha enviado en total a Los Angeles?

—Alrededor de los ciento ochenta y un mil dólares.

—¿Ha enviado el dinero para seguros y...?

—No, me he limitado a devolver el dinero a Los Angeles.

—¿Ha recibido alguna vez un recibo o algo por el estilo?

—Nunca me ha llegado ni una línea procedente de la Corning Affiliated Enterprises, pero después de cada envío recibía una llamada telefónica, por lo que se informaba de que todo había llegado en orden.

—¿Quién hacía la llamada?

—No lo sé. Una mujer. Se limitaba a decir que allí era la oficina de la Corning Affiliated Enterprises, que mi envío había llegado sin novedad, y que siguiese actuando del mismo modo.

—En tal caso, usted ha oído por teléfono la voz de dos mujeres: la que le acusaba recibo de sus envíos y la que dijo ser Amelia Corning.

—Bueno, supongo que sí. No recuerdo muy bien la voz de Miss Corning.

—¿No pudo haber sido la misma voz?

—No lo sé. Empiezo a sentirme preocupado por todo esto, Mr. Mason.

—¿Qué me dice de la voz que le acusaba recibo de sus envíos? ¿Cree usted que la reconocería si volviese a oírla?

—Tengo la impresión de que sí. Cuando menos, me gustaría probarlo.

—¿Dónde recibía estas llamadas?

—En mi casa de la mina. La residencia del director.

—¿Durante las horas de oficina?

—No. Todas tenían lugar por la noche.

—¿Y Endicott Campbell le dijo que no dijera nada a nadie?

—Me dijo que no le dijera nada a usted, pero cuando más se piensa en ello, más se comprende que mi posición es bastante peculiar. No quiero asociarme con Endicott Campbell.

—De acuerdo. Imagino que se dará cuenta de que ha obrado correctamente al explicarme lo sucedido.

—Bueno, lo que me ha decidido es lo que ha dicho Miss Street acerca de tener a Campbell por socio.

—Eso es. A usted no le interesa como socio... Y ahora, ¿ha tenido noticias de Amelia Corning últimamente?

—Ni una palabra.

—¿Envío usted algún otro informe acerca de lo que hacía aquí?

—No. Se me ordenó que no lo hiciera, que me limitara a cobrar el cheque y a enviar el dinero a Los Angeles.

—¿No le pareció que ésta era una manera muy extraña de llevar un negocio?

—Claro; pero supuse que era debido a lo de los impuestos; además, uno lamenta tener que cerrar una mina. Perjudica la

reputación. Desde luego, la gente de por aquí sabe que la mina está cerrada, pero por lo que respecta a los libros de la compañía minera, cada mes se enviaba una crecida nómina y, a su vez, recibían una cantidad que supongo afirmarían procedía de la venta del mineral. Como el dinero era en efectivo, no habría manera de rastrear su procedencia.

—Ésta es una suposición suya —dijo Mason.

—En efecto.

—Y, como usted ha observado oportunamente, puesto que el dinero era en efectivo, no podía seguirse la pista.

—Oiga, ¿qué trata de insinuar? —preguntó Lowry.

Mason abrió la puerta de la camioneta y dijo:

—Que vaya con cuidado cuando tenga que escoger un socio. Tal vez la verdad sea el más conveniente.

Bruscamente, Lowry alargó el brazo y estrechó la mano del abogado.

—Oiga, estoy contentísimo de haberles conocido. Creo que me ha dado unos consejos muy buenos. Ya me siento mucho mejor que un rato antes.

Della Street le dirigió una sonrisa y le ofreció la mano.

—Ha sido un placer conocerle, Mr. Lowry. Me había dado cuenta de que le costaba no exponer todo este asunto. No es usted de esos hombres capaces de meterse en un negocio sucio.

—Todo esto me preocupa desde hace tiempo —admitió Lowry.

—Muchísimas gracias —dijo Mason—. Mucho gusto en haberle conocido.

Lowry observó a Mason y a Della Street mientras éstos regresaban a la estación de servicio.

—Gracias, Della —dijo Mason—. No sabes lo oportuna que has sido. Ha sido un hallazgo psicológico el decirle que se había asociado con Endicott Campbell... ¿Cómo se te ha ocurrido?

—Que me ahorquen si lo sé, jefe. Al ver que era uno de esos hombres que viven al aire libre, me ha pasado por la cabeza.

—Pues creo que necesitaré siempre que tu cabeza esté cerca de mí.

—Buena idea. Está disponible. ¿Qué hacemos ahora?

—Ahora regresamos a Los Angeles. Pero antes telefonearemos a Paul Drake. Vamos a dedicarnos a Endicott Campbell. También

averiguaremos todo lo posible sobre esa Corning Affiliated Enterprises, aunque mucho me temo que no será gran cosa.

Capítulo 7

Desde una cabina telefónica de Lancaster, Mason telefoneó a Paul Drake.

—Pon a alguien tras la pista de Endicott Campbell —ordenó Mason—. El asunto es aún más importante de lo que yo creía, Paul, y tengo la impresión de que resultará muy peligroso. Que sigan a Campbell y trata de averiguar dónde ha escondido a su hijo.

—Esto va a resultar bastante difícil —contestó Drake—. Habrá previsto que buscarías al muchacho y habrá ocultado su pista anticipadamente. Cuando un hombre inteligente hace esto, resulta casi imposible para un detective particular el descubrir sus movimientos anteriores. La policía tiene más probabilidades de conseguirlo, pero para nosotros será un trabajo lento y costoso.

—De todos modos, haz lo que puedas. Voy a regresar a la ciudad. Espérame en la oficina. Quiero verte en seguida.

—¿Qué has conseguido por ahí? ¿Algo interesante?

—Eso creo.

—Esperémoslo así, porque, desde luego, tu factura está ascendiendo astronómicamente.

—¿Sigo teniendo crédito?

—Hasta un millón, si hace falta.

—Muy bien. Pues sigue trabajando.

Y colgó.

Llamó al teléfono del hotel Arthenium, a fin de que sólo la telefonista supiera que se trataba de una conferencia telefónica, y solicitó que le pusieran con la *suite* de Amelia Corning.

Cuando oyó la voz de ella en el aparato, Mason dijo:

—Aquí Perry Mason, Miss Corning. Me gustaría verla a usted a primera hora de la noche.

—Oh, esto será estupendo, Mr. Mason. Me ha agrado mucho la

conversación que hemos sostenido esta mañana y creo que tanto usted como su cliente son unas buenas personas. Sepa que mi entrevista con Endicott Campbell no ha resultado nada satisfactoria.

—Ya —dijo Mason, sin comprometerse.

—Acabo de recibir un telegrama anunciándome que mi hermana y mi agente brasileño han salido de Miami y llegarán aquí en el avión de las diez veinticinco. Quisiera verle a usted antes de que lleguen... ¿Puede venir ahora? ¿Dónde está?

—En este momento no me es posible ir —dijo Mason, sin revelar su paradero—, pero, ¿le iría bien a las siete y media?

—Preferiría verle antes de esa hora, pero, desde luego, comprendo que es usted una persona muy ocupada. Voy a portarme muy bien con Susan Fisher. He llegado a la conclusión de que... Bueno, prefiero explicárselo personalmente cuando le vea. ¿Le acompañará su secretaria?

—Desde luego.

—Bueno, suban ustedes directamente. No hace falta que se hagan anunciar. Les esperaré a las siete y media.

—A las siete y media.

—Hay algo que tal vez es mejor que le diga, Mr. Mason. Soy una maniática de la puntualidad. Si puede usted venir a las siete y media, quedaremos de acuerdo. Si duda en poder estar aquí, lo dejaremos para las siete cuarenta y cinco.

—A las siete y media está bien —contestó Mason—. Ahí estaré.

—Gracias, Mr. Mason. Adiós.

Mason regresó al coche y dijo a Della Street:

—Tenemos una cita con Amelia Corning a las siete y media en punto. Paul hará seguir a Endicott Campbell.

—¿Cómo le ha ido a Campbell con Amelia Corning? ¿Alguna pista? —preguntó Della.

—Más que una pista. Miss Corning no se ha mordido la lengua acerca de esto. Ha dicho que la entrevista había resultado muy poco satisfactoria.

Della Street sonrió:

—Tenía la impresión de que ese individuo se excedería.

—Aún puede causarnos problemas. Tendremos que ir aprisa, Della, y Miss Corning ha hecho especial hincapié en que sus citas tenían que ser estrictamente puntuales. A propósito, una hermana

de ella y su agente en el Brasil han llegado de América del Sur. Le han telegrafiado desde Miami anunciándole que vienen en el avión de las diez veinticinco.

—En tal caso, la red se está cerrando alrededor de Endicott Campbell.

—Podría estar cerrándose. Pero nunca subestimes a un hombre así. Es ingenioso, inteligente, audaz y muy probablemente habrá previsto una situación como ésta y el modo de hacerle frente.

—Pero, ¿de qué le servirán sus planes? Desde luego, tenía el producto de sus latrocinios guardado en una caja de zapatos y entonces va su hijo y se la coge para entregársela a Susan Fisher.

—Y después, ¿qué ha sido de esa caja?

—Bueno, o bien la cogió la persona que suplantó a Amelia Corning o...

—Prosigue —dijo Mason cuando Della calló.

—O Endicott Campbell regresó a la oficina y la recuperó del interior del arca... Desde luego, esto es lo más probable, jefe.

—Tuvo la oportunidad, e indudablemente fue a la oficina y abrió la caja fuerte. Pero recuerda que si la persona que suplantó a Miss Corning la hubiese cogido, no hubiera estado allí cuando Campbell llegó.

—Pero jefe, no veo que esto suponga ninguna diferencia. Seguro que trabajaban de común acuerdo. Campbell hizo aparecer esa impostora y dispuso las cosas de manera que Susan Fisher no pudiera dejar de creerlas y entregara a esa mujer todos los documentos indicativos de las irregularidades habidas, y...

—Esa, desde luego —interrumpió Mason—, fue la razón de que ella compareciese en escena. Pero una caja de zapatos llena de billetes de cien dólares es un motivo muy poderoso para...

—¿Quieres decir que tal vez ella haya traicionado a Campbell?

—Campbell actúa de una manera muy extraña. Existe la posibilidad, Della, de que alguien le haya traicionado, y de que él no esté seguro de si es Susan Fisher quien cogió el dinero y lo ocultó después de haberle contado que lo dejaba en el arca, o si su cómplice, la mujer que buscó para que personificara a Amelia Corning, ha decidido actuar por su propia cuenta.

—En otras palabras, por la manera como él actúa, tú crees que no tiene el dinero.

—Es una posibilidad. Dejemos las cosas así por el momento.

Mason lanzó el coche al límite legal de velocidad y se concentró en su conducción.

Cuando se aproximaban a Los Angeles, Della Street consultó varias veces su reloj de pulsera y miró con aprensión a Mason.

—¿Tratarás primero de ver a Paul Drake? —preguntó.

—No tendremos tiempo. Hemos tardado algo más de lo que me figuraba y deberemos ir directamente al Arthenium si queremos ser puntuales.

—¿Quieres que te deje allí y después me ponga en contacto con Paul y le pida que te llame?

—No —contestó Mason—. Quiero que vengas conmigo. A propósito, Miss Corning me ha preguntado por ti. Quería asegurarse de que me acompañarías. Es evidente que le has causado mucha impresión... De hecho, Della, hoy has resultado inapreciable.

—Vas a conseguir que me sonroje —contestó ella modestamente.

—Y me haces sentir muy, muy orgulloso. Desde luego, has estado magnífica al convencer a Lowry. Creo que ahora tenemos ciertos informes que resultarán muy interesantes para Amelia Corning. No me sorprendería que ella estuviera dispuesta a aceptar una orden de detención contra Campbell. Sin embargo, hay algo que me preocupa.

—¿Qué?

—Creo que Campbell habrá adivinado que hemos corrido a Mojave para examinar esa mina.

—¿Y qué?

—En tal caso, se preguntará lo que hemos averiguado.

—¿Representa esto alguna diferencia?

—Sí la representa. Si ha querido enterarse de lo que hemos averiguado, ¿qué crees que habrá hecho?

—Oh, pues... supongo que habrá llamado a Lowry.

—Exactamente —dijo Mason—. Y cuando Lowry le haya hablado por teléfono, ya no será el sumiso conspirador que fue ayer. De modo que Campbell le preguntará si nos ha contado lo que había ocurrido con la mina, y Lowry no sabrá mentir.

—Ni siquiera lo intentará. Dirá la verdad.

Mason asintió.

—De modo que trata de imaginar lo que un Endicott Campbell

desesperado es capaz de hacer antes de que nosotros lleguemos.

Della Street se quedó pensativa.

—No es una idea muy tranquilizadora.

Mason asintió con la cabeza, se abstrajo conduciendo el automóvil por entre el intenso tránsito dominguero, y llegó frente al hotel Arthenium a las siete y veintisiete.

Mason entregó al portero un par de dólares.

—Cuide de mi auto —dijo—. No tengo tiempo para aparcarlo.

—Cuidaré de él. Puede quedarse un rato aquí donde lo ha dejado —contestó el portero—. ¿Tardará mucho en llevárselo?

—No lo creo. Si hemos de quedarnos más de diez o quince minutos, se lo comunicaremos.

Mason y Della Street atravesaron apresuradamente el vestíbulo y cogieron un ascensor hasta la *suite Presidencial*.

Estaban ya en el pasillo, cuando la secretaria dijo:

—Parece como si la puerta estuviese abierta.

Mason observó la franja de luz que surgía por la puerta de la *suite* y apresuró el paso.

En efecto, la puerta de la *suite Presidencial* estaba abierta de par en par. En el interior, brillaban todas las luces. No había señales de la silla de ruedas ni de Amelia Corning.

—¿Y ahora qué? —preguntó Della Street.

Mason, inmóvil en el umbral, dijo:

—Supongo, Della, que sabiendo que tenía una cita con nosotros ha dejado abierta la puerta para que podamos entrar y acomodarnos.

Entraron en el salón. Mason indicó con un ademán la puerta entornada del dormitorio.

—Será mejor que veas si está ahí, Della.

Della Street le dirigió una mirada aprensiva, empezó a decir algo, pero se contuvo y se acercó a la puerta, llamó en ella y dijo:

—¡Hola, Miss Corning! ¡Aquí estamos!

No hubo respuesta.

Della Street abrió del todo la puerta y entró en el dormitorio.

—¿Hay alguien? —gritó.

Oyó unos pasos rápidos y al momento Mason estuvo tras ella.

La habitación mostraba indicios de su ocupante femenino; la puerta abierta de un armario, los vestidos en los colgadores, los

cosméticos en el tocador.

Mason retrocedió apresuradamente y dijo:

—Mira por aquí, Della. Asegúrate de que no hay nadie. Prueba en los armarios e incluso debajo de la cama.

—Jefe —dijo Della Street con aprensión—, ¿no crees que...?

Se contuvo y corrió hacia un armario.

Mason regresó al salón y se sentó.

Dos minutos más tarde Della Street compareció moviendo la cabeza.

—¿Has mirado por todas partes? —preguntó Mason.

—En todas.

—¿En el cuarto de baño?

—Sí.

—Está bien —dijo Mason, al tiempo que indicaba una puerta al otro lado del salón—. Ahí hay otro dormitorio. Examínalo.

Della Street se apresuró a abrir la puerta, esta vez sin llamar, hizo otra exploración y regresó.

—Nadie.

—¿No hay ninguna silla de ruedas?

Ella negó con la cabeza.

—¿Cuántas maletas? —preguntó el abogado.

—No me he fijado apenas. Creo que hay... A ver, déjame pensar. Eso es, dos maletas y un bolso.

Mason dijo:

—Esperaremos.

Della Street se sentó.

—¿No podríamos preguntar a los ascensoristas?

—Podríamos, pero no lo haremos. Por lo menos de momento.

—Lo lógico es que hubiese dejado alguna nota —dijo Della Street.

—Bueno, ha dejado la puerta abierta y...

Se interrumpió al oír voces.

—Alguien se acerca por el pasillo —susurró Mason.

Una mujer bastante corpulenta, de cuarenta y tantos años, apareció en el umbral. Tras ella iba un individuo apuesto, de ojos y cabello negro, y con un breve bigote. Le seguían dos botones cargados de maletas.

Mason se puso en pie.

—Oh, perdón —dijo la mujer—. Creía que ésta era la *suite* de Amelia Corning.

—Lo es —contestó el abogado—. La estamos esperando.

—¿No está aquí?

—Por el momento, no. Estábamos citados con ella y hemos encontrado la puerta abierta. Hemos supuesto que era una invitación para que pasáramos y tomáramos asiento. Permita que me presente. Soy Perry Mason, abogado, y esta señorita es mi secretaria, Miss Street. ¿Usted es...?

—Sophia Elliott. Soy la hermana de Amelia. Y este señor Alfredo Gómez, su agente comercial.

—Oh, sí —dijo Mason amablemente—. Tengo entendido que les esperaba. Me ha dicho por teléfono que llegaban ustedes, pero creía que lo harían más tarde.

—Nos ha sido posible coger un avión que salía antes —explicó Sophia Elliott, y volviéndose hacia el botones, añadió—: Bueno, ya pueden entrar las maletas.

Alfredo Gómez, con movimientos rápidos y flexibles, se adelantó e inclinóse profundamente ante Della Street, al tiempo que retenía la mano de la joven. Después se acercó a Perry Mason, cuya mano estrechó.

—Es un placer —dijo.

Della Street dirigió una mirada fugaz a Perry Mason.

—Supongo que hablaron ustedes con Miss Corning desde Miami, ¿no? —dijo Mason.

—Le enviamos un telegrama —dijo Sophia Elliott.

—¿Es Miss o Mrs. Elliott? —preguntó Mason.

—¡Mrs. Elliott! —exclamó ella secamente—. Y soy viuda; aunque no creo que le interese saberlo.

—Represento a una cliente que ha tenido ciertos tratos con Miss Corning, y ésta me ha pedido que viniera a verla —consultó su reloj y añadió—: Pasan diez minutos de la hora de la cita.

—Bueno, si ella le ha pedido que estuviese aquí hace diez minutos, y no ha comparecido, es que no tiene intención de recibirle —dijo Sophia Elliott—. Lleva siempre su reloj a la hora, y cuando concierta una cita, la cumple. Bien, ¿dónde vamos a poner todo esto?

La pregunta iba dirigida a los botones, no a Mason.

—En la *suite* hay dos dormitorios —dijo uno de los muchachos.

Sophia Elliott cruzó el salón hasta la puerta del dormitorio que quedaba al norte, la abrió, examinó el interior, volvió a salir al salón y, sin decir palabra, lo cruzó hasta la otra puerta, que también abrió. Después de examinar la habitación regresó y dijo:

—Muy bien, Alfredo. Instálese aquí. Que el botones le entre sus maletas. En el otro dormitorio hay dos camas gemelas. Yo dormiré allí junto con Amelia.

Alfredo Gómez inclinóse en señal de aquiescencia; indicó una maleta y un bolso.

—Éste es mi equipaje —dijo al botones con entonación algo pomposa, pero con una pronunciación clara y sin acento.

Los botones entraron el equipaje en los dormitorios. Sophia Elliott supervisó la colocación de su equipaje, pero Alfredo Gómez quedóse esperando en silencio mientras el botones dejaba los bultos.

Sophia Elliott regresó y dijo a Gómez:

—Dele algo a esos chicos.

Gómez se metió la mano en un bolsillo y sacó un fajo de billetes.

—Esto es dinero brasileño. Aquí no sirve —dijo Sophia Elliott.

Gómez sonrió a los botones, mostrándoles su deslumbrante dentadura, mientras se guardaba el dinero en un bolsillo. Después metió la mano en otro, sacó un billetero y con solemnidad apartó un billete de un dólar que alargó a uno de los botones.

—Esto no es suficiente —dijo Sophia Elliott.

Gómez sacó dos billetes más.

—Esto es demasiado —observó la mujer—. Deles un dólar a cada uno.

Gómez obedeció con expresión grave.

Los botones, con rostros impasibles, murmuraron su agradecimiento y abandonaron la *suite*.

—Me ha parecido —dijo Mason a Sophia Elliott—, que su telegrama ha constituido una sorpresa para Miss Corning.

Ella se volvió lentamente para mirar a Mason con una expresión carente de cordialidad.

—¿Dice que es usted abogado?

—Sí.

—¿Y representa a mi hermana?

—No. Represento a alguien que tiene tratos con su hermana.

—¿Se le ha pedido que entrara?

—Se me ha dicho que estuviese aquí a las siete y media.

—Esto no es contestar a mi pregunta. ¿Se le ha invitado específicamente a venir? Me refiero a venir a esta habitación.

—Hemos encontrado la puerta abierta de par en par —dijo Mason—. Lo he considerado como una invitación muda.

—¿Qué hora es?

—Cerca de las siete cuarenta y cinco.

—Muy bien. Ella no está aquí ni ha dejado ninguna nota para usted. Le diré que ha venido. Si desea verle, ya le enviará recado.

—Discúlpeme. Soy abogado, no un botones.

Alfredo Gómez adelantóse con su andar sinuoso hasta colocarse junto a Sophia Elliott.

—Esta vez le ha enviado recado, ¿no?

—Me ha rogado que la visitara, y yo he consentido en venir.

—Está bien. Ya que es tan quisquilloso —dijo Sophia Elliot—, si ella desea verle le rogará que venga, y usted puede consentir de nuevo. Eso es todo. Adiós.

Se dirigió a la puerta y la abrió de par en par.

Mason se inclinó.

—Ha sido un placer conocerles a ustedes —dijo, y se hizo a un lado para dejar paso a Della Street.

—¡Hum! —gruñó Sophia Elliott.

—Puede decirle a Miss Corning —prosiguió el abogado— que si desea verme estaré en mi oficina mañana a las nueve y media, y que puede telefonarme para concertar una cita.

Salieron al pasillo y Sophia Elliott cerró bruscamente la puerta.

Della Street enarcó las cejas y miró a su jefe.

El abogado sonrió, cogió el brazo de la muchacha y se encaminó hacia el ascensor.

—Es lo que uno llamaría una personalidad dominadora —dijo Mason.

—Esto es subestimarla —observó Della Street—. Me gustaría saber cómo reacciona Amelia Corning ante todo esto.

—A mí también me gustaría —dijo Mason—. En apariencia, ella no ha llamado a su hermana y al deslumbrante Alfredo. Han venido por su propia iniciativa, y muy probablemente, para proteger sus

propios intereses.

—Evidentemente, no quieren perder de vista a la gallina de los huevos de oro —dijo Della Street.

Mason tocó el timbre del ascensor.

—Cualquiera diría que la hermana de Miss Corning se sabe todas las respuestas. Observa que no ha pedido al botones que dejara el equipaje en el salón hasta que se presentase Amelia Corning. Se ha limitado a instalarse.

—Y a tomar el mando de las operaciones.

La cabina del ascensor se detuvo en la planta baja.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó la joven.

—A ver a nuestra cliente, Susan Fisher.

Capítulo 8

Perry Mason tocó el timbre del apartamento de Susan Fisher sin obtener respuesta.

Miró a Della Street con el ceño fruncido y trató de abrir la puerta. Estaba cerrada. Volvió a oprimir el timbre.

—No lo entiendo. Le he pedido que se quedara en su apartamento, para que se la pudiese localizar inmediatamente por teléfono.

—¿Qué crees que habrá ocurrido?

—Sea lo que fuere, ha sido lo suficientemente importante para que ella rompiera la promesa que me había hecho y... A menos, desde luego, que se haya presentado algún asunto urgente y haya llamado a Paul Drake. Veamos si le ha dejado algún encargo.

Regresaron a la planta baja, encontraron una cabina telefónica y llamaron a Drake.

—Aquí Perry. ¿Sabes algo de Susan Fisher?

—Ha telefoneado a las seis —dijo Drake—. Me ha explicado que había ocurrido algo de una naturaleza tan confidencial que no se atrevía a explicarme ni una palabra, pero que la obligaría a salir durante un rato. Me ha pedido que te transmitiera el recado.

—¿No has tratado de sonsacarla?

—Sí, pero no he conseguido nada. Evidentemente, tenía muchísima prisa. Me ha pedido que te dijese que todo iba bien y que no te preocuparas.

—Bueno. Me mantendré en contacto contigo. Ella te anunciará su regreso.

El abogado colgó el aparato, salió de la cabina y meneó la cabeza en respuesta a la muda pregunta de Della Street.

—Ha salido. Ha dejado a Paul Drake un mensaje bastante enigmático. Él dice que parecía tener mucha prisa. En estas

circunstancias, Della, creo que lo mejor es ir a cenar. Esta noche todo el mundo parece haberse puesto de acuerdo para dejarnos plantados.

—Tus palabras suenan como música celestial en mi cerebro —dijo Della Street—. ¡Cenar!

—Bueno, pero lo haremos en plan improvisado, Della. A un par de manzanas de aquí he visto un bar. Vayamos allí, tomémonos un *cocktail*, dentro de veinte minutos regresaremos, comprobaremos de nuevo si ha llegado nuestra cliente y si no es así, iremos a tomarnos una buena cena.

—¿Puedo sugerir una modificación?

—¿De qué se trata?

—Mi larga experiencia contigo me ha enseñado que es mejor pájaro en mano que ciento volando. En vez de tomarnos ahora un *cocktail* y cenar después, olvidémonos del *cocktail* y vayamos hasta el restaurante de la esquina. Prefiero sentir una chuleta en el estómago que resistir hasta medianoche con la promesa de un *filet mignon*. La carne es más nutritiva que las palabras.

—Está bien —dijo Mason, riendo—, pero quiero estar aquí otra vez dentro de media hora, todo lo más. En este caso, hay algo que me preocupa.

Fueron a un pequeño restaurante próximo, donde les sirvieron rápidamente.

Al cabo de treinta minutos, estaban de regreso y Mason aparcó su coche frente a la casa de Susan Fisher.

Estaban ya cerca de la puerta cuando una esbelta figura, cubierta por un largo impermeable y un sombrero echado sobre los ojos, empezó a abrirla; pero de repente se detuvo, al tiempo que lanzaba una exclamación sofocada.

—¡Mr. Mason! —dijo Susan Fisher.

El abogado contempló a la muchacha, el sombrero masculino, el jersey, los pantalones, el impermeable y los zapatos bajos; dijo.

—Pero, ¿qué hace usted disfrazada de hombre?

—No... no lo sé —contestó Susan Fisher—. ¡Oh, cuánto me alegra de verle! Oh, es... esperaba poder localizarle.

—Habría podido localizarme con sólo seguir mis instrucciones y quedarse en su apartamento.

—Lo sé, lo sé, pero no me ha sido posible.

—¿Por qué?

—Porque ella me ha telefoneado.

—¿Quién?

—Amelia Corning.

—¿Qué quería?

—Hacer algo sin que nadie se enterara.

Mason entornó los ojos.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—Yo... ¿Está bien que hablemos aquí?

—Probablemente no —dijo Mason—. Subamos a su apartamento. Pero, muchacha, ¡está usted temblando!

—Lo sé. Estoy tan nerviosa que no puedo contenerme.

Subieron en el ascensor. Al llegar a la puerta del departamento, Della dijo:

—Déjeme su llave, querida. Yo abriré la puerta.

Una vez en el interior, Mason dijo:

—Está bien, Susan, veamos de qué se trata.

Susan se sentó y empezó a retorcer nerviosamente sus guantes, como si los estuviera escurriendo.

—Empiece —dijo Mason amablemente. Y después añadió—: Tal vez no tengamos mucho tiempo, ¿sabe?

—Ella me ha telefoneado y me ha explicado exactamente lo que debía hacer. Me ha pedido que anotara taquigráficamente sus instrucciones.

—¿Dónde tiene las notas?

—En mi libreta, pero se me han grabado en la mente. Me ha pedido que fuese a las oficinas de la compañía de alquiler de autos sin chófer que queda a cuatro manzanas de aquí, que alquilara un automóvil y después que fuera por Mulholland Drive hasta un cruce que me ha descrito. Después que recorriera mil cuatrocientos ochenta metros hasta una estación de servicio. Desde allí debía seguir por la carretera otros trescientos metros. Encontraría un lugar amplio donde aparcar el coche. Entonces debía retroceder hasta la estación de servicio y comprar una lata de cuatro litros de gasolina. Me ha dicho que debía llevarme la lata y ponerla en el coche, pues quien conduce de noche debe estar preparado para todas las emergencias.

—¿Y a qué viene todo esto? —preguntó Mason.

—Me ha dicho que quería que la condujera a Mojave y que no quería que nadie supiera lo que hacía. Ha dicho que era imprescindible que se entrevistara con un hombre de Mojave antes de que el Banco abriese mañana.

—¿Ha dicho por qué?

—No.

—¿O quién es ese hombre?

—No.

—¿Y esa ropa que lleva usted?

—También me ha dicho que debía conseguir un sombrero masculino de un ala ancha, que tenía que vestirme con pantalones, un jersey y un impermeable, y que debía ponerme zapatos planos para poder andar un buen trecho, si era necesario.

»Y se ha mostrado muy amable conmigo, Mr. Mason. Me ha dicho que había investigado cuidadosamente acerca de mí, y que apreciaba mi sinceridad, así como mi lealtad a la compañía. Me ha dicho que pensaba despedir a Campbell y que a mí me daría un cargo de responsabilidad. Ha dicho...

—Deje esto de momento —interrumpió Mason—. Cuénteme exactamente lo que ha ocurrido, qué otras instrucciones le ha dado, y qué ha hecho usted.

—He hecho exactamente lo que me había pedido. Sabía que el portero guarda ropa vieja en un armario, y también que tenía este sombrero de ala ancha, de modo que se lo he pedido prestado. El impermeable es mío. He salido de aquí con tiempo sobrado, y he llegado a Mulholland Drive veinte minutos antes de la hora fijada. He aparcado el coche, he ido a la estación de servicio, he comprado el bidón de gasolina, he regresado al coche y he esperado, he esperado, y he esperado.

—Y el hombre que le ha dado el bidón de gasolina, el de la estación de servicio, ¿no se ha ofrecido para conducirla hasta su automóvil? —preguntó Mason.

—No. Miss Corning me había dicho que, si me lo proponía, yo no debía alentarle, pero que, de todos modos, no creía que lo hiciese, porque estaría solo en la gasolinera.

—¿Y él no se ha ofrecido a conducirla?

—Desde luego, hubiese querido, pero ha dicho que estaba solo. Si hubiesen sido dos, me habría llevado en auto. Incluso ha pensado

en cerrar la estación el tiempo suficiente para llevarme, pero yo no le he dejado y... supongo que he tenido miedo de que alguien se presentara e informase de que la estación estaba cerrada.

—¿Y el coche alquilado? —preguntó Mason.

—He esperado mucho rato, pero como ella no ha comparecido, lo he devuelto y he pagado el alquiler. Ella me había ordenado que lo hiciera así si a las siete cincuenta no se había presentado. Ha dicho que si a esa hora no estaba allí, debía marcharme inmediatamente y regresar al apartamento, después de devolver el auto alquilado. Le he preguntado lo que debía hacer con el bidón de gasolina, y me ha ordenado específicamente que no lo devolviera a la estación de servicio sino que lo tirara entre los matorrales que hay junto al camino.

—¿Dónde ha conseguido el dinero para pagar el auto?

—Ayer por la mañana, cuando estaba trabajando en la oficina, aquella otra mujer me dio dinero para gastos. Miss Corning me ha dicho que lo utilizara, que ella ya me lo devolvería.

—¿A qué hora le ha dicho que llegaría a su cita en Mulholland Drive? —preguntó Mason.

—No me lo ha dicho. Me ha ordenado que estuviese allí a partir de las siete y cuarto, y que esperara hasta las siete y cincuenta en punto. Ha dicho que durante este intervalo se reuniría conmigo, en caso de serle posible.

—¿Cuándo ha recibido esa llamada?

—Hacia... Oh, calculo que serían las cinco cuarenta y cinco.

Mason miró a Della Street.

—Ha debido ser muy poco después de haber hablado nosotros con ella.

—Me ha dicho que había hablado por teléfono con usted, Mr. Mason. He querido saber si ella estaba enterada de dónde podría localizarle, y me ha dicho que no, que estaba usted fuera de la ciudad, pero que la había telefoneado.

—¿Está segura de que era su voz? —preguntó Mason.

—Oh, sí, completamente segura. Da ciertos giros a sus frases, y yo tengo buen oído para las voces que oigo por teléfono. Estoy segura de que era ella.

—¿Ha devuelto el auto y ha regresado andando hasta aquí?

Ella vaciló.

—¿Ha hecho esto?

—No, Mr. Mason. Sé que no hubiera debido hacerlo, pero estaba tan trastornada... Me he detenido en el bar y he bebido algo. Lo necesitaba.

—¿La conocen en el bar?

—Sí. El dependiente es muy simpático. De vez en cuando voy por allí.

—¿Cuánto rato ha estado allí?

—No mucho... Diez o quince minutos.

—¿Y después ha venido?

—Sí.

Mason frunció el ceño.

—Todo esto carece de lógica. No hay manera de encajarlo de modo que tenga sentido... ¿Le ha dicho Miss Corning algo acerca de su hermana o su agente de negocios?

—Nada en absoluto —contestó Susan.

—Escuche, Susan —dijo Mason—, esta mujer ha venido de América del Sur. Llevaba años fuera de su país. No ha podido darle todos estos informes detallados. No podía estar enterada de las distancias, ni de si el encargado de la estación de servicio estaba solo o...

—Oh, sí que podía —interrumpió Susan—. Me ha dicho que había contratado una agencia de detectives, y que todo esto eran fragmentos de un rompecabezas y que acabarían por encajar. Ha dicho que las personas que proyectaban estafar a la compañía habían concertado una reunión en la que nos presentaríamos nosotros. Ha dicho que cuando usted regresara a la ciudad tendríamos todas las pruebas que le hiciesen falta... Y desde luego, era Miss Corning. He reconocido su voz. No puede haber ningún error.

Mason dijo:

—Me temo que, o bien ha cometido usted una tontería con su credulidad, o bien Miss Corning se ha expuesto a un peligro y tal vez esté mal herida, en cuyo caso usted se habrá metido en un buen lío.

—Pero, Mr. Mason, ¿qué podía hacer yo? Todo depende de gozar de la confianza y del apoyo de Miss Corning. No podía hacer más que lo que he hecho... Me ha dicho que sus detectives

acababan de darle un informe, y que no había tiempo que perder; que de buena gana hubiese dado diez mil dólares para que le hubiesen dado ese informe un poco antes de que usted telefonara; ha dicho que le parecía que usted estaba en Mojave...

Bruscamente, Mason empezó a pasear de un lado para otro, con los ojos entornados en profunda meditación.

—¿Qué sucede? —preguntó Susan Fisher—. ¿Cree usted que...?

Della Street, conocedora de las costumbres del abogado, indicó a Sue que guardara silencio.

Mason estuvo paseando durante casi dos minutos. De repente, dio media vuelta.

—A ver, Sue, ¿puede usted hacerme un dibujo detallado del lugar donde ha aparcado su auto?

—Desde luego. Ella me ha fijado exactamente las distancias, y yo lo he anotado taquigráficamente y...

—¿Dónde está su libreta?

—Aquí.

—¿Ha transcrito la anotación?

—No.

—¿Tiene máquina de escribir?

—Sí.

—Escriba esas órdenes tan aprisa como pueda. Después quédese en este apartamento. No se marche hasta que yo se lo diga, ocurra lo que ocurra.

Espoleada por la gravedad del abogado, Sue Fisher quitó la funda de su máquina de escribir, colocó un papel en el carro y transcribió las instrucciones.

Mason estudió por un momento las líneas, dobló el papel, se lo metió en el bolsillo y dijo a Della Street:

—Vamos, Della.

—¿He de esperar aquí? —preguntó Sue Fisher.

—Aquí mismo, y si Miss Corning telefona, averigüe dónde está y después llame a Paul Drake y dígaselo. Entretanto, voy a telefonar a Paul Drake para que ponga a un hombre de guardia aquí.

—Suponga que ella me telefona y me dice que salga a reunirme con ella y...

—Averigüe dónde está, llame a la agencia de Drake y después

cumpla sus instrucciones. Si observa que un hombre la sigue, no se asuste. Será el detective de Drake.

Mason acompañó apresuradamente a Della Street hasta el ascensor, se detuvo en el teléfono del vestíbulo para dar instrucciones a Paul Drake y después corrió hasta su automóvil.

—¿Vamos hacia allí? —preguntó Della Street.

Mason asintió.

—¿Por qué? ¿Qué piensas encontrar?

Mason dijo:

—Tal vez lleguemos a tiempo para evitar un asesinato.

—Jefe, ¿tú crees que...? ¿Quieres decir que...?

—Exactamente —dijo Mason.

Aunque por lo general conducía con gran prudencia, en esta ocasión Mason lanzó su vehículo a toda velocidad.

—Conseguirás que te detengan —advirtió Della Street, en el momento en que Mason rebasaba un semáforo que acababa de cerrarse.

—Tanto mejor —contestó Mason—. Convenceremos al policía y lo llevaremos con nosotros.

Pero no compareció ningún policía. El abogado enfiló Mulholland Drive y empezó a comprobar las distancias.

—Ésta es la estación de servicio —dijo Della Street.

Mason, con los labios apretados, asintió ceñudamente, disminuyó la velocidad y siguió avanzando cautelosamente.

—Espera, espera —dijo Della Street—. Ése es el lugar en que ella ha aparcado, jefe.

—Lo sé —dijo Mason—. Pero no quiero dejar nuestro coche aparcado ahí.

Siguió avanzando otro centenar de metros antes de encontrar un sitio donde dejar el vehículo. Sacó una linterna del compartimento para guantes.

—Ven, Della —dijo Mason.

Las largas piernas del abogado iniciaron un paso que obligó a Della Street a sostener un trotecillo para no quedarse atrás. Regresaron a la ampliación de la carretera donde se veían huellas de neumáticos en el terreno blando.

El haz de la linterna de Mason escudriñó entre los arbustos.

—¿Qué buscas? —preguntó Della Street.

De repente, la luz de la linterna contestó a su pregunta al detenerse en una lata de gasolina arrojada entre los arbustos.

—La lata de gasolina —dijo Della Street—. ¡Debe de estar vacía! Mason asintió.

—¿La cogemos y...?

—No toquemos nada —dijo Mason—. Por aquí, Della.

Los automóviles que, saliéndose de la carretera habían avanzando por la maleza hacia la empinada pendiente, habían formado un camino consistente en dos líneas paralelas de vegetación aplastada.

Mason avanzó hasta el punto más alto de la loma. Los enamorados aparcaban allí sus vehículos y después les hacían dar la vuelta para regresar a la carretera, de modo que habían dejado un espacio circular, prácticamente desprovisto de vegetación.

Mason apagó la linterna y escuchó.

El zumbido ocasional de algún automóvil llegaba desde Mulholland Drive. Los rumores de la ciudad, sofocados por la distancia, proporcionaban el adecuado contrapunto. Un mar de luces parpadeantes se extendía hasta donde alcanzaba la vista, mientras que un sector oscuro indicaba la situación del océano. Arriba, las estrellas lucían con tranquila fijeza.

—¡Qué lugar más maravilloso! —dijo Della Street—. ¿Verdad que constituiría un sitio ideal para...?

Se interrumpió bruscamente y lanzó un chillido.

La linterna de Mason, que el abogado había vuelto a encender para examinar los bordes del claro, se detuvo en una figura tendida en el suelo, en la postura grotesca de un muerto.

Mason se adelantó.

El olor de la gasolina impregnaba la atmósfera.

El haz de la linterna se dirigió hacia el rostro.

—Jefe —dijo Della Street, medio histérica—, es Lowry, Ken Lowry, el director de la mina.

Mason asintió. El haz de la linterna siguió desplazándose.

—Y aquí hay libros de contabilidad —prosiguió Della Street—. Están empapados de gasolina.

Mason se acercó al cuerpo de Ken Lowry. Inclínose y le tomó el pulso.

—Bueno, Della, vámonos.

—Jefe, ¿qué ha ocurrido? ¿Qué...?

—Hemos llegado tarde para evitar un crimen. Tal vez hayamos llegado lo bastante pronto para evitar la destrucción de las pruebas.

—¿Te refieres a esa gasolina?

Mason asintió.

—Vayamos con cuidado, Della. Probablemente haya un asesino despiadado que observe todos nuestros movimientos.

Retrocedió hasta Mulholland Drive, cogió a Della Street de una mano y corrió hasta donde había dejado aparcado el coche. Subió al vehículo y lo condujo hasta la estación de servicio.

—¿Hay algún teléfono? —preguntó al encargado.

El hombre indicó el aparato con un ademán.

Mason se metió en la cabina, llamó a la policía:

—Con Homicidios —dijo escuetamente.

Instantes después, una vez conseguida la comunicación, preguntó:

—¿Está el teniente Tragg?

—Precisamente ahora se acaba de marchar. Tal vez pueda alcanzarle en el pasillo si...

—¡Avíselo! —gritó Mason—. Dígale que soy Perry Mason; que es un asunto importantísimo.

Mason escuchó como una voz gritaba al otro extremo de la línea.

—¡Eh, detened a Tragg! ¡Que no salga del edificio!

Segundos más tarde, Mason percibió por el aparato el sonido de unos pasos que se aproximaban, y a continuación la voz de Tragg que decía:

—¿Sí? ¿Qué hay? Tragg al habla.

—Esto va a gustarle tan poco como a mí, teniente. He encontrado un cadáver —dijo Mason.

—Ya —dijo Tragg con sequedad—. Y tiene toda la razón.

—¿En qué?

—En que me gusta tan poco como a usted, y probablemente aún menos. Veamos, ¿dónde está usted, y de qué se trata?

Mason dijo:

—El cuerpo está empapado de gasolina y creo que el asesino se proponía quemar no sólo el cadáver sino unas pruebas documentales que hay junto a él. Regresaré y trataré de evitarlo.

Envié tan aprisa como pueda a sus agentes a Mulholland Drive. Yo iré a montar la guardia. Dejaré a Della Street en el teléfono. Ella les dirá dónde estoy y cómo llegar hasta allí.

Mason alargó a Della Street.

—Dale instrucciones para que nos localice —dijo—. Yo vuelvo hacia allí.

—¡No, no! —gritó ella—. Es peligroso. Puedes... Estás desarmado.

—Una vez las pruebas estén destruidas —dijo Mason— nuestra cliente irá a la cámara de gas. No creo que el asesino inicie el fuego si sabe que hay algún testigo.

—Puede matar al testigo —dijo Della Street.

—Explícale a Tragg la manera de llegar hasta aquí —ordenó Mason—. Es lo mejor que se puede hacer. Dile que envíe por delante a un auto patrulla y que después venga él.

El abogado no quiso oír las protestas de Della Street, y cruzó apresuradamente por delante del atónito empleado de la estación; subió a su coche, lo condujo hasta el ensanchamiento de la carretera y lo colocó de manera que la luz de los faros iluminara el camino abierto entre la hierba. Apagó el motor y bajó los cristales de las ventanillas. Permaneció inmóvil, contemplando el camino, que la luz de los faros perfilaba, y escuchando atentamente.

Llevaba esperando unos diez minutos cuando oyó el lejano sonido de una sirena. El gemido creció rápidamente. Los rayos de un reflector rojo tiñeron siniestramente la maleza y después se fijaron en el auto de Mason.

La sirena enmudeció. Un policía se apeó del auto y corrió hacia el de Mason, con la mano sobre la pistolera.

—Bueno —dijo—, ¿qué ocurre?

Mason dijo:

—Soy Perry Mason, el abogado. He telefonado a Homicidios y he pedido al teniente Tragg que venga tan aprisa como pueda, pero que antes enviara un auto patrulla. Hacia allí, a un centenar de metros de la carretera, hay un cadáver empapado de gasolina. Creo que el asesino se proponía quemar el cuerpo, pero mi llegada lo ha interrumpido.

—Ah, ¿sí, eh? ¿Y cómo es que ha llegado tan oportunamente?

—Seguía una pista.

—¿Una pista de qué?

—Una pista de un asunto completamente distinto, aunque tal vez esté relacionado con el asesinato.

—¿Sabe quién es la persona asesinada?

—Creo que el cuerpo pertenece a Kenneth Lowry, que estaba empleado como director de una mina propiedad de la Mojave Monarch Mining Company.

El policía vaciló por un momento; después, dijo:

—Espérese aquí. No se mueva. No se marche. No baje del coche.

El policía regresó a su vehículo y habló con su compañero. Después cogió una potente linterna y empezó a avanzar por el camino, poniendo especial cuidado de no borrar ninguna huella.

Mason quedó a la espera.

Transcurrieron otros doce minutos y una segunda sirena aulló a lo lejos. Poco después, otro auto patrulla se detuvo allí. El teniente Tragg salió del mismo y acercóse al vehículo de Mason.

—¿Qué se propone, Mason?

—He comunicado el hallazgo de un cadáver. Nada más.

—¿Asesinato?

—Aseguraría que sí.

—¿Armas?

—No he visto ninguna.

—¿Identidad?

—Creo que es Kenneth Lowry, el director de la mina Mojave Monarch.

—¿Le conocía?

—Sí.

—¿Cuándo le vio por última vez?

—Ha sido la primera y única vez.

—¿Dónde?

—En Mojave.

—Entonces, debe de haberle seguido hasta aquí.

—Puede haberme precedido.

—Está bien. ¿Qué tiene usted que ver con la Mojave Monarch?

—Estaba comprobando su situación financiera.

—¿Para quién?

—Para un cliente.

—¿Quién es el cliente?

—Por el momento, no estoy autorizado a revelar su identidad. Sin embargo, voy a hacerle una sugerencia, teniente.

—¿Cuál?

—Amelia Corning se alojaba en el hotel Arthenium. Parece haberlo abandonado de una manera bastante misteriosa. Estaba citada conmigo a las siete y media, y no estaba allí en el momento de la entrevista. Tengo motivos para creer que una actuación rápida por parte de la policía, puede impedir su asesinato.

Tragg preguntó:

—¿Dónde está el cadáver?

—Lo encontrará siguiendo este camino. Lo he mantenido iluminado con mis faros, y uno de los policías del auto patrulla ha ido hacia allí y, lógicamente, debe montar guardia para que no se toque nada.

Tragg se dirigió al auto patrulla, conferenció con el policía que lo ocupaba, le dio varias órdenes en voz baja y regresó al coche de Mason.

—Venga —dijo Tragg al abogado—. Deje encendidos los faros. Si se agota su batería puede conseguir otra en la estación de servicio que hay aquí cerca. Nos interesa disponer de alguna luz en la escena del crimen.

Tragg se acercó al auto en que había llegado, dijo unas cuantas palabras, y un fotógrafo con un *flash* y un técnico con una caja para tomar huellas dactilares, se apearon del mismo.

Tragg dijo a Mason:

—Enséñenos el sitio, Perry. Manténgase a un lado del camino. No borre ninguna huella.

Mason contestó:

—Antes ya he pasado por aquí. Entonces no sabía que iba a encontrar un cadáver, por lo que he dejado mis huellas en el camino. Pero al regresar ya me he mantenido a un lado.

—Está bien —dijo Tragg—, aquí están sus huellas. Tratemos de no dejar ninguna más.

Mason avanzó por entre la vegetación, que le llegaba a la altura de las rodillas, e indicó a los otros el camino hasta el claro.

La linterna del policía del coche patrulla lanzó una señal.

—¡Por aquí! —gritó el agente.

Tragg y el grupo rodearon el claro y se reunieron con el policía.

—Soy el teniente Tragg —anunció—. ¿Qué tenemos aquí, agente?

—Evidentemente, un asesinato —contestó el aludido—. El cuerpo está empapado de gasolina, así como varios libros que hay junto a él. Hay un abrecartas metálico que debe ser el arma del crimen. He pensado que tal vez alguien estuviese por estos alrededores en espera de una oportunidad para encender una cerilla y pegar fuego a todo esto, de modo que me he quedado de guardia.

—Buen trabajo —dijo Tragg; se volvió hacia Mason—. Está bien, Mason, uno de mis hombres le acompañará hasta su auto. No se marche hasta que yo le haya interrogado.

—Iré hasta la estación de servicio. Allí me encontrará.

—¿Por qué hasta la estación de servicio?

—Della Street está allí.

—Bueno. Vaya hasta allí, pero no más lejos. Espere.

Tragg dijo al policía:

—Acompáñele hasta el coche. Cuide de que suba en él y se dirija hasta la estación de servicio. Procuren ir por entre la maleza, para no dejar ninguna huella en el camino.

Uno de los hombres se inclinó sobre el cadáver y dijo:

—Teniente, este hombre lleva muerto muy poco tiempo.

—Pero, ¿lo está ahora?

—Desde luego.

—Muy bien. Instale su equipo y tome varias fotografías. Bueno, Mason, hasta la vista.

El policía, sujetando a Mason por un brazo, se encaminó hacia la carretera, cuidando de mantenerse bien a un lado del camino. Cuando hubieron llegado junto al automóvil del abogado, el policía dijo:

—Ahora, diríjase a la estación de servicio.

—Está bien.

—Yo le seguiré hasta allí.

—Como quiera.

El abogado puso el motor en marcha, enfiló Mulholland Drive y regresó a la estación. El auto patrulla le siguió. Cuando Mason se hubo detenido, el auto patrulla describió un viraje en forma de U y se alejó por donde había venido.

Della Street sonrió a Mason, abrió su bolso y sacó unos

fragmentos de tejido.

—¿Qué es esto? —preguntó Mason.

—Un hermoso par de medias de nylon destrozado por la maleza. ¿Crees que es un gasto justificable?

—Es un gasto justificable para ti y amortizable para mí.

—Resultará gracioso anotarlos en la lista de gastos —dijo ella—.

Un par de medias de nylon para la secretaria.

Mason sonrió.

—En la nota de gastos no aparecerá exactamente con estas palabras, Della. Llamemos a Paul Drake.

El encargado de la estación de servicio se les acercó con expresión intrigada.

—Oigan, ¿a qué viene todo esto? —preguntó.

—Se ha cometido un crimen ahí cerca —dijo Mason.

—¡Caramba! ¿Cómo ha ocurrido?

—Nadie lo sabe exactamente. Por allí hay un bidón de gasolina.

¿Ha vendido usted recientemente alguno?

—Oh, ya lo creo. Hace aproximadamente una hora y media, y desde entonces me he estado preguntando lo que habría ocurrido.

—¿A quién se lo ha vendido?

—A una joven que llevaba un sombrero de hombre y un impermeable largo. Tenía el ala del sombrero echada sobre los ojos.

—¿Era rubia? —preguntó Mason, mirando significativamente a Della Street.

—No lo sé.

—¿Una rubia de ojos azules, de alrededor de un metro cincuenta y siete, y de unos veintisiete años?

—Me ha parecido más joven.

—¿Cuánto más?

—Bueno, no lo sé. Puede que tuviese veintisiete años.

—Y ojos azules —dijo Mason con tono convencido.

El encargado frunció el ceño.

—Bueno, no lo sé. De eso no estoy completamente seguro.

—Así, pues, ¿no la ha podido ver bien?

—No. Ha venido a comprar una lata de gasolina. Recuerdo que me ha intrigado el que llevase un sombrero de hombre y... Bueno, me ha intrigado lo que podía suceder por ahí. Una chica sola, disfrazada de esa manera, y quedándose sin gasolina... He querido

acompañarla hasta su coche, pero no tenía a nadie a quien dejar la vigilancia de la estación.

—¿Era más bien de esas... descaradas, vamos? —preguntó Mason—, ¿de esas que andan por ahí de noche vestidas de hombre?

—No estoy muy seguro de que fuese vestida de hombre. Llevaba el impermeable y el sombrero.

—Pero era un sombrero de hombre.

—Desde luego.

—¿De ala ancha?

—De ala ancha, que llevaba bajada sobre los ojos.

—Pero, usted ha podido ver que sus ojos eran azules, ¿no es cierto?

—Espere un momento, no estoy muy seguro sobre lo de sus ojos.

—¿No puede jurar que fuesen azules?

El encargado vaciló y dijo:

—No. No puedo jurarlo.

—Entonces, ¿no puede usted jurar de qué color eran sus ojos?

—Yo... No, creo que no puedo.

—Está bien —dijo Mason—. Della, sigue hablando con él y toma nota de lo que diga, ¿quieres? Trata de conseguir una descripción de esa joven.

Mason guiñó el ojo derecho.

—Voy a utilizar el teléfono —dijo al encargado.

Éste pareció encantado de quedarse a solas con Della.

Mason fue al teléfono y llamó a la oficina de Paul Drake. Cuando el detective se puso al aparato, dijo:

—¿Qué novedades hay de Endicott Campbell, Paul?

—Creo que has cerrado el establo cuando ya se habían llevado el caballo —dijo Drake—. No hemos podido localizarle. No está en su casa e ignoramos dónde encontrarle.

—Sigue probando, y cuando lo encontréis no le perdáis de vista. Es muy importante. Y ahora hay algo más, Paul.

—¿Qué?

—Hemos de encontrar a Carleton Campbell. Es el muchacho de siete años que está al cuidado de esa institutriz inglesa, Elizabeth Dow.

—Ten compasión de nosotros. Hacemos cuanto nos es posible.

—Pues tenéis que hacer aún más. Se ha cometido un asesinato.

Ken Lowry, el director de la Mojave Monarch, ha sido apuñalado. Esta tarde he hablado con él. Después de marcharnos, debe haberse puesto a pensar sobre el asunto y quizás haya decidido que me había dicho demasiado, o quizá mis palabras le hayan abierto los ojos. El caso es que debe haberse dirigido a Los Ángeles para ver a Endicott Campbell, o para visitar a Amelia Corning en el hotel Arthenium. Mi opinión personal es que iba a ver a Miss Corning. Podía haberse enterado de que ella estaba en la ciudad; incluso es posible que ella le haya telefoneado.

»Miss Corning ha desaparecido. Teníamos una cita a las siete y media y no se ha presentado. Ella es una maniática de la puntualidad. Quiero que averigües todo lo que puedas, y a gran velocidad.

—¿Y qué pintas tú en todo esto? —preguntó Drake.

—Estoy metido en pleno fregado. Incluso he estado jugando al escondite con un asesino, y no estoy seguro de quién es.

—¿Pero tienes una sospecha?

—Tengo una sospecha —dijo Mason—. Pero necesitaré pruebas.

»La hermana de Amelia Corning y su agente comercial en Sudamérica han comparecido en el hotel Arthenium. Aparentemente, la hermana, Sophia Elliott, es la que lleva los pantalones en la familia, o trata de llevarlos. No creo que esto encaje muy bien con el carácter de Amelia Corning.

»También hay otra cosa que me preocupa, Paul. No creo que Amelia Corning tuviese demasiadas ganas de que comparecieran su hermana y Alfredo Gómez, el agente. Creo que han venido por propia iniciativa, y puede ser que exista algún roce, algún interés contrapuesto. Es una corazonada.

»He insinuado a la policía que trate de localizar a Amelia Corning. Le he explicado que estaba en peligro de ser asesinada. Esto les espoleará.

—¿Tú crees que corre peligro?

—No lo sé. Pero no me gusta la manera cómo se ha presentado esa gente, y tengo la impresión de que a Amelia Corning tampoco le habrá gustado. Cuando he hablado con ella por teléfono y me ha dicho que había recibido un telegrama anunciando la llegada de esas personas, no parecía demasiado satisfecha.

—Si la policía se ocupa de esto —dijo Drake—, poco podré

hacer yo. La policía puede darme sopas con ondas.

—En efecto —dijo Mason—. Pero cabe en lo posible que descubras algo interesante. Y además te diré una cosa que sí puedes hacer, Paul.

—¿Qué?

—Muéstrate tan ostentoso y tan aprensivo en la búsqueda de Amelia Corning, que consigas que todos los interesados sientan también aprensión.

—¿*Todos* los interesados?

—Esto es, todos.

—Será un trabajazo.

—Lo es ya. Empieza a ocuparte de él.

El abogado colgó el aparato y observó que Della Street, con sus grandes y hermosos ojos, había hipnotizado al encargado de la estación de servicio hasta el punto de que casi ni se daba cuenta de que Mason sostenía una conversación telefónica, y desde luego no se había enterado de lo que el otro decía.

Mason pidió por teléfono un taxi; después se reunió con Della Street y al cabo de un momento consiguió llevársela a un lado, a fin de poder hablarle en privado.

—Della —dijo—, la policía me ha ordenado que permanezca aquí. Pero nadie ha pensado en darte a ti una orden similar. He pedido un taxi. Vendrá a recogerme, Tu coge mi coche y sal pitando.

—¿A dónde he de ir?

—Della, esto es importante. No quiero que la policía encuentre la pista de Sue Fisher hasta el momento necesario. Por otra parte, no me atrevo a pedirle que se esconda, porque podría tomarse como indicio de culpabilidad. Ahora bien, supongamos que yo te dijera que trataras de localizar a Miss Corning. ¿A dónde irías?

—No lo sé.

—Es un asunto complejo —dijo Mason—, pero no hemos de olvidar que posee unos importantes intereses mineros en las cercanías de Mojave. Hemos de tener en cuenta que el asesinato de Ken Lowry tiene un gran significado. Ahora bien, si pasaras por el apartamento de Sue Fisher y te la llevaras a fin de que te fuese explicando todo lo que sabe sobre el asunto, y si emprendierais la marcha hacia Mojave... Bueno, desde luego, debes de estar bastante

cansada. No puedo exigir que trabajes día y noche. Y hoy has tenido una jornada muy laboriosa. Vosotras dos podríais deteneros en un hotel, en algún punto del camino. Desde luego, deberéis tener cuidado y utilizar vuestros propios nombres. Y mañana podréis seguir y echar una ojeada por Mojave. Existe la posibilidad... una posibilidad de que encontréis algo.

—¿Quieres ganar tiempo, no es eso? —preguntó Della Street.

—Calma, calma, Della. No hay que precipitarse en las conclusiones. Sólo te pido que trates de conseguir pruebas. Creo que podría resultar interesante que fueses a Mojave e indagaras un poco por allí.

—¿Quieres que te informe de nuestros movimientos?

—De vez en cuando —dijo Mason—. No hace falta que lo hagas esta noche. ¿Tienes bastante dinero?

—No mucho.

Mason le entregó dos billetes de cien dólares.

—Bueno, con esto tendrás suficiente, por el momento.

—¿Cómo te las arreglarás sin tu coche?

—Oh, no te preocupes. Alquilaré otro. Tú llevarás éste, y no tengas prisa, Della. Telefonéame de vez en cuando.

—¿Y si la policía nos localiza?

—Si la policía os localiza, puedes explicarle a Sue Fisher que un abogado, en general, no desea que sus clientes hagan declaración alguna si él no está presente, y que prefiere hablar con su cliente y conocer los hechos, antes de que éste haga declaraciones a la policía.

—Creo que te entiendo —dijo Della—. Deséame suerte.

—En marcha —dijo Mason.

Della Street se dirigió al auto de Mason y se instaló en él haciendo una generosa exhibición de piernas.

El encargado de la estación de servicio la vio alejarse.

—¿No es esa chica una actriz de cine? —preguntó.

Mason negó con la cabeza.

—Pues debería serlo —dijo el hombre con expresión soñadora—. Es la muchacha más hermosa que he visto en mi vida. ¡Caramba, qué ojos! ¡Y qué figura!

La sonrisa de Mason fue comprensiva.

—¡Y qué competencia! —dijo.

—¿A qué se dedica? —preguntó el encargado.

—Es una secretaria muy, muy eficiente.

El encargado siguió contemplando la carretera por un momento; después lanzó un suspiro y regresó al interior de la estación.

Capítulo 9

El contador del taxi marcaba nueve dólares y ocho centavos cuando Tragg, a regañadientes, dio permiso a Perry Mason para que se marchara.

—No estoy muy satisfecho de todo eso, Mason —dijo Tragg.

—Nunca se puede estar satisfecho de un crimen —contestó el abogado.

—No me refiero a éste. No me satisface ninguno.

—Bueno, muy bien. No le satisface ninguno. Y tampoco éste. Es lógico.

—Digamos que no me satisface su participación en éste.

—Yo no tengo ninguna participación.

Tragg hizo un ademán con el pulgar.

—Lárguese —dijo—. Personalmente, creo que ha utilizado sus privilegios profesionales para meterse en un lío. Voy a decirle una cosa, Perry Mason. Más pronto o más tarde, los hechos de este caso saldrán a la luz. Sabremos cómo es que usted ha venido hasta aquí a buscar un cadáver.

—Le repito que no buscaba ningún cadáver.

—Bueno, no volvamos a discutir esto. Lárguese.

Mason subió al taxi e hizo un ademán al conductor:

—Regresemos a Hollywood —dijo.

Una vez en Hollywood, Mason dio al taxista la dirección del apartamento de Susan Fisher, y dijo:

—A tres o cuatro manzanas de esa casa hay una agencia de alquiler de coches sin chófer. ¿Sabe dónde está?

El taxista meditó un momento y después asintió.

—Hay en el boulevard una sucursal de la *Compañía M* de coches de alquiler, y queda sólo a tres o cuatro manzanas de este lugar.

—Probemos ahí —dijo Mason.

El taxista detuvo su coche frente a la tienda. Mason entró y dijo:

—¿Pueden alquilarme un coche?

—Depende de para cuánto tiempo lo quiera. Estamos a punto de cerrar y hoy ha habido mucho movimiento. Esto es sólo una sucursal y nos hemos quedado casi sin existencias. Tengo un coche que acaban de devolverme. Aún no ha sido repostado ni repasado. Sólo tendré tiempo para ponerle gasolina. Si quiere usted devolverlo antes de las nueve de la mañana, deberá hacerlo en otras de nuestras sucursales. Le daré una tarjeta con la dirección.

—Por mí está bien —dijo Mason—. Necesito un coche.

—¿Tiene permiso de conducción?

Mason lo exhibió, tendió una carta de crédito y salió a pagar el taxi.

—Estaba a punto de cerrar —explicó el empleado—. Hemos tenido un día muy fuerte y me he retrasado quince o veinte minutos para cerrar los libros.

—¿Ha habido muchos alquileres?

—Bastantes.

—¿No disponen de muchos automóviles?

—Aquí no; esto es una sucursal. En realidad, siempre tratamos de tener uno a punto, y cuando se lo llevan telefoneamos a alguna de nuestras sucursales para que nos envíen otro. Recibimos el auto al cabo de diez minutos de haberlo pedido por teléfono, y a veces antes.

—Así pues, ¿sólo tienen un coche disponible?

—Esto es. Desde luego, no siempre es el mismo auto.

—Entiendo —dijo Mason—. Sentía curiosidad por saber cómo llevan el negocio.

—En realidad, la compañía utiliza un método para efectuar el máximo de operaciones. La mayoría de nuestros competidores tienen el material en un garaje de la ciudad, y también en el aeropuerto. Si usted quiere conseguir un auto, tiene que ir a uno u otro sitio o pedir que se lo entreguen. Y esto complica algo las cosas a la hora de devolver el vehículo. Nosotros probamos un método completamente nuevo. Tenemos agencias por toda la ciudad. Usted viene a buscar un coche, pues bien, yo se lo tengo preparado en menos de diez minutos o le doy una lista de los establecimientos donde puede recogerlo. Después podrá devolverlo en cualquiera de

ellos. Están repartidos por toda la ciudad.

—Buena idea —dijo Mason.

—Nos está dando excelentes resultados —contestó el hombre—. Desde luego, yo aquí tengo una estación de servicio. Permítame que llene de gasolina el depósito y podrá marcharse en seguida.

Mientras se efectuaba la operación, Mason se metió en la cabina telefónica y llamó a Paul Drake.

—Paul —dijo—, he conseguido un auto que quiero que un experto examine con mucho cuidado. Que lo haga alguien que sepa lo que se lleva entre manos.

—¿Qué debe buscar?

—Manchas de sangre, huellas dactilares, todo.

—Bueno —dijo Drake con cierto cansancio—, hay un técnico del laboratorio de la policía que ocasionalmente realiza trabajos para mí. A esta hora es probable que esté durmiendo. Si te parece, puedo hacerle levantar.

—¿Callará?

—Callará.

—¿Se levantará por ti?

—Por mí, no. Por cincuenta «pavos».

—¿Y trabajará toda la noche, si es preciso?

—Y trabajará toda la noche si es preciso.

—Está bien. Llámale y después espérame en la acera. Te recogeré e iremos juntos a buscarle.

—¿Cuánto tardarás?

—Quince minutos.

—Está bien. Trataré de arreglarlo todo. Te esperaré en la acera. ¿Tú crees que alguien podrá dormir esta noche?

—Que yo sepa, no —dijo Mason—. ¿Has averiguado algo sobre Amelia Corning?

—Sí, hemos encontrado una pista. Un ayudante del portero recibió veinticinco dólares para que ayudara a Miss Corning a bajar con su silla de ruedas en el montacargas del hotel. Ella dijo que quería salir sin que nadie la viera, porque tenía que hacer ciertas comprobaciones.

—¿A qué hora, Paul?

—A las seis y media.

—Encaja.

—¿Qué?

—Tenía una cita conmigo a las siete y media, y es muy puntual. Pudo haber calculado que a esa hora ya estaría de regreso.

—En efecto. Así fue. Pidió a ese individuo que la esperara junto al montacargas exactamente a las siete y veinte, a fin de ayudarla a subir hasta el piso y regresar a su *suite*.

—Así lo hizo. El individuo la esperó durante diez minutos, pero ella no compareció.

—¿Y había salido a las seis y media?

—Aproximadamente. Tal vez fuese unos minutos antes. El hombre dice que pudo haber sido a las seis y veinticinco.

—¿Ha contado esto a la policía?

—La policía no se lo ha preguntado. No parece preocupada... todavía. Mis hombres no han observado ningún síntoma de interés. La hermana de Miss Corning parece gobernar la plaza y desalentar cualquier interés excesivo por las idas y venidas de Amelia.

—Eso está bien —dijo Mason—. Evidentemente, llevamos ventaja a la policía. A ver lo que puedes averiguar con los taxis que suelen esperar junto al hotel Arthenium y...

—Ya lo hemos hecho —dijo Drake—. Todos los taxis que esperan allí, lo hacen poniéndose en fila. El que llega se coloca detrás, y el que está primero acude a la llamada del portero. Desde luego, si un peatón se acerca a la fila y sube a un vehículo, el taxista no tiene más remedio que llevarle adonde le ordene. Sin embargo, por lo general, trabajan con el portero. Así, éste obtiene una propina al conseguir el taxi y se muestra amable con los taxistas, de modo que todo va a pedir de boca.

—¿Y si se le pide a un taxi que vaya a la puerta de mercancías?

—Tiene que hacerse mediante una llamada telefónica. He hablado con todas las compañías de taxis y a esa hora no ha habido ninguna petición en tal sentido. Por lo tanto, ha tenido que ser un coche particular.

—Resulta muy improbable —dijo Mason.

—Tiene que haber sido así.

—Está bien —dijo el abogado—. Voy a buscarte. Quiero que examinen este auto en busca de huellas dactilares y de todo lo que pueda constituir una prueba. Quiero un examen como los que hace la policía.

—Esto requerirá tiempo.

—Lo tenemos.

—Ya me lo temía —dijo Drake, al tiempo que lanzaba un bostezo.

—Saca de la cama a tu hombre —dijo Mason—. Voy hacia ahí, y asegúrate de que llevas guantes cuando te recoja.

El abogado condujo el coche de alquiler hasta el edificio en que tenía sus oficinas y recogió a Paul Drake, quien esperaba en la acera. El detective le dio instrucciones y juntos se dirigieron hacia el barrio residencial, donde penetraron en un garaje particular.

—Te presento a Myrton Abert —dijo Drake—. Es un experto del laboratorio de la policía.

—Quiero que examine este coche —dijo Mason—, y no me interesa que nadie lo sepa.

—Esto me interesa a mí tan poco como a usted —dijo Abert—. ¿No estará caliente, verdad?

—No en el sentido que usted le da. Es un coche de alquiler. Sólo quiero saber quién lo ha conducido antes de que todas las huellas queden borradas.

—¿Y si la policía desea saber lo mismo? —preguntó Abert.

—Entonces, déle la información —dijo Mason.

—En tal caso, deberé utilizar cinta adhesiva y reproducir las huellas.

—Adelante, reproducícalas; pero asegúrese de que no deja ningún indicio de que las huellas han sido obtenidas.

—No entiendo lo que gana usted con esto —dijo Abert.

Mason contestó:

—A veces, la policía no comparte conmigo sus informaciones. Si yo las comparto con ella, cuando menos quiero llevarle ventaja.

Abert sopesó aquellas palabras, sonrió, y dijo:

—Bueno, he pedido a un amigo que venga a ayudarme. Debe de estar a punto de llegar. He tenido que sacarlo de la cama.

Abert cerró la puerta del garaje, encendió las potentes luces y empezó a trabajar.

Estaba amaneciendo cuando Abert dijo:

—Bueno, Mr. Mason, no hay ninguna mancha de sangre en el automóvil. Aparecen bastantes huellas borrosas. Hay veintitrés identificables en las portezuelas, en la parte posterior del espejo

retrovisor y en el espejo lateral. Las he reproducido sobre cinta adhesiva. ¿Qué hacemos ahora?

—¿Sabe usted comparar huellas, dactilares? —preguntó Mason.

—Claro que sí.

Mason dijo:

—Quiero duplicados de esas huellas.

—En tal caso, tendré que fotografiarlas.

—¿Cuánto tardará en hacerlo?

—En hacer las fotos, poco, pero en revelarlas y obtener copias, bastante más.

—Está bien —dijo Mason—. Usted quiere protegerse. Saque fotografías y entrégume las huellas originales. Puede revelar los negativos cuando tenga tiempo. Le servirán de protección.

Abert se quedó meditabundo, y después dijo:

—Esto costará más de lo convenido, Mr. Mason. Ha habido más trabajo del que pensaba.

Mason le alargó un billete de veinte dólares.

—¿Cubre esto los gastos adicionales?

—Sí.

—Pues manos a la obra.

Abert abrió un armario, sacó una cámara fotográfica especial, colocó las huellas sobre una superficie oscura y en pocos minutos las fotografió todas.

—¿No queda nada por hacer? —preguntó Mason.

—Nada.

—Muy bien. Voy a marcharme.

—Oiga, éste es un auto de alquiler, ¿verdad?

—Comprenderá usted que en este asunto me he de cubrir bien —dijo Abert—. Hasta ahora, se trata sólo de una operación privada entre nosotros. Pero he anotado la matrícula del auto y...

—Desde luego —dijo Mason—. No le pido que haga nada que pueda comprometerle. Tiene perfecto derecho a hacer trabajos por su cuenta en sus horas libres.

—Gracias. Sólo quería asegurarme de que lo había entendido —dijo Abert.

—Queda bien entendido.

Abert consultó su reloj y bostezó.

—Apenas me quedan dos horas de sueño antes de que deba irme

a trabajar —dijo.

—Tiene usted suerte —replicó Drake.

—¿En qué?

—En poder dormir dos horas —dijo el detective.

Mason sonrió, abrió la portezuela del auto y se instaló tras el volante.

—Sube, Paul —dijo—, nos vamos.

—¿A dónde? —preguntó Drake, mientras salían del garaje.

—A la cama.

—Éstas son las palabras más bellas que he oído.

—Nos detendremos en tu oficina —dijo Mason—, y veremos si hay alguna noticia de última hora.

—¿Por qué no telefoneamos?

—Está bien, telefoneemos.

Se detuvieron ante una cabina telefónica, Drake hizo la llamada y al cabo de un momento regresó moviendo la cabeza.

—Nada —dijo—. Aún no han encontrado a Endicott Campbell, no hay ni rastro de su pequeño ni de la institutriz, y la policía está removiendo todo Mojave tratando de averiguar algo acerca de Ken Lowry. Hasta ahora, la policía no ha mostrado el menor interés por Amelia Corning. En este aspecto, le llevamos ventaja.

—Estupendo —dijo Mason—. Esto nos deja unas dos horas y media. No tenemos que levantarnos tan temprano como tu experto.

Capítulo 10

Perry Mason se levantó a las siete cuarenta y cinco. Se afeitó, se duchó, se vistió y, sin desayunar, se detuvo en un supermercado, compró dos docenas de hermosas manzanas, condujo el coche alquilado hasta la puerta de un instituto de enseñanza media, lo detuvo junto al bordillo, deshinchó el neumático delantero izquierdo y permaneció junto al vehículo hasta que un grupo de estudiantes se acercó por la acera, charlando y riendo completamente absortos en su mundo y sus problemas.

—Eh, muchachos —dijo Mason—. ¿Queréis ganaros veinte «pavos»?

Los del grupo se detuvieron y le miraron recelosamente.

—Aquí están las llaves del coche —dijo Mason—. He de acudir a una cita y no quiero ensuciarme cambiando la rueda. A decir verdad, ni siquiera sé cómo se hace. Ignoro dónde están las herramientas. Aquí están las llaves del auto y aquí los veinte «pavos».

—¿Qué os parece? —dijo uno de los muchachos.

—Esto es un maná caído del cielo —observó otro.

—Me voy a aquel bar a tomar café —dijo Mason—. Me gustaría que hicieseis lo que os sea posible.

Mason dejó caer un billete de veinte dólares en el asiento del automóvil y atravesó la calle para meterse en el bar.

—Si os apetece, podéis comeros alguna manzana, muchachos —les gritó.

Al mirar hacia atrás, vio cómo los jóvenes tomaban prácticamente por asalto el vehículo.

Cuando el abogado hubo terminado su café, se encaminó de nuevo hacia donde estaba el automóvil. La rueda había sido cambiada y uno de los muchachos, parado junto al coche, dijo:

—Muchísimas gracias, señor. Hemos pensado que no teníamos que cobrarle tanto. Nos parece que sería abusar un poco.

—En absoluto —dijo Mason—. En el fondo, es una operación que me favorece.

Por entonces, un grupo de quince o veinte muchachos rodeaban el vehículo; los que no habían intervenido en el negocio del cambio de rueda miraban envidiosamente a los demás.

Uno de los muchachos dijo de repente:

—Oiga, yo a usted le he visto en alguna parte. Su cara me es familiar. ¿No es usted...? ¡Caramba, pero si es Perry Mason, el abogado!

—En efecto —contestó Mason, sonriendo.

Y se sentó tras el volante, dejando abierta la portezuela de la izquierda y departiendo con los muchachos durante cuatro o cinco minutos.

Después cerró la portezuela y se encaminó a su oficina.

Metió el vehículo en el aparcamiento donde él y Della Street tenían siempre lugares reservados. Mason se apeó del auto y dijo al encargado:

—Tengo muchísima prisa. ¿No le importará llevar el coche a mi sitio? Muchas gracias.

Mason sonrió al individuo y se encaminó apresuradamente hacia los ascensores.

Se detuvo un momento en la oficina de Paul Drake.

—¿Ha llegado Paul? —preguntó a la telefonista.

—Aún no —contestó ésta—. Ha dejado recado de que había trabajado hasta las cinco de la madrugada y que llegaría un poco más tarde.

—Dígale que pase a verme tan pronto como llegue, ¿quiere?

Mason se encaminó hacia su propia oficina. Al atravesar la sala de recepción, dijo a la telefonista:

—Es probable que Della Street no venga hoy, Gertie. Yo estaré un rato en el despacho, pero tal vez deba pedirle que anule todos mis compromisos.

Gertie, siempre tan romántica, preguntó con avidez:

—Caramba, Mr. Mason, ¿se trata de otro caso de asesinato?

—Me temo que sí —contestó el abogado.

—¿Y usted está complicado en él?

Mason sonrió:

—Digamos que tengo un cliente que puede verse complicado.

Mason se metió en su despacho particular, se sentó a la mesa y, después de descolgar el teléfono, dijo:

—Gertie, quiero hablar con la *suite* Presidencial del hotel Arthenium. Hablaré con quien se ponga al aparato. Me temo que hoy será un día muy duro. Tendremos que apañarnos sin Della y...

—Oh, no. No hará falta. Ahora mismo entra —dijo Gertie.

—¿Qué? —exclamó Mason; poniéndose en pie de un salto.

Della acaba de entrar.

Mason dejó caer el aparato, cruzó el despacho con rápidas zancadas y abrió la puerta en el momento en que Della Street iba a hacer lo mismo desde el otro lado.

Por un momento permanecieron inmóviles, contemplándose; después Mason dijo:

—Caramba, Della, me alegro de verte. Aunque supongo que las noticias serán malas.

—Lo son.

—Pasa y cuéntamelas. ¿Dónde has estado?

—Desde las seis de esta mañana, en la oficina del fiscal. La policía nos ha sacado de la cama durante la madrugada, en el distrito de Kern. Nuestro amigo, el teniente Tragg, ha comparecido y ha empezado a interrogarme con mucho detalle.

—¿Qué le has contado?

—La verdad.

—¿Toda ella?

—Bueno, en ciertos aspectos del asunto no he entrado en detalles, pero nunca había visto al teniente Tragg tan insistente, y había un ayudante que se ha mostrado francamente insultante.

—No tenía ningún derecho a retenerte —dijo Mason.

—Es lo que he argüido. Pero su respuesta ha sido que yo podía ser un testigo material, que tal vez estuviera ayudando a cometer una felonía y tratando de ocultar pruebas... Oh, tenían respuesta para todo.

—¿Te han hecho pasar un mal rato?

—Se han mostrado bastante insistentes.

Tras quitarse el sombrero, y guardarlo en el armarito correspondiente, Della se dejó caer en un sillón con gesto de

cansancio.

—Creo que el ayudante del fiscal y uno de los oficiales se hubiesen mostrado verdaderamente rudos e insultantes si el teniente Tragg no hubiera estado presente. Tragg ha sido insistente y pesado, pero siempre como un caballero de la vieja escuela.

—¿Y qué ha dicho Susan Fisher? —preguntó Mason.

—No tengo ni idea. La han metido en otro despacho y no nos han dejado ni cambiar una palabra desde el momento en que se han hecho cargo de nosotras. A mí me han llevado en un coche y a ella en otro y nos han interrogado en sitios diferentes.

—Bueno —dijo Mason—, creo que el asunto está en marcha y que pronto empezarán los fuegos artificiales.

Gertie, desde el antedespacho, hizo sonar reiteradamente el teléfono interior; al mismo tiempo se abrió la puerta del despacho y el teniente Tragg traspuso sonriente el umbral.

—Buenos días, Perry —dijo, y volviéndose hacia Della Street se inclinó—: Nosotros ya nos hemos visto esta mañana, ¿verdad, Della?

—Ya lo creo —contestó ella.

Tragg dijo:

—Perdóneme por entrar así, sin hacerme anunciar, Perry, pero como ya le he explicado en diversas ocasiones, a los contribuyentes no les gusta que perdamos el tiempo haciendo antesala y, además, cuando alguien sabe que le queremos visitar, adopta medidas tendentes a contrarrestar el efecto de nuestra visita.

—¿Y cuál es el propósito de su visita de esta mañana? —preguntó Mason.

—Bueno —dijo Tragg—, he recibido instrucciones de pedirle que examine ciertos capítulos del código penal.

—Ya.

—Ciertos capítulos relativos a la ocultación de pruebas y a cosas por el estilo. Pero no diré nada sobre los mismos.

—¿Por qué?

—Porque —contestó Tragg, sin dejar de sonreír—, estoy convencido de que los conoce a fondo, señor abogado, y es probable que haya tomado las medidas oportunas para que no se le puedan aplicar.

—Entonces, ¿cuál es la finalidad de su visita? —preguntó

Mason.

—Por el momento, la finalidad de mi visita es comunicarle que nos hemos incautado de un coche que anoche alquiló usted a la *Compañía M...* Además, tengo instrucciones de preguntarle por qué consideró necesario alquilar precisamente ese coche.

—¿Qué coche?

—El que alquiló.

Mason sonrió.

—Della tenía trabajo y usted me había ordenado que no me moviera de la estación de servicio. Por lo tanto, cuando usted terminó de interrogarme me fue necesario llamar a un taxi para volver a la ciudad. Lógicamente, es antieconómico utilizar un taxi para todas las gestiones que debe hacer un abogado, por lo que tenía que procurarme un medio de locomoción menos oneroso.

—Ya —dijo el teniente Tragg—. Y supongo que sabía que el auto que alquiló era el mismo que su cliente, Susan Fisher, había alquilado aquel mismo día para dirigirse al sitio en que fue hallado el cadáver de Ken Lowry.

—¡No! —exclamó Mason, sorprendido.

—¿No lo sabía?

—¿Cómo iba a saberlo?

—Alquiló el auto en la misma agencia.

—Ciertamente —dijo Mason—. Creo que es la que queda más próxima a la estación de servicio en la que usted me hizo esperar.

—Entiendo. Se trata simplemente de una coincidencia.

—Puede llamársele así.

—Y también puede no llamársele —dijo Tragg—. Estoy convencido de que el fiscal no lo hará.

—Está bien —dijo Mason—. Usted quiere incautarse del auto. Supongo que me dará el oportuno recibo, comprobaremos el kilometraje en el cuentakilómetros y telefonearé a la *Compañía M.* para que usted les explique que el Departamento de Policía se ha hecho cargo del vehículo. Desde luego, no estoy dispuesto a pagar los desplazamientos que a la policía se le ocurra hacer con ese vehículo.

—Oh, desde luego —dijo Tragg—. Siempre nos agrada colaborar con usted, Perry.

—Gracias.

—Ahora bien —prosiguió Tragg—, si examinamos el auto en busca de huellas dactilares y descubrimos que han sido todas borradas, esto constituirá un hecho muy comprometedor, señor abogado. Supongo que se dará cuenta de hasta qué punto resultará significativo y comprometedor.

—Yo no diría que se trate de algo comprometedor —contestó Mason—, pero estoy convencido de que cuando el fiscal haya terminado de explotar el asunto, ofrecerá este aspecto.

—Y puede colocarle a usted en una situación muy embarazosa —añadió Tragg.

—Puede —convino Mason.

—No parece muy preocupado.

—No lo estoy porque espero que descubrirá que no se ha borrado ninguna huella de ese automóvil.

—Bueno —dijo Tragg—, lo hemos localizado en el aparcamiento de abajo y lo están examinando un par de expertos en huellas dactilares. Si no le importa bajar para comprobar el cuentakilómetros, le daremos un recibo por el vehículo y nos lo llevaremos.

Mason suspiró.

—Bueno, supongo que es necesario. ¿Cuánto rato llevan trabajando en el auto?

—Desde que usted lo ha dejado abajo —dijo Tragg, sonriendo—. ¿Sabe, Mason? Quisiera hacerle una apuesta.

—¿Cuál?

—Que mis hombres informarán que en el auto no aparece ninguna huella dactilar, excepto unas cuantas en la portezuela, correspondientes a usted... ¿Y sabe lo qué ocurrirá en tal caso? Que tendré que llevármelo a jefatura para ser interrogado y averiguar lo que sabe sobre las huellas que han sido borradas. He pensado que sería mejor decírselo a fin de que pueda usted encargar a su eficiente secretaria que se ocupe de anular sus compromisos para hoy si no regresa usted a su oficina.

Mason suspiró y fue en busca de su sombrero.

—Siempre me han desagradado estos métodos expeditivos de la policía.

—Lo sé, lo sé —contestó Tragg—, pero el fiscal siente bastante antipatía por los abogados que andan por ahí ocultando pruebas.

—¿Pruebas de qué?

—De un asesinato.

—¿Qué clase de pruebas?

—Bueno, por ejemplo, no me sorprendería demasiado que Ken Lowry hubiese estado en ese auto en un momento u otro, y que sus huellas aparecieran en el mismo, en el caso de que no hayan sido borradas. Le diré, señor abogado, que esos expertos en huellas son muy hábiles, y si el auto ha sido limpiado podrán demostrarlo, y, desde luego, puesto que el auto está en su poder y usted es el único con motivos suficientes para borrarlas, con el fin de ayudar a su cliente, la respuesta resulta más o menos evidente.

—Yo diría menos que más —contestó Mason—. Bajemos a echarle una ojeada al vehículo. Tal vez será mejor que vengas tú también como testigo, Della, para comprobar el kilometraje.

—Cuanto más seremos más nos reiremos —dijo Tragg.

Tragg acompañó a Mason y a Della Street hasta el contiguo aparcamiento.

Dos hombres trabajaban febrilmente en el automóvil que Mason había dejado allí. Otro hombre con una cámara fotográfica iba sacando clisés de las huellas.

—¿Qué hay? —preguntó Tragg, sin pérdida de tiempo—. Habían borrado todas las huellas ¿no es cierto?

Uno de los hombres se volvió hacia el teniente. Su rostro mostraba una expresión completamente exasperada.

—En toda mi vida, teniente —dijo—, en toda mi vida no había encontrado un auto con más huellas dactilares que éste. Está prácticamente cubierto de ellas. Delante, detrás, en el parabrisas, en las ventanillas, en el volante, en el retrovisor, en todas partes.

Por un momento, la sonrisa desapareció de los labios del teniente Tragg. Después lanzó un profundo suspiro y se inclinó ante Perry Mason.

—Sólo se siente respeto por el adversario que lo merece —dijo—. Será un placer para mí comunicarle al fiscal que no había ningún motivo para interrogarle a usted.

—¿Esperaba que no había huellas en el auto? —preguntó Mason.

—Bueno —dijo Tragg—, no pensaba que lo encontraría completamente limpio de ellas. Tenía instrucciones de comunicarle

que estaba seguro de que ocurriría esto, pero en el fondo estaba convencido de que no resultaría tan fácil. Sin embargo, tampoco esperaba encontrar una abundancia tal. ¿Le importaría explicarme cómo ha sido eso?

Mason se encogió de hombros.

—Supongo que lo habrá tocado mucha gente —dijo—. Tal vez la policía lo haya registrado antes de traerlo yo aquí.

—No sea tonto —dijo Tragg.

Uno de los expertos en huellas, que había estado escuchando, dijo al teniente:

—Parece como si uno de los partidos políticos nacionales hubiese celebrado su convención en este maldito auto. Todo son huellas.

Tragg se inclinó, se quitó el sombrero en un ademán que podía ser de despedida a Della Street o de respeto a Perry Mason.

—Dadas las circunstancias —dijo—, no hay motivo para entorpecer sus actividades, señor abogado. Que ustedes lo pasen bien.

—Hasta la vista —dijo Mason.

Y cogiendo a Della Street por un brazo, acercóse para comprobar el kilometraje del vehículo.

—Diecisiete mil novecientos cuarenta y ocho. ¿Está de acuerdo, teniente?

—De acuerdo —dijo Tragg.

—Toma nota, Della.

La secretaria lo hizo.

—Adiós, teniente.

—Hasta la vista —contestó Tragg—. Sin duda volveremos a encontrarnos.

Mason y Della Street entraron en la cabina del ascensor; mientras esperaban que se completara el cargamento Paul Drake compareció corriendo, hizo una señal al ascensorista para que le esperara, y consiguió llegar en el momento en que las puertas empezaban a cerrarse.

—Hola, Paul —dijo Mason.

El detective dio un suspiro, volvióse para mirar al fondo de la cabina, y al ver a Mason y Della Street dijo:

—¡Caramba, cuánto me alegro de veros!

—¿Ocurre algo? —preguntó Mason.

—Muchas cosas —dijo Drake—. Os acompañaré a vuestro despacho y por el camino os explicaré las noticias...

Miró significativamente a los otros pasajeros del ascensor, que observaban y escuchaban con la curiosidad de personas que llevan vida monótona y obtienen de vez en cuando un placer malsano fisgando en los asuntos ajenos.

Mason asintió y, a medida que la cabina fue vaciándose en los pisos intermedios, adelantóse hasta quedar junto a Drake, de modo que los tres salieron juntos del ascensor y emprendieron la marcha por el pasillo.

—Han detenido a tu cliente —dijo Drake.

—Lo sé. Incluso han retenido a Della durante unas horas.

—Está bien —dijo Paul Drake—, voy a explicarte algo más, Perry: Tienen alguna prueba completamente firme y segura; pero no he podido averiguar cuál es. Sin embargo, sí puedo asegurarte que en esta ocasión defiendes a una persona culpable.

—¿Estás seguro?

—Yo no —contestó Drake—, pero quien me ha informado, sí. Tengo una confidencia procedente de la propia jefatura pidiéndome que te aconseje que no intervengas en este caso.

—No puedo dejar de intervenir, Paul. Estoy demasiado metido en él. ¿Qué más hay?

—He localizado a Endicott Campbell. Esta madrugada, hacia las cinco, se ha presentado en su casa. Nadie sabe dónde ha estado. Ha llegado en su automóvil, se ha metido en el garaje, y desde entonces no se ha movido.

—¿Qué más?

—La policía ha emitido un boletín relativo a Amelia Corning. Salió anoche del montacargas del hotel en su silla de ruedas y desde entonces no se la ha vuelto a ver.

—Ese ayudante del portero... ¿Ha hablado ya con la policía y les ha dicho que había esperado su regreso junto al montacargas?

—Oh, desde luego —contestó Drake—. Tan pronto como han empezado una investigación oficial, han interrogado a todos los empleados del hotel y ese individuo les ha dado su versión.

—¿Y no han encontrado ni rastro de Miss Corning?

—Ni rastro.

—Es extraño —dijo Mason—. Una mujer medio ciega y que para moverse necesita una silla de ruedas no puede desvanecerse en el aire.

—Bueno, pues ella lo ha hecho —dijo Drake—. Y recuerda que ésta es la segunda vez en cuarenta y ocho horas. La primera persona que había suplantado a Amelia Corning, desapareció; ahora, ha desaparecido Amelia Corning.

—Pero en el primer caso esa alguien suplantaba a Amelia Corning —dijo Mason—. Por lo tanto, le resultó muy fácil desvanecerse. Lo único que tuvo que hacer fue levantarse de la silla de ruedas, quitarse las gafas oscuras y marcharse. Pero por lo que respecta a Amelia Corning, la cosa cambia.

El abogado abrió la puerta que comunicaba con su despacho particular, se hizo a un lado que para Drake y Della Street entraran, y dijo:

—Bueno, Paul. Tenemos que empezar a movernos. Hemos de comprobar un montón de huellas dactilares.

—Las pasaremos moradas —dijo Drake.

—¿Y pues?

—La policía tiene mucho poder —explicó Drake—. Puede acudir al encargado de la *Compañía M.* de autos de alquiler y decirle que necesitan sus huellas. Pueden acudir a Endicott Campbell y preguntarle si tiene inconveniente en dejárselas tomar. Pueden comprobar dichas huellas con las del auto. Nuestra posición es diferente. Disponemos de un montón de huellas, y lo único que podemos hacer es eliminar gradualmente algunas y después conjeturar sobre las demás. Carecemos del poder de la policía.

—¿Y el hombre que tomó las huellas? ¿Crees que entregará las fotografías a la policía?

—Las entregará si sabe que la policía las busca.

—¿Cuándo lo sabrá?

—Tal vez tarde uno o dos días. Depende de la publicidad que se dé al caso en los diarios. Hay algo extraño en todo esto, Perry, y no menosprecies a Endicott Campbell. Es un individuo inteligente, hábil y muy listo.

—En esto he cometido un error, Paul —dijo Mason—. Hubiese debido poner a dos hombres que le siguieran y averiguaran dónde ha estado y lo que ha hecho. Desde luego, no podíamos saber que

Amelia Corning desaparecería.

—Naturalmente.

—Bueno, pon manos a la obra y averigua cuánto puedas. Consigue toda la información que te sea posible. Entretanto, coge esas huellas y trata de identificarlas. A estas horas, la policía habrá detenido formalmente a Susan Fisher, de modo que tendrá sus huellas dactilares. El forense habrá tomado las de Ken Lowry. En cuanto a que podamos encontrar huellas de Amelia Corning, ya es otra cuestión. Tal vez se las hayan tomado para darle el pasaporte o para algún otro trámite relacionado con la inmigración. Probablemente estén archivadas en algún sitio.

—Supón que Amelia Corning o Ken Lowry hayan estado en ese coche —dijo Drake—. Supón que se identifiquen sus huellas.

Mason se quedó pensativo; después movió lentamente la cabeza.

—Si alguno de ellos estuvo en ese auto, estamos atrapados —dijo.

—No sé por qué, pero este caso me produce una opresión extraña en la boca del estómago, Perry. Tengo la impresión de que van tras de ti.

—Bueno —dijo Mason—, te será fácil obtener las huellas de Ken Lowry. Está en el depósito de cadáveres. Que alguien se ocupe de esto.

—Ya está hecho —dijo Drake—. Dame esas huellas y me marcho a mi oficina. He dado órdenes para que consigan una copia tan pronto como el forense las haya tomado.

—¿Las facilitará el forense? —preguntó Mason.

—Desde luego —dijo Drake—. Se trata de un asunto de pura rutina. Toma las huellas de todos los cadáveres a quienes hacen la autopsia.

—¿Sabes cómo se cometió el crimen?

—Una puñalada en el corazón; una sola herida, evidentemente hecha con un abrecartas en forma de estilete.

—¿Por dónde está el orificio de entrada? ¿Por delante o por detrás?

—Por el costado. Cogió a Ken Lowry por sorpresa. Era alguien de su confianza, desde luego.

—Bien —dijo Mason—. Empieza a trabajar con esas huellas.

—Dentro de pocos minutos habré comprobado las de Lowry —

dijo Drake—. Déjame llamar a mi oficina. Les diré que me las envíen aquí.

Drake telefoneó a su oficina y dijo:

—Estoy en el despacho de Mason. ¿Tienen ya las huellas de Ken Lowry...? Envíemelas aquí, ¿quiere?

Al cabo de treinta segundos, la telefonista de Drake llamaba a la puerta con el juego de huellas dactilares, y el detective se sentó ante la mesa. Mason sacó de su cartera las otras huellas y se las entregó.

Drake cogió una lupa y examinó una huella tras otra, comparándolas con una serie de diez que había recibido de la oficina del forense.

De repente, Drake alzó la cabeza y miró al abogado con expresión abatida.

—Suspéndelo todo, Perry.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mason.

—Déjame asegurar.

Sostuvo una de las huellas a pocos centímetros de distancia del juego que había recibido de su oficina y después plegó lentamente la lupa, la dejó en la mesa, miró al abogado y dijo:

—Esta vez no hay duda. Una de las huellas que había en el auto pertenece a Ken Lowry.

»Si comunicas este hecho al teniente Tragg, es como si compraras para tu cliente un billete sin retorno a la cámara de gas, y si no se lo comunicas, ello representará que has ocultado pruebas de importancia vital en un caso de asesinato.

Mason se quedó pensativo durante un minuto y después dijo:

—No haremos nada de eso, Paul. Telefona al experto que ha obtenido las huellas. Dile que el auto ha intervenido en un caso de asesinato y que debe revelar sus fotografías de las huellas y entregarlas inmediatamente a la policía.

—¿Sin que nadie sepa que tú se lo has sugerido?

—Eso es.

—Esto te deja en una posición vulnerable por ambos flancos —dijo Drake—. La policía tendrá la información y tú no podrás alegar en tu propio descargo que has entregado las pruebas a la policía.

Mason asintió.

—Cuando llegue el momento ya nos ocuparemos de esto, Paul. Si la policía se ocupa de mí, no le quedará tiempo para ocuparse de

Susan Fisher. Constituiré un elemento de distracción.

—No te hagas ilusiones —dijo Drake lúgubrementemente—, tendrán tiempo para ocuparse de todos, incluido yo.

Capítulo 11

El juez Burton Elmer entró en la sala de Audiencia y permaneció en pie por un momento, mientras el alguacil proclamaba que se constituía el tribunal. Los espectadores interesados observaron entonces que Hamilton Burger, el fiscal, se había sentado a la derecha de su ayudante, Harrison Flanders. Como reguero de pólvora se había esparcido la voz de que en aquel caso la culpabilidad de la cliente de Perry Mason quedaría demostrada tan fehacientemente que no había la menor posibilidad de que el abogado pudiera salvarla. El enjuiciamiento definitivo de Susan Fisher era considerado con tal certitud matemática que nadie tenía la menor duda de que sería puesta a disposición de un tribunal superior, tras aquella audiencia preliminar.

Además, se rumoreaba que inmediatamente después de que el juez Elmer pusiera a la encausada a disposición del tribunal superior, Perry Mason sería acusado de haber ocultado pruebas materiales sobre el caso y se iniciarían los trámites legales correspondientes.

Un destacado comentarista había llegado incluso a pronosticar que la audiencia preliminar terminaría en menos de dos horas, y que antes de que llegara la noche el propio abogado se encontraría en un apuro tan serio como su cliente.

Los modales de Hamilton Burger mostraban la solemnidad de quien participa en un juicio cuyo único resultado puede ser la pena de muerte.

—El Pueblo contra Susan Fisher —dijo el juez Elmer.

—Dispuesto para la acusación —dijo Harrison Flanders.

—Dispuesto para la defensa —anunció Mason.

Con la habilidad de un veterano, Flanders procedió a establecer los fundamentos del caso. Aportó pruebas del crimen, el

descubrimiento del cadáver de Ken Lowry al cabo de muy poco tiempo de haberse producido el fallecimiento; la presentación de mapas y diagramas mostrando la localización exacta del cuerpo; la identificación del mismo por un miembro de la familia; las circunstancias de su empleo por la Mojave Monarch Gold Mining and Exploration Company; el hecho de que dicha compañía fuese una filial de la Corning Mining Smelting & Investment Company.

Cuando Flanders hubo terminado con el último de los testigos preliminares, lanzó un golpe audaz.

—Que acuda a declarar Endicott Campbell —dijo.

Endicott Campbell se adelantó, prestó juramento, facilitó su nombre, residencia y ocupación: director general de la Corning Mining Smelting & Investment Company.

—¿Conocía usted a Kenneth Lowry, la víctima? —preguntó Flanders.

—Nos habíamos visto brevemente, poco antes de su muerte.

—¿Conoce usted bien la compañía que, para abreviar, denominaremos Mojave Monarch Mining Company?

—En líneas generales, sí.

—¿Qué significa esta respuesta?

—La compañía de la que soy director enviaba remesas de fondos a la Mojave Monarch Mining Company para subvenir a sus gastos de explotación.

—¿Sabe cuánto dinero fue enviado a esta compañía subsidiaria durante el último año?

—Sí, señor.

—¿Cuánto?

—Doscientos siete mil, quinientos treinta y seis dólares con ochenta y cinco centavos.

—¿Queda esto reflejado en los libros de la Corning Mining Smelting & Investment Company, a la que en lo sucesivo, para abreviar, llamaremos Corning Company?

—Sí, señor.

—¿Se produjo alguna circunstancia excepcional en relación con la Corning Company?

—Sí, señor.

—¿Cuál?

—Amelia Corning, la propietaria de un noventa por ciento de las

acciones de la compañía, que llevaba varios años viviendo en América del Sur, venía a esta ciudad para efectuar una inspección personal de los asuntos de la compañía y de las subsidiarias.

—¿Conoce usted a la encausada?

—Sí.

—¿Trabajaba a sus órdenes?

—En efecto.

—¿Desde hacía mucho tiempo?

—Algo más de dieciocho meses.

—¿Cuál era su cargo?

—Era mi ayudante, es decir, más que una secretaria. Colaboraba conmigo en la dirección de los asuntos de la compañía.

—Refiriéndonos al sábado, día 3 de este mes, ¿sostuvo usted una conversación con la encausada?

—Efectivamente.

—¿Dónde tuvo lugar dicha conversación?

—Por teléfono.

—¿Conoce bien la voz de la encausada y está seguro de que fue ella quien habló con usted?

—Sí, señor.

—¿Cuál fue la naturaleza de la conversación? ¿Qué dijo ella?

—Me contó que Miss Corning, que no debía llegar hasta el lunes, día 5, se había presentado inesperadamente el día 3; que ella había tratado de localizarme y...

—Espere un momento. Dice usted que «ella» había tratado de localizarle. ¿Se refiere a Miss Corning o bien a la encausada?

—La encausada dijo que ella, la encausada, había tratado de localizarme, aunque sin conseguirlo.

—¿Qué más le dijo?

—Me dijo que mi hijo, Carleton, de siete años, había estado en la oficina junto con su institutriz, Elizabeth Dow, y que le había mostrado una caja de zapatos que el pequeño afirmó me pertenecía; que había inspeccionado el contenido de esta caja y descubierto que estaba llena de billetes de cien dólares, lo cual representaba una gran suma de dinero, y que ella había metido en el arca aquella caja de zapatos, sin contar el dinero.

—¿Qué más?

—Siguió diciéndome que Miss Corning le había pedido que fuese

a buscarla al aeropuerto, y que después la había acompañado al hotel, tras de lo cual Miss Corning había ido a las oficinas, donde pasó bastante tiempo examinando los documentos, terminando por llevarse consigo una buena cantidad de ellos.

—¿Todo esto ocurrió el sábado, día 3?

—Sí, señor.

—¿Comprobó usted si las afirmaciones de la encausada eran ciertas?

—Comprobé que al menos parte de ellas no lo eran.

—¿Cuáles?

—Mi hijo no le entregó ninguna caja o cualquier otro recipiente lleno de dinero, y Miss Corning no estuvo en la oficina. Una mujer que afirmó ser Miss Corning se registró en el hotel, y la encausada conspiró con esa mujer para entregarle los...

—Un momento —interrumpió Mason—. Me opongo a que la palabra «conspiró» aparezca en la declaración, pues se trata sólo de una conclusión del testigo.

—Elimínese esa palabra —decretó el juez Elmer—. El testigo se limitará a relatar la conversación y lo que ocurrió según su conocimiento.

—Bueno —dijo Campbell—, desde luego, yo hice gestiones para ponerme inmediatamente en contacto con la encausada y también con la supuesta Miss Corning. Ésta no tardó en desaparecer y la encausada se presentó con Mr. Mason, al que presentó como su abogado, y puedo afirmar que hubo una completa falta de colaboración por parte de ella, que llegó hasta el punto de no facilitarme ningún detalle más sobre la caja de zapatos que contenía la gran cantidad de dinero.

—Poco antes de esta ocasión, ¿había estado usted en contacto con Ken Lowry, la víctima?

—En efecto, y volví a ponerme en contacto con él inmediatamente después.

—¿Qué hizo usted?

—Fui en auto hasta Mojave.

—¿Y habló con Mr. Lowry?

—Sí.

—Entonces, ¿ésta fue la segunda vez que le vio personalmente?

—Sí. La primera fue hacia el mediodía del sábado, día 3. La

segunda fue cerca de la una de la madrugada del 4. Esa segunda conferencia duró aproximadamente una hora.

—¿Había algún motivo para que no conociera personalmente a Mr. Lowry con anterioridad al día 3?

—Se me había encomendado que me dedicara especialmente a las actividades de la Corning Company relacionadas con bienes raíces y que no me ocupara de la mina Mojave. Había recibido instrucciones concretas de dejar esta compañía exclusivamente en manos de Mr. Lowry.

—¿Quién le dio estas instrucciones?

—Miss Corning.

—¿Cómo?

—Por conferencia telefónica.

—Ha dicho que envió usted durante el último año unos doscientos siete mil dólares de la Corning Company a la Mojave Monarch. ¿Se produjo algún ingreso por parte de dicha Compañía?

—No directamente a la Corning Company, sino a otra subsidiaria. Miss Corning me comunicó que esa compañía subsidiaria ya establecería una cuenta a su debido tiempo.

—Cuando usted vio a Mr. Lowry, ¿sostuvo con él alguna conversación acerca de sus actividades?

—Sí, señor.

—¿Qué le dijo Lowry respecto al dinero enviado por él, o respecto al que le había enviado la Corning Mining Company?

—Me opongo —dijo Mason—. Esta pregunta es inadecuada, impertinente e inútil; no constituye ninguna prueba aceptable; esto es recurrir a palabras de terceras personas y a una conversación de la que la encausada no tenía conocimiento.

—Con la venia de la sala —dijo Flanders—, esto forma parte de la *res gestae*. Revela el motivo por el que Lowry fue asesinado. Ésta fue una conversación inicial entre un empleado de la compañía y su director.

—No me importa lo inicial que fuese —dijo Mason—. En nada puede comprometer a la encausada. Además, ahora resulta evidente que Lowry no era un empleado de la Corning Company. Recibía dinero de ésta y por lo que se deduce de este testimonio, hacía algo con el mismo, en vez de enviarlo a la Corning Company.

—Esto es exactamente lo que quiero demostrar —dijo Flanders.

—Entonces, demuéstrelo con pruebas adecuadas —replicó Mason.

—Creo que la observación es oportuna —dijo el juez Elmer—. Supongo que bastará consultar los archivos, ¿no?

—En realidad, no —dijo Flanders—. Es una situación peculiar, y precisamente debido a la misma Lowry fue asesinado. Podemos demostrar mediante varios testigos lo que Lowry hacía con el dinero que recibía.

—Podrá demostrar lo que él afirmaba que hacía —dijo Mason—, pero dichas afirmaciones en nada pueden afectar a mi defendida.

—Se acepta la protesta —dijo el juez Elmer.

—Muy bien —dijo Flanders.

Mostró ostensiblemente su decepción, pero por la expresión de Burger resultaba evidente que éste había previsto la contingencia.

—¿Sostuvo usted aquel día otra conversación con Mr. Lowry, conversación que tuvo lugar después de marcharse de Mojave?

—Sí, señor.

—¿A qué hora fue?

—Hacia las cinco de la tarde.

—¿Fue una conversación personal o telefónica?

—Telefónica.

—¿Qué dijo Mr. Lowry?

—Me explicó que Mr. Mason y su secretaria...

—A ver, un momento —dijo Mason—. Deseo presentar una protesta a esta conversación, que resulta inadecuada, impertinente e innecesaria, aparte de no aportar ninguna prueba. Nada indica que mi defendida estuviese presente, o que esta conversación, en parte o íntegramente, le fuese comunicada alguna vez.

—Me refiero a una conversación que tuvo lugar entre la víctima y este testigo —dijo Flanders—, relativa a declaraciones que fueron hechas a Mr. Mason en su calidad de abogado de la encausada.

El juez Elmer negó con la cabeza.

—A menos que pueda demostrar que dicha conversación llegó a conocimiento de la encausada o que ella estuvo presente u oyó la conversación, se acepta la protesta.

—Muy bien —dijo Flanders—. Prosigamos. ¿Sostuvo usted alguna conversación personal con la encausada acerca de esa caja de zapatos llena de dinero?

—Desde luego.

—¿Quién estaba presente?

—La encausada, Perry Mason, en su calidad de abogado, y Miss Della Street, secretaria de Perry Mason.

—¿Qué se dijo en ella?

—Yo le comuniqué que en el arca de la oficina no había ninguna caja de zapatos llena de dinero, según ella me había contado.

—¿Y qué respondió ella a este respecto?

—Nada, excepto insistir en que mi hijo le había dado dicha caja.

—¿Cuántos años tiene su hijo?

—Siete.

—¿Cómo se llama?

—Carleton.

—¿Y cuándo le dijo la encausada que le había sido entregada la caja de zapatos?

—Dijo que aquella mañana, en la oficina, Carleton, acompañado por su institutriz, Elizabeth Dow, le había entregado la caja de zapatos; que ella la había examinado y descubierto que estaba llena de billetes de cien dólares.

—Contrainterrogatorio —anunció Flanders.

—¿Había ido usted a la oficina antes de sostener con nosotros la conversación que ha relatado? —preguntó Mason.

—Sí.

—¿Por qué?

—Ella me dijo que mi hijo le había dado la caja, asegurando que era mía. Desde luego, yo quería enterarme de la verdad, como padre y como director de la compañía.

—¿Y no encontró usted ninguna caja en el arca?

—En efecto.

—¿Abrió el arca y examinó su interior?

—Sí.

—¿Estaba alguien con usted?

—No.

—Entonces, es su palabra contra la de ella.

Endicott Campbell se permitió el lujo de una sonrisa triunfal.

—De momento, Mr. Mason —dijo con sarcasmo—, es mi palabra contra la de ella; pero hasta ahora, a mí nadie me ha acusado de matar a alguien para ocultar un desfalco.

Mason se inclinó.

—Hasta ahora —dijo—. Gracias. Nada más de momento.

—Llame al siguiente testigo —dijo el juez Elmer a Flanders.

—Que se adelante Elizabeth Dow —pidió el ayudante del fiscal.

Elizabeth, mujer de rostro anguloso que ella no había tratado de mejorar, se adelantó hacia el estrado de los testigos. Se sentó con rostro inexpresivo y esperó las preguntas, después de haber facilitado su nombre, domicilio y ocupación.

—¿Conoce usted a Carleton Campbell, hijo de Endicott Campbell, el testigo que acaba de declarar?

—Sí.

—¿Tiene alguna relación oficial con él?

—Soy su institutriz.

—¿Lo era usted el sábado, día 3 de este mes?

—Sí.

—¿Le llevó usted a las oficinas de la Corning Mining Company durante la mañana de dicho día 3?

—Sí.

—¿Quién estaba allí?

—Susan Fisher.

—¿Hubo una conversación entre Susan y Carleton?

—Sí.

—¿La escuchó usted?

—En parte.

—¿Llevaba algo Carleton cuando llegó a la oficina?

—Sí.

—¿Qué era?

—Una caja de zapatos.

—¿Sabe usted, por su propio conocimiento, lo que había en aquella caja?

—Lo sé.

—Cuéntenoslo.

—Un par de zapatos negros pertenecientes a Endicott Campbell.

—¿Cómo sabe lo que había allí dentro?

—Antes de marcharnos de casa, Carleton y su padre hablaron acerca de una caja del tesoro, y Carleton preguntó a su padre si podían intercambiar sus respectivos tesoros. A Carleton le pareció que su padre le autorizaba a coger esa caja de zapatos.

—¿Sólo había una caja?

—En efecto, sólo la que Carleton se llevó de casa.

—¿Y cómo sabe lo que contenía?

—Cuando estuvimos en el automóvil, tuve ocasión de desatar el cordel que sujetaba la caja, aprovechando un momento en que Carleton estaba distraído. Quería asegurarme de lo que había dentro, porque, naturalmente, en cierto modo, me sentía responsable.

—¿Qué había dentro?

—Como he dicho, sólo un par de zapatos negros.

—Eso es todo. Puede usted interrogar —dijo Harrison Flanders, inclinándose ligeramente hacia Perry Mason.

—¿Conducía usted el coche en aquella ocasión? —preguntó Mason.

—No conducía —contestó ella—. Estaba en el coche, tras el volante. Había puesto el motor en marcha y entonces pregunté a Carleton dónde había puesto su abrigo. Se lo había olvidado en casa. Le pedí que fuese a buscarlo. Mientras estaba en la casa, tuve ocasión de desatar la caja.

—¿Estaba atada?

—Sí.

—¿Con qué?

—Con un cordel. Creo que era un pedazo de hilo de pescar.

—¿Y miró usted dentro de la caja?

—Sí.

—¿Y después volvió a atarla?

—Sí.

—Y desde allí, ¿a dónde se dirigió?

—Directamente a la oficina.

—¿Por qué fue a la oficina?

—Sabía que la encausada estaba allí y quería pedirle que vigilase a Carleton mientras yo hacía unas diligencias personales. Se lo pedí como favor personal.

—¿Y ella accedió?

—Sí.

—Veamos, ¿existe la posibilidad de que la caja de zapatos fuese sustituida en algún momento?

—Antes de que llegásemos a la oficina, no, señor. Carleton tenía

aquella caja y entró con ella en la oficina. Cualquier sustitución tuvo que ser hecha necesariamente por la encausada.

—Esto es todo —dijo Mason.

—Que comparezca Frank Golden —solicitó Flanders.

Golden prestó juramento y manifestó que era propietario de una sucursal de la *Compañía M*, de coches de alquiler.

—Le ruego que recuerde usted el domingo, día 4 de este mes. ¿Vio usted a la encausada?

—La vi.

—¿Habló con ella?

—Sí.

—¿Realizó alguna operación comercial con ella?

—Sí.

—¿Cuál?

—Le alquilé una de nuestras unidades, un automóvil indicado en nuestros libros con el número 19.

—¿A qué hora se lo alquiló?

—A las seis y media de la tarde.

—¿Se lo devolvió ella?

—Sí.

—¿A qué hora?

—Nuestro registro indica que a las ocho y quince.

—¿Y ese coche estaba señalado en sus libros con el número 19?

—Sí.

—¿Está el número pintado en el vehículo?

—Lo está. De manera disimulada, pero lleva pintado el número 19.

—¿Tuvo ocasión de alquilar ese coche a alguien más aquel mismo día?

—Sí.

—¿A quién?

—A Mr. Perry Mason, el abogado.

—¿A qué hora fue?

—Cuando me disponía a cerrar. Alrededor de... Oh, unos minutos antes de las once. Lo anoté en los libros a las diez y media, porque ésta es la hora oficial de cierre.

—Cuando vio a la encausada, ¿cómo iba vestida?

—Llevaba un impermeable, un jersey, pantalones y un sombrero

de hombre; un sombrero de ala ancha, muy bajado sobre los ojos. Al principio creí que era un hombre, pero cuando me habló noté, desde luego, que era una mujer. Y después, la identifiqué por su permiso de conducción.

—¿Se lo mostró ella?

—Sí. Es necesario para poder alquilar un coche.

—¿Y su registro indica el nombre que había en aquel permiso de conducción?

—Sí, señor. El nombre de Susan Fisher.

—¿Cuándo recuperó de nuevo el automóvil?

—Por la tarde del día 5. Me fue devuelto por la policía, que me comunicó que se había incautado de él.

—Esto es todo. Contrainterrogatorio —dijo Flanders.

—No tengo nada que preguntar.

—Que se adelante Myrton Abert —dijo Flanders.

Myrton Abert comunicó su domicilio y profesión, y declaró que después de la medianoche del domingo, aproximadamente entre las doce y media y la una de la madrugada del lunes, había sido requerido por Perry Mason y Paul Drake para que buscara huellas dactilares en un automóvil, que anotó la matrícula del vehículo y también el número 19 pintado en un lugar poco visible, que había obtenido una serie de huellas, que entregó a Perry Mason; que, sin embargo, estipuló que en el caso de que el auto tuviese algo que ver con el crimen, facilitaría la información a la policía, y que por tal motivo había tomado fotografías de las huellas; que dichas fotografías fueron entregadas a la policía; que ésta había presentado una colección de huellas pertenecientes a Ken Lowry, la víctima, y que una de aquellas huellas, correspondiente al dedo corazón de la mano derecha, coincidía con una huella latente encontrada en el automóvil, en el dorso del espejo retrovisor; que el testigo era experto en identificación de huellas y había podido realizar la operación; que no cabía la menor duda de que aquella huella había sido hecha con el dedo corazón de la mano derecha de la víctima.

—Contrainterrogatorio —dijo secamente Flanders.

—No hay preguntas —comunicó Mason.

—Que se presente el teniente Tragg.

El teniente Tragg subió al estrado y declaró haber recibido una llamada telefónica de Perry Mason en la que éste le comunicó el

hallazgo de un cadáver en el lugar indicado en el mapa de un sector de Mulholland Drive; que ante todo ordenó que un coche patrulla fuese al lugar de autos para procurar que no se escamoteara ninguna prueba; que, después, él personalmente, junto con un forense, un fotógrafo y un técnico, habían ido al lugar indicado, donde hallaron el cadáver de Kenneth Lowry.

Tragg presentó varias fotografías y las identificó.

—¿Cuánto tiempo llevaba el cuerpo allí? ¿Cuánto rato hacía que había fallecido?

—Muy poco —contestó el teniente Tragg—. El forense podrá determinar la hora exacta, pero la muerte era muy reciente.

—Muy bien. En el curso de su examen, ¿buscó usted huellas de neumáticos de automóvil en las cercanías de donde estaba la víctima?

—Sí, señor.

—¿Qué encontró?

—Descubrí que un auto había ido desde la carretera hasta el sitio en que apareció el cadáver, siguiendo un caminito casi borrado. Seguí cuidadosamente las huellas de ese auto y obtuve un molde de las mismas. Pude conseguir buenas reproducciones de los cuatro neumáticos; tenían dibujos bastante característicos.

—¿Eran iguales todos los neumáticos?

—No, señor. Los había de dos tipos distintos. Los delanteros de una marca y los traseros de otra; y, además, en el neumático delantero derecho había un diseño que lo diferenciaba claramente de los otros.

—¿Encontró después un automóvil equipado con neumáticos que correspondían a aquellas huellas?

—Sí, señor.

—¿Qué automóvil fue?

—El automóvil número 19, propiedad de la *Compañía M*, de autos de alquiler. Encontré dicho automóvil en el aparcamiento contiguo al edificio donde están las oficinas de Mr. Mason, y éste me confesó que el auto lo había dejado allí él, pues la noche precedente lo había alquilado a la *Compañía M*.

—Puede usted interrogar —dijo Flanders.

Mason entornó los ojos.

—Teniente, ¿cuándo encontró esas huellas?

—La noche que descubrimos el cadáver.

—¿Cuánto rato después?

—Sólo unos pocos minutos, mientras usted, según creo, esperaba en la estación de servicio.

—No me habló usted de ese hallazgo.

—No, señor.

—¿Por qué no?

—Me pareció que no tenía ninguna obligación de comunicable a usted los hallazgos de la policía.

—Esto es todo —dijo el abogado.

Flanders llamó a declarar a Sophia Elliott. Ésta manifestó que era hermana de Miss Corning; que había llegado de Sudamérica; que había ido a la *suite* de su hermana en el hotel Arthenium y que al llegar a ella había encontrado la puerta abierta y en el interior a Perry Mason y a su secretaria; que después de una breve conversación, ella había sugerido que se cerrara la puerta y que Mr. Mason y su secretaria se marchasen, pues en el caso de que su hermana deseara verles se les notificaría.

El hombre que manejó el montacargas del hotel declaró haber recibido veinticinco dólares de Miss Corning a cambio de su ayuda para que ésta saliera disimuladamente del edificio.

Seguidamente, Harrison Flanders presentó su testigo sorpresa.

—Que se presente Carlota Ames Jackson.

Mrs. Jackson resultó ser una mujer nerviosa, de nariz afilada, que evidentemente gozaba con la expectación que su presencia había despertado.

—¿Dónde estaba usted durante la noche del domingo, día 4 de este mes? —inquirió Flanders.

—Estaba junto a la entrada de servicio del hotel Arthenium.

—¿A qué se debía su presencia allí?

—Trabajo en el hotel. Soy camarera. Cada noche salgo por esa puerta cuando termino mi jornada.

—¿Y la noche del día 4 también salió por allí?

—Sí.

—¿Observó algo desacostumbrado?

—Sí.

—Describámelo, por favor.

—Vi a una mujer en una silla de ruedas. Allí no hay acera, y la

mujer tenía su silla pegada a la pared. Aquél es un lugar muy poco adecuado para una mujer así, de modo que me adelanté para decírselo.

—¿Y le habló?

—No.

—¿Por qué?

—Porque se acercó un coche, pasó junto a mí y se detuvo al lado de aquella mujer. El conductor del auto se apeó, ayudó a la mujer a subir al vehículo, dobló la silla de ruedas, y la metió en el coche, que seguidamente se alejó.

—¿Vio al conductor de ese automóvil?

—Sí.

—¿Era un hombre o una mujer?

—Una mujer.

—¿Puede describirla?

Llevaba un impermeable, un jersey, pantalones y un sombrero masculino echado sobre los ojos.

—¿Tuvo ocasión de ver el rostro de esa mujer?

—Sí.

—¿A qué distancia estaba cuando le vio el rostro?

—A unos seis metros.

—¿Había visto ya a aquella mujer?

—Que yo sepa, no.

—¿Ha vuelto a verla?

—Sí.

—¿Dónde?

—En la comisaría de policía.

—¿Quién se la enseñó?

—Había cinco mujeres en fila. Yo la identifiqué entre ellas. —¿Y quién era aquella mujer, si es que lo sabe?

—Susan Fisher, la mujer que está ahí sentada.

Susan Fisher contuvo una exclamación de horror.

—¿Tuvo oportunidad de observar el automóvil?

—Desde luego.

—¿Ha vuelto a verlo?

—Sí. Más tarde lo reconocí en la *Compañía M.*, de autos de alquiler. Tenía pintado el número 19.

—Puede usted interrogar —dijo Flanders a Mason con cortesía

exagerada.

Mason se levantó y se encaró con la testigo.

—¿Retuvo usted la matrícula del automóvil cuando lo vio por primera vez?

—Me pareció que sí.

—¿Le *pareció* que sí?

Bueno, estoy segura de que sí.

—¿La anotó usted?

—No.

—¿Confió en su memoria?

—Sí, y la olvidé. Cuando se me dijo que lo que había visto podía tener mucha importancia en un caso de asesinato, descubrí que no podía acordarme de la matrícula.

—¿Vio el número 19 del automóvil cuando se acercó a la puerta de servicio del hotel?

—No.

—¿Estaba oscuro?

—Sí.

—¿Estaba usted muy próxima al vehículo?

—A unos seis metros.

—¿Siguió andando?

—No, permanecí inmóvil.

—¿Por qué?

—Para ver mejor.

—¿No lo hubiese visto mejor de haberse acercado más?

—Tal vez.

—Entonces, ¿por qué no siguió andando?

—Yo... Bueno, sólo quería ver lo que ocurría, nada más.

—¿Es propensa a sentir curiosidad por las cosas que ocurren a su alrededor, Mrs. Jackson?

—¡No lo soy!

—Entonces, ¿es ésta una nueva faceta en usted?

—No entiendo lo que quiere decir.

—Por lo general, ¿no se interesa usted por lo que ocurre a su alrededor?

—Por lo general, me intereso por lo que veo.

—¿Y trata de recordarlo?

—A veces.

—Dice usted que identificó a mi defendida entre varias mujeres.

—Sí.

—¿La había visto antes de esa identificación?

—Junto a la puerta de servicio del hotel.

—¿Solamente?

—Bueno, la vislumbré cuando la llevaban a la sala donde tuvo lugar la identificación.

—¿Había visto su fotografía con anterioridad?

—Sí. La policía me la había enseñado cuando me preguntó si aquélla era la mujer que había visto.

—¿Y usted contestó que sí?

—Les dije que yo... Bueno, les dije que me parecía que sí.

—Pero antes les dijo que no podía estar segura.

—Bueno, desde luego. Una persona no puede presenciar una escena y...

—Le he preguntado si primero les dijo usted que no podía estar segura —dijo Mason.

—Sí.

—¿Les dijo primero que no creía que se tratase de la misma persona?

—Bueno, tal vez.

—Pero después la vio en fila con otras mujeres a continuación de que la policía se la dejó vislumbrar, y entonces estuvo segura, ¿no es verdad?

—Sí.

—¿Vio usted el número 19 pintado en el auto durante la escena junto a la puerta de servicio del hotel?

—No. Eso fue después.

—¿Cómo identificó el auto?

—Por su aspecto general.

—Ese auto, ¿era de una marca popular?

—Sí.

—Hay miles y miles de autos de la misma marca y modelo, idénticos en apariencia, circulando por las calles de Los Angeles. ¿Lo sabía?

—Bueno, no sabía que hubiese miles y miles, pero... Bueno, de todos modos, ahora estoy segura de que era el mismo auto.

—*Está usted segura* —dijo Mason.

—Sí.

—¿Cuántas conversaciones ha sostenido con la policía?

—Oh, varias.

—¿Y con la oficina del fiscal?

—Varias.

—¿Hasta diez con la policía?

—Contándolas todas, creo que sí.

—¿Y hasta diez con el fiscal?

—No, con el fiscal sólo unas cinco.

—Bueno, veamos —dijo Mason—. Según me ha parecido entender, usted no estaba tan segura cuando la policía la interrogó por primera vez, pero, a medida que transcurría el tiempo, se fue sintiendo más convencida. ¿Es esto?

—Sí.

—¿No estaba usted segura cuando la interrogaron por primera vez?

—Bueno... No, supongo que no. Les dije que no estaba del todo segura. Tenía que meditar sobre ello y poco a poco iría recordando más detalles.

—¿De modo que después de cada conversación con la policía se fue sintiendo más segura?

—Sí.

—¿Cuál era el objetivo de esas conversaciones?

—No lo sé.

—Pero sostuvieron con usted alrededor de diez conversaciones.

—Sí.

—¿Y a cada conversación usted se sintió más segura?

—Sí.

—De modo que durante la novena conversación usted no estaba tan segura como durante la décima, o como lo está ahora.

—Señoría —dijo—, esto es abrumar a la testigo; esto es buscarle tres pies al gato; esto no es un contrainterrogatorio apropiado, esto no es en absoluto lo que ella ha dicho.

—Esto es exactamente lo que ella ha dicho —replicó Mason—. Ha afirmado que después de cada conversación se sentía más segura y que sostuvo cuando menos diez conversaciones. Por lo tanto, es evidente que durante la novena conversación no estaba tan segura como cuando la décima.

—Se rechaza la objeción —dijo el juez Elmer, sonriendo.

Hamilton Burger se sentó lentamente.

—Ahora que la intervención del fiscal la ha puesto sobre aviso, ¿puede contestar a mi pregunta? —dijo Mason—. ¿Estaba usted menos segura durante la novena conversación que lo está ahora?

—Bueno, no lo decía en este sentido.

—No se preocupe del sentido —insistió Mason—. Le he hecho una pregunta, conteste sí o no.

—No. Estaba segura durante la novena conversación.

—Entonces, ¿por qué hubo la décima?

—No lo sé.

—¿Y por qué ha dicho que se sentía más segura después de cada conversación?

—Bueno, no me refería especialmente al período entre la novena y la décima.

—Está bien, retrocedamos hasta la octava —dijo Mason—. ¿Estaba usted más segura después de la décima conversación de lo que estaba cuando la octava?

—Sí —replicó con rabia la testigo.

—¿Y más segura durante la séptima de lo que estaba cuando la sexta?

—Sí.

—¿Y más convencida cuando la quinta que cuando la cuarta?

—Sí.

—Gracias. Nada más.

El juez Elmer consultó el reloj.

—Pasan unos minutos de la hora del aplazamiento —dijo—. ¿Puede anticiparnos la acusación si habrá muchos más testigos?

—No los habrá, Señoría —dijo Hamilton Burger.

—Se aplaza la vista has, tal las dos de la tarde —manifestó el juez Elmer—. Debo ocuparme de un asunto a la una y media, pero espero que a las dos habré terminado y podremos proseguir con este caso. Se levanta la sesión. La encausada permanecerá bajo custodia.

Capítulo 12

Perry Mason, Della Street y Paul Drake estaban reunidos en el comedor privado del pequeño restaurante francés, próximo al Palacio de Justicia, donde con tanta frecuencia comían durante la vista de los casos de Mason.

El abogado miró alrededor y dijo:

—Bueno, nos hemos reunido aquí muchas veces en una situación de derrota casi completa, pero por lo general durante el almuerzo hemos conseguido combinar algún plan para salir de la trampa.

—De esta trampa no conseguirás salir —dijo Drake lúgubrementemente—. Tu cliente es culpable, Perry, y, lo que es más, probablemente atrajo a Amelia Corning a algún sitio y se deshizo de ella. Apuesto a que antes de veinticuatro horas el cadáver de Amelia Corning aparece en algún sitio, y entonces tu cliente será acusada de otro crimen.

—Puede ser acusada de un crimen —dijo Mason—, pero esto no significa que sea culpable.

—Perry, ¿cómo puedes decir esto? Las pruebas son tan evidentes que no existe la menor probabilidad de que sea inocente.

—Porque miras las pruebas desde el punto de vista de la acusación. Bueno, efectuemos un pequeño trabajo detectivesco... ¿Qué has podido averiguar acerca de las llamadas telefónicas de Ken Lowry?

—Él no hizo ninguna —dijo Drake—, y no hemos podido enterarnos de las que pudieron hacersele.

—Le telefonearon una vez —dijo Mason—; esto lo sabemos. Le llamó Endicott Campbell. Campbell lo ha declarado así. Ahora bien, o Campbell dijo algo que hizo que Lowry se precipitara hacia Los Angeles, o hubo otra llamada después de la de Campbell. Cuando Della y yo le dejamos, él no tenía intención de venir a Los Angeles.

Tuvo que recibir otra llamada inmediatamente después de nuestra marcha. Nosotros nos detuvimos para telefonearte y tomar una taza de café. Llegamos al hotel Arthenium a «las siete y veinticinco. Lowry no pudo haber llegado a la ciudad mucho antes de esa hora. Incluso aunque hubiera recibido inmediatamente una llamada, no pudo haber llegado antes de las siete cuarenta y cinco.

—Está bien —dijo Drake—. Se encontró con tu cliente inmediatamente, a su llegada; ésta se lo llevó a las afueras, le asesinó y a las ocho y quince estaba ya de regreso con el auto.

—No le deja tiempo suficiente. Hubiese tenido que conseguir que Lowry se encontrara con ella en el lugar del crimen.

—Bueno, ¿hay algo que lo impida? —preguntó Drake—. Lowry regresó a su cabaña de la mina. Allí le esperaba una llamada. Una voz conocida, la de Susan Fisher, le informó de que había cometido un error al hablar contigo y le pidió que se dirigiese inmediatamente a Hollywood, y luego a ese lugar determinado. Tu cliente había escrito las indicaciones en taquigrafía. Tú y Della fuisteis a Los Angeles, al hotel y después a Hollywood. Lowry pudo haber tomado un atajo a través de Burbank y ahorrarse al menos media hora.

Mason dijo:

—Tendremos que indagar acerca de esa llamada. Es necesario localizarla.

—Si lo hacemos —dijo Drake—, descubriremos que fue una llamada hecha por tu cliente y... Bueno, ¿qué harás entonces, Perry? ¿Tratarás de ocultar la prueba, o la pondrás en manos de la policía?

—Esto plantea un difícil problema de ética —contestó Mason—. Un abogado no debe ocultar pruebas. Por otra parte, no debe andar por ahí descubriendo pruebas contra su cliente. Sin embargo, las pruebas pueden no ser contra mi cliente. ¿Y si llamas a tu oficina y averiguaras si han descubierto algo?

Drake telefoneó desde la misma mesa mediante un aparato oportunamente conectado, dio el número de su oficina a la telefonista y dijo:

—Hola. Aquí Paul Drake. ¿Qué habéis averiguado...? Está bien, cuéntame.

Drake entornó los ojos. Tomó nota. Dijo:

—Está bien. Estoy en el restaurante de costumbre, en el comedor privado. Si ocurre algo, llámame.

Drake colgó el teléfono y dijo a Mason:

—Bueno, ya lo tenemos, pero es una pista algo extraña.

—¿De qué se trata?

—El domingo por la tarde, probablemente a la hora en que tú hablabas con él en Mojave, llegó una conferencia telefónica desde Los Angeles para Kenneth Lowry. Éste no contestó, de modo que le dejaron aviso para que llamara a la telefonista 67 de Los Angeles. Una mejicana que le limpia la cabaña recuerda haber apuntado el número 67 en la libreta que hay junto al teléfono.

»Bueno, nos hemos puesto en contacto con la telefonista 67 y hemos conseguido rastrear la llamada. Fue hecha desde una cabina telefónica. Era una voz de mujer que dijo que esperaría hasta que él contestara; permaneció en la cabina durante unos veinte minutos antes de conseguir hablar. Ahora bien, Perry, esa cabina telefónica está situada a dos manzanas de distancia del departamento de tu cliente. Evidentemente, ella no quiso llamar desde su casa, de modo que anduvo dos manzanas y puso la conferencia desde una cabina pública.

—¿Qué nombre dio? —preguntó Mason.

—Dijo a la telefonista que hablaba Miss Smith.

—¿Sabe esto la policía?

—No lo creo, Perry.

El abogado entornó los ojos.

—Bien, sabemos ya por qué Lowry se dirigió hacia la ciudad. Fue a encontrar a alguien. Debía de tratarse de un asunto de gran importancia, porque se puso en camino tan pronto como recibió la llamada telefónica. Debió de ir por la carretera pisándonos los talones.

—Y Susan Fisher recogió a Amelia Corning junto a la puerta de servicio del hotel —dijo Drake—, se dirigió al lugar de la cita y recogió a Ken Lowry. Sabemos lo que le ocurrió a éste... ¡Válgame Dios, Perry! Esa mujer debe de ser una fiera. A fin de ocultar un desfalco importante, comete dos asesinatos y...

—Bueno, espera un momento —interrumpió Mason—. No la acusemos de dos crímenes antes de saber cuáles son las pruebas. Ella me ha dicho que Ken Lowry no estuvo para nada en el auto

aquella noche, que no conocía a Ken Lowry, que no tiene ni idea de su aspecto, y también me dice que no recogió a Amelia Corning junto al hotel.

—¡Bah! —dijo Drake—. Hay demasiadas pruebas contra ella. Perry, eres un luchador optimista. Casi todo el mundo se hubiese dado por vencido esta mañana ante el tribunal, al ver las pruebas irrefutables que se presentaban... ¿Te has fijado en la expresión satisfecha de Hamilton Burger? Éste es un caso que tenía ganado de antemano, pero que ha querido acudir personalmente a la sala para que aparezca su fotografía en los diarios cuando anuncien que Mason ha perdido un caso.

—No perdemos ninguno —dijo Mason—. Esto no es más que una audiencia preliminar. Su único propósito es determinar si existen pruebas suficientes de que se ha cometido un crimen y si las pruebas tienden a relacionar a la encausada con la comisión de ese crimen.

—Lo sé —dijo Drake—, puedes explicarlo con todos los tecnicismos legales que quieras, pero recuerda que a los ojos del público es un caso, y un caso que has perdido ya.

—Aún no lo ha perdido, Paul —dijo Della Street secamente, después de consultar su reloj—. Dispone de una hora y media antes de que pueda perder nada.

Mason dijo:

—Hay ciertas cosas que me intrigan.

—¿Cuáles? —preguntó Drake.

—Oh, la manera de actuar de esa mujer que se sentó en el aeropuerto el sábado por la mañana... Desde luego, el permanecer sentada en una silla de ruedas con todo su equipaje alrededor, resulta un sistema poco frecuente... Me gustaría saber algo más sobre ella.

—Era una impostora —dijo Paul Drake.

—Pero una impostora muy inteligente —observó Mason—, y muy familiarizada en el uso de una silla de ruedas. Sabía manejarla con gran soltura...

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Drake.

—Susan Fisher me lo describió detalladamente.

La sonrisa de Drake fue escéptica.

—Yo no confiaría mucho en lo que pueda haberte dicho Sue

Fisher. Personalmente, creo que la chica es anormal. Debe padecer alguna psicopatía congénita.

—¿Qué otras pruebas tiene la acusación? —preguntó Della Street.

—Sólo el arma del crimen —dijo Mason—. La presentarán y establecerán su relación con Susan Fisher.

—¿Presentarás algún testigo?

—No creo —dijo Mason—. Es inútil llamar a Susan Fisher para que lo niegue todo.

—Si la llamas al estrado, Hamilton Burger la destrozaré durante el contrainterrogatorio —advirtió Drake—. Por eso Burger está tan calladito en la sala. Si no interrogas a tu cliente, él obtendrá los honores por haber ganado un caso en el que tú has fracasado estrepitosamente. Si la haces declarar, será él quien la deje para el arrastre.

—Generalmente —dijo Mason—, nada se gana con hacer declarar a un encausado durante la audiencia preliminar, pero... ¡Caramba! Me gustaría saber algo más acerca de esa impostora que suplantó a Amelia Corning.

—Fue a la Unión Station y desapareció —dijo Drake—. No se marchó en ningún taxi. Por lo tanto, tuvo que irse en un coche particular. Alguien debía de estar esperándola y es probable que ella se limitara a quitarse las gafas azules, se levantara de la silla, plegara ésta y se marchara andando como cualquier persona normal.

Bruscamente, Mason chasqueó los dedos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Drake.

—Te has olvidado de una cosa —dijo Mason.

—¿Qué?

—Los autos de alquiler.

—¿Qué quieres decir?

—Para un viaje corto se coge un taxi —dijo Mason—. Para uno largo, se alquila un auto con chófer. Llama a tu oficina, Paul. Que investiguen en las diversas agencias de alquiler de automóviles. Entérate de si el sábado por la tarde, después de las cinco, alquilaron algún coche para realizar un viaje a Mojave.

—¿A Mojave?

Mason asintió.

—¿Por qué a Mojave? —preguntó Drake.

Mason, repentinamente excitado, se levantó de su silla y empezó a caminar de un lado para otro.

—Se me ha ocurrido una idea, Paul. Una idea tremenda.

—¿Te refieres a que nunca hubo otra mujer? ¿A que tu cliente, Susan Fisher, fue la que personificó a Amelia Corning, y después de quitarse el maquillaje y...?

—Telefonea a tu oficina —le interrumpió Mason con impaciencia—. Que indaguen en las agencias de autos de alquiler.

Drake hizo la llamada, dio las órdenes oportunas y después colgó el aparato.

—Bueno —dijo Della Street—, no sé lo que pensáis vosotros, pero yo voy a comer.

Drake suspiró.

—Creo que será mejor que embarque algunas provisiones mientras aún esté a tiempo. La triste experiencia me ha enseñado que estos casos adoptan giros inesperados, cuyos resultados son siempre unos grasientos bocadillos de salchicha en lugar de platos bien cocinados. Pero esta vez no me dejaré enredar.

Encargaron el menú al camarero, se instalaron a una mesa y comieron en silencio.

A la una y veinte, sonó el teléfono.

Drake escuchó, tomó notas y dijo:

—Bueno, creo que es esto.

Colgó el aparato, volvióse hacia Mason y dijo:

—Caramba, Perry, eres clarividente.

—A ver —dijo Mason, mostrando en sus modales una excitación reprimida—. Explícate.

—El sábado por la tarde, a las cinco y quince, la Agencia AZ recibió una llamada para que enviaran un auto con chófer a la entrada de coches de la Union Station. Recibieron instrucciones de tener el auto repostado de gasolina y dispuesto para efectuar un viaje. El chófer fue a la estación, siguiendo las instrucciones, y recogió a una mujer en una silla de ruedas, una mujer con gafas oscuras. Ella le dio las llaves de varios compartimientos de la consigna automática. El chófer los abrió, sacó varias maletas, las puso en el auto y la condujo a Mojave.

Mason consultó su reloj, entornó los ojos.

—Muy bien —dijo—, volvamos a la sala de audiencias. Tendré que hacer algún contrainterrogatorio y después tal vez sepamos más que ahora.

—¡Oh, por el amor de Dios! —dijo Drake cansadamente—, deja de dar cabezazos contra la pared, Perry. Éste es un caso en el que sólo te queda una solución. Levántate así que se reanude la vista y sugiere al juez que, si bien opinas que tu cliente tiene una buena defensa, en vista de las pruebas aportadas, es lógico que se desee poner a tu defendida a disposición de un tribunal superior, de modo que solicitas que se dictamine en este sentido. Así evitarás que Hamilton Burger efectúe una argumentación dedicada principalmente a los periódicos.

»Esto es lo que Burger quiere. Una oportunidad para explayarse a su gusto. Hablará de esa joven de máscara de inocencia, y del carácter diabólico que se oculta debajo. La fulminará con sus acusaciones. Insinuará que todavía hay otro cadáver que no ha sido descubierto y conseguirá que su fotografía aparezca en los diarios.

»Al fin y al cabo, Perry, esto del auto de alquiler no significa nada, en realidad. Todos sabemos que hubo una impostora que caracterizó a Amelia Corning aquel sábado, y es muy natural que la hubiesen hecho venir de Mojave. Reconoceré que me siento algo avergonzado al no haber pensado en esta posibilidad, pero a la policía tampoco se le ha ocurrido. Ese conductor del automóvil no ha sido interrogado por nadie.

Mason no perdió el tiempo en contestar a Drake. Llamó al camarero, firmó la nota y dijo:

—Venid, vamos a la sala de audiencias. Tenemos mucho trabajo aún.

Capítulo 13

De nuevo en la sala de audiencias, mientras esperaba a que compareciese el juez Elmer, Mason dijo de repente:

—Paul, quiero saber qué amigas tiene Endicott Campbell.

—No tiene ninguna —contestó Drake.

—No me vengas con esas. Claro que tiene amigas. Su mujer le abandonó hace dos años y...

—Tuvo una durante una temporada —dijo Drake—. Eso fue antes de que Susan Fisher empezara a trabajar para él. Era su secretaria. Estaba casada. Se encaprichó mucho de ella, y aparentemente ella le correspondía. Cuando menos, esa fue la opinión del marido. Armó un buen alboroto, y tras amenazar a Campbell, sacó a su mujer de la oficina.

—¿Ahora no se ven?

—No.

—¿Y no visita a ninguna mujer?

—Desde que lo vigilamos, no.

—Entonces es que se ha dado cuenta de que le siguen. ¿Ninguna llamada telefónica? ¿Ninguna mujer va a su casa?

—Sólo una mujer ha estado allí —dijo Drake—, es una amiga de Elizabeth Dow, la institutriz.

—El hecho de que sea amiga de la institutriz no impide que pueda ser también amiga de Endicott Campbell.

—Ésta no. Espera, te daré más detalles. —Drake sacó del bolsillo una libretita, la abrió y empezó a leer—: Cindy Hastings, 1536 Rendtner Road. Es la dirección de los Apartamentos Tulane. Ella ocupa el 348. Es enfermera. Tiene un aspecto semejante al de Elizabeth Dow, la institutriz, pero es bastante más vieja. Angulosa, inglesa, calza zapatos planos; piernas largas; sin formas; cara de caballo...

—Ya es suficiente —dijo Mason—. Elimínala. Pero mi idea es buena. ¿Qué otros amigos tiene la institutriz? ¿Gente de su edad?

—Aparentemente, nadie. Cuando menos, no hemos podido descubrirlo. Tal vez se hayan dado cuenta de que les vigilamos. No han indicado que lo sepan, pero deben sospecharlo y ciertamente se muestran muy circunspectos. Ellos...

Una mujer policía entró acompañando a Susan Fisher. Cuando ésta se sentó junto a Mason, se inclinó hacia el abogado y dijo:

—Pensará usted que le he engañado, ¿verdad, Mr. Mason?

—Con franqueza —contestó éste—, no lo sé.

—Puedo asegurarle que este testimonio es un amasijo de mentiras. Nunca llegué a ver a Ken Lowry. Nunca le llevé en aquel automóvil. Le he dicho siempre la pura verdad. Yo...

El juez Elmer hizo acto de presencia y el alguacil llamó al orden a los asistentes.

Hamilton Burger, sentado en la mesa del fiscal, se permitió una rápida mirada de triunfo en dirección a Mason. Después bajó los ojos, fijándolos en los papeles que tenía delante.

Harrison Flanders dijo:

—Con la venia de la sala, nuestro siguiente testigo será Norman Owens.

Norman Owens se identificó como jefe de personal de la Corning Mining Investment & Company.

Flanders dijo:

—Observe usted este abrecartas en forma de estilete, señalado como prueba G de la acusación. ¿Puede identificarlo?

—Este abrecartas estaba en la mesa de la encausada, Susan Fisher. Lo utilizaba para abrir la correspondencia.

—¿Cómo lo ha identificado?

—Por su aspecto general, y por una pequeña melladura que hay en el borde del puño. Recuerdo cuando se produjo esa melladura. Miss Fisher utilizó el abrecartas para destapar un bote de pinturas.

—No tengo más preguntas que hacer —dijo Flanders—. La defensa puede contrainterrogar.

—La defensa se abstiene.

—Llamaré de nuevo al teniente Tragg —dijo Flanders—. Ya ha prestado juramento, teniente Tragg, límitese a ocupar el estrado.

Mason, con la mirada perdida en la distancia, apenas parecía

darse cuenta de lo que ocurría.

—¿Realizó un registro en el apartamento de la encausada aquí presente, teniente?

—Sí, señor.

—Entre otras cosas, ¿buscaba usted un recibo por el alquiler del auto número 19 de la *Compañía M*?

—Sí, señor.

—¿Lo encontró?

—Sí, señor.

—¿Lleva la firma de la encausada?

—Sí, señor.

—Preséntelo, por favor.

Tragg presentó el documento.

—Solicito que sea admitido como prueba de la acusación y marcado con la letra R —dijo Flanders. Volvióse hacia Mason—: Contrainterrogatorio.

Aparentemente, Mason no oyó lo que Flanders había dicho. Permanecía pensativo, mirando con ojos semicerrados hacia la ventana.

—Puede usted interrogar, Mr. Mason —dijo el juez Elmer.

Mason tuvo un ligero sobresalto.

—Sí, Señoría. Gracias —dijo.

Se puso en pie, acercóse al teniente Tragg, quien se había vuelto para mirarle con expectación, y de repente dijo:

—No hay pregunta.

Y regresó a su sitio.

—Esto es todo, teniente —dijo Flanders—. Nuestro caso queda expuesto, Señoría.

Hamilton Burger se puso en pie.

—Con la venia de la sala —dijo—, sólo deseo comentar cuestiones que han sido aceptadas como pruebas; pero la sala observará que no hay duda de que se ha cometido un crimen, un crimen deliberado y a sangre fría. Por añadidura, tenemos la desaparición de Amelia Corning. Ésta es una cuestión muy seria y no cabe duda de que el asesinato y la desaparición están relacionados.

—Un momento —interrumpió Mason—. ¿Se dispone a comentar el caso ahora?

—Ciertamente —contestó Hamilton Burger.

—Dudo que sea preciso ningún comentario —anunció el juez Elmer.

—¿No es lo indicado dar a la defensa oportunidad para que presente sus pruebas? —preguntó Mason.

Burger le miró sorprendido.

—Usted no se atreverá a presentar ninguna prueba. No puede presentar ninguna.

Mason dijo:

—Con la venia de la sala, antes de proceder a la presentación de las pruebas de la defensa, desearía llamar de nuevo a Endicott Campbell para un nuevo contrainterrogatorio.

—Protestamos —dijo Hamilton Burger—. Éste es un truco favorito de la defensa. Espera a que las testificaciones estén tan avanzadas que le resulta fácil conocer a fondo el plan de la acusación, y entonces llama a algún testigo clave para un nuevo contrainterrogatorio.

—No obstante, voy a autorizarlo —dijo el juez Elmer—. Aunque se trate de una audiencia preliminar cuyo propósito es establecer si hay motivos suficientes para relacionar a la encausada con el crimen, permanece el hecho de que estamos en un tribunal de justicia. No puede esperarse que la defensa conozca perfectamente el plan de la acusación. La ley requiere que la defensa disponga de todas las oportunidades necesarias para explicar los hechos.

—Con la venia de la sala, esos hechos sólo pueden justificarse con una explicación —dijo Hamilton Burger—, y considero que el deseo de Mr. Mason de interrogar de nuevo a Mr. Campbell tiene por único motivo el ganar tiempo y producir una posible confusión para cuando el caso se vea ante un tribunal superior. Ciertamente, hemos establecido un caso claro y tenemos derecho a que la sala dictamine ya. Si Mr. Mason desea llamar a Endicott Campbell como testigo propio, puede hacerlo.

El juez Elmer negó con la cabeza.

—Voy a permitir que la defensa llame a Mr. Campbell para un nuevo contrainterrogatorio —dijo—. Ocupe el estrado, Mr. Campbell; ya ha prestado juramento.

Mason manifestó:

—Sólo deseo hacerle un par de preguntas, Mr. Campbell. Mi

defendida le enteró a usted por teléfono de que su hijo, Carleton, le había dado una caja de zapatos que contenía gran cantidad de billetes de cien dólares. Usted supo esto el sábado por la noche, ¿no es así?

—No supe nada de eso —replicó Campbell con indignación—. Ella me dijo que mi hijo había hecho tal cosa. Yo no lo podía saber, porque no era cierto. Ella me contó una mentira. Demostré que lo era. Realicé una investigación y descubrí qué mi hijo no había hecho nada por el estilo y que sólo tenía una caja que contenía un par de zapatos. Sé que mi hijo guardaba parte de sus juguetes, o tesoros como les llama, en una caja de zapatos, y recuerdo que, bromeando, le dije que podíamos intercambiar nuestras cajas. Pero yo nunca he tenido una caja de zapatos llena de dinero, y él tampoco ha podido tenerla ni, por lo tanto, darla a la encausada.

—Sin embargo —dijo Mason—, usted temía que se interrogara al muchacho sobre este punto, de modo que procuró esconderlo para que la policía no le interrogara, ¿verdad?

—¡Nada de eso! —gritó Campbell—. Ciertamente, no podía permitir que hipnotizara usted a mi hijo y le hiciera un lavado de cerebro para poder...

—Un momento, un momento —dijo Hamilton Burger—. No es necesario que Mr. Campbell facilite ninguna información, aunque comprendo su justa indignación. Sin embargo, con la venia de la sala, creo que este contrainterrogatorio es inadecuado, de mala fe y alude a hechos que no se relacionan con el caso.

—Creo que puede demostrar doblez por parte del testigo. Desearía saber lo que ha ocurrido en realidad —dijo el juez Elmer—. No hay motivo para que el testigo no conteste. Parece saber cuidarse muy bien.

Hamilton Burger se sentó.

—Sólo tengo que decir una cosa —declaró Campbell—: no quería que un abogado listo tratara de complicar a mi hijo en un caso de desfalco. Admito que pedí a Elizabeth Dow, la institutriz, que se lo llevara a algún sitio donde no corriera el riesgo de ser molestado por personas que quisieran interrogarlo, y que permanecieran escondidos hasta que yo le comunicara que podían volver.

—Pero, ¿cómo pensaba comunicarle esta orden de regreso, si no

sabía dónde estaban?

—Le pedí a Miss Dow que me llamara de vez en cuando.

—No tengo más preguntas —dijo Mason.

—Esto da por terminado el caso —anunció Hamilton Burger.

—Quisiera llamar a Elizabeth Dow para un nuevo contrainterrogatorio —dijo Mason.

—Protestamos, Señoría. Aparentemente, la defensa tantea el caso para ver si averigua algo.

—Esto parece —determinó el juez Elmer—. Tal vez, Mr. Mason, si expusiera usted el objetivo de su contrainterrogatorio, el Tribunal podría dictaminar otra cosa.

—Quiero averiguar dónde estuvo escondido el hijo de Endicott Campbell a partir del sábado por la tarde —dijo Mason.

—No entiendo por qué —replicó el juez Elmer.

—Puede representar una considerable diferencia —insistió Mason.

El juez Elmer movió la cabeza.

—Yo no opino así. Se rechaza la petición de llamar de nuevo a Elizabeth Dow. ¿Quiere presentar su defensa, Mr. Mason?

—Con la venia de la sala —dijo Mason—, voy a solicitar un aplazamiento hasta las cuatro de esta tarde. A esa hora, procederé a presentar el caso desde el punto de vista de la defensa, o me abstendré de cualquier gestión.

—¿Por qué solicita este aplazamiento, Mr. Mason? Seguramente, debe usted comprender, como experto abogado que es, que las pruebas son tan abrumadoras contra su cliente que nada de lo que la defensa pudiera hacer justificaría una orden del tribunal para dejar en libertad a la encausada.

»Ésta no es una vista en la que se hace necesario demostrar la culpabilidad de un acusado más allá de toda duda razonable. Es sólo una audiencia para determinar si se ha cometido un crimen, y, en caso afirmativo, si hay motivos razonables para creer que la encausada puede ser su autora. Y ciertamente, estas condiciones se han cumplido sobradamente.

Hamilton Burger, que no podía dejar pasar aquella oportunidad sin hacer unas cuantas observaciones, se puso en pie de un salto.

—Además, con la venia de la sala —dijo—, creo que se han cometido dos crímenes, y no uno. Creo que no debe tenerse ninguna

consideración con la encausada. Nos enfrentamos con el repugnante caso de una joven que ha traicionado un cargo de confianza para estafar a la compañía que la había empleado. Después ha tenido la temeridad de querer ocultar su desfalco congraciándose con la principal accionista de la empresa que la había contratado. Al fracasar, ha recurrido al asesinato para ocultar su delito. Tenemos conocimiento de que ha cometido un asesinato, y creo que el Tribunal se dará cuenta, por las pruebas aportadas, de que existe la probabilidad de que sean dos los asesinatos cometidos.

—La encausada está bajo custodia —dijo Mason—. No puede cometer ningún asesinato mientras permanezca en la cárcel. Creo que tengo derecho a una hora y media de tiempo para desarrollar una teoría que tengo sobre el caso; tal vez ponga en claro ciertos aspectos del mismo que de momento resultan oscuros. Puedo asegurar formalmente al tribunal que tengo motivos para creer que durante la próxima hora y media me será posible descubrir pruebas de la mayor importancia.

—En tales circunstancias —dijo el juez Elmer—, y conociendo bien la reputación del abogado defensor, este Tribunal se siente inclinado a aceptar su palabra.

—Yo también conozco bien la reputación del defensor —gritó Burger—. Es una reputación de tramposo.

—De ingeniosidad —corrigió el juez Elmer—. De ingeniosidad e integridad. En ocasiones, su ingeniosidad puede resultar exasperante para la acusación, pero por lo que este tribunal sabe, nunca ha podido ponerse en duda la integridad de la defensa. El tribunal acepta su petición. Se aplaza la vista hasta la cuatro. La encausada permanecerá bajo custodia.

Mason hizo un ademán a Della Street y a Paul Drake, y se dirigió rápidamente hacia donde estaba sentado el teniente Tragg.

—Teniente —dijo—, ¿puedo hablarle un momento sobre una cuestión de la mayor importancia?

Tragg vaciló por un momento. Después dijo:

—Bueno, ¿por qué no?

—Por aquí —dijo Mason.

El abogado se encaminó hacia el ascensor. Los cuatro se metieron en la cabina con bastante ventaja sobre la vanguardia de los espectadores.

—Baje directamente hasta el vestíbulo —pidió Mason al ascensorista—. Aprisa. Es un asunto urgente.

—¡Eh, un momento! —dijo el teniente Tragg—. ¿Qué ocurre aquí?

—Tendremos que hacer algo antes de que nadie se dé cuenta de que lo hacemos.

—Bueno, un momento —protestó el teniente—. No estoy de su parte, Mason. Estoy del lado de...

—¿Quiere o no quiere hacer cumplir la ley y proteger a los ciudadanos de este distrito? —preguntó Mason.

Tragg le sonrió.

—No es necesario hacer discursos. Estoy por la bondad y contra el pecado. Le acompañaré, Perry, pero le advierto que si es preciso me las entenderé con usted.

—Es muy libre de hacerlo.

La cabina se detuvo en la planta baja. Mason se encaminó hacia la puerta de salida, moviendo con tal rapidez sus largas piernas que a Paul Drake le resultaba difícil seguirle, mientras que las más cortas extremidades del teniente Tragg y de Della Street obligaban a éstos casi a correr.

El abogado se encaminó hacia donde estaban aparcados los automóviles.

—¿Tiene un auto patrulla por aquí, teniente? —preguntó Mason.

Tragg asintió.

—Usémoslo. Conduzca usted. Emplee la luz roja y la sirena.

—No puedo hacer esto a menos que sea un caso de gran urgencia —dijo el teniente.

—De esto se trata. Va usted a conseguir las pruebas decisivas si consigue llegar antes de que sean destruidas.

—¿Quiere decir pruebas que exculparán a su cliente? —preguntó Tragg con recelo.

—Pruebas que señalarán concluyentemente al asesino, quienquiera que sea. Le doy mi palabra. Hasta ahora, nunca le he mentado.

—Está bien, vamos. Es algo irregular, pero lo haré.

Subieron al coche. El teniente puso en funcionamiento el motor y, así que salieron a la calle, la luz roja y la sirena.

—¿Adónde? —preguntó.

—Al 1536 de Rendtner Road —dijo Mason—. Los Apartamentos Tulane. Vamos al apartamento 348.

—¿Qué hay allí? —preguntó Tragg.

—Pruebas —contestó Mason.

Tragg dijo:

—Está bien, llegado a este punto, debo seguirle la corriente, Perry, pero procure que salga todo bien.

—Saldrá —dijo Mason.

La sirena de Tragg despejaba el camino en los cruces. El teniente había tomado una decisión y siguió adelante; hizo caso omiso de las luces y señales y evitó las arterias más concurridas, para escoger con preferencia las calles de segundo orden.

Cuando el auto patrulla estaba a media docena de manzanas de los Apartamentos Tulane, Mason dijo:

—Será mejor que pare la sirena, Tragg. No nos interesa poner a nadie sobre aviso.

Tragg obedeció y recorrió en silencio la última manzana hasta llegar ante el edificio.

Mason abrió la puerta casi antes de que el vehículo se detuviera, y se metió a toda velocidad en la casa de apartamentos. Los cuatro se apretujaron en la cabina del ascensor. Mason apretó el botón del tercer piso. La cabina subió lentamente, mientras Mason manifestaba su impaciencia.

Corrieron pasillo adelante hasta el apartamento 348. Mason llamó a la puerta.

Al cabo de un momento, la puerta se abrió hasta el límite permitido por la cadena de seguridad. Una voz de mujer dijo:

—¿Quién es?

Mason contestó:

—Policía. Aquí el teniente Tragg de Homicidios. Deseamos entrar e interrogarla.

—No pueden ustedes entrar —contestó ella.

—Se trata de un asunto de la policía —insistió Mason.

—Bueno, espere un momento —protestó Tragg—. Yo...

—¿Tienen una orden? —preguntó ella.

—No —contestó el teniente Tragg—, y, además, yo...

Mason, que había retrocedido unos pasos, se lanzó de repente contra la puerta.

La pieza metálica que sujetaba la cadena de seguridad saltó. Los tomillos arrancaron un pedazo de madera mientras la puerta se abría violentamente.

Mason pasó ante la aturdida mujer, atravesó corriendo una sala y abrió de golpe la puerta de un dormitorio.

Una mujer estaba sentada en el borde de la cama, sujetándose a la barra de latón que había a los pies. Estaba medio atontada. Cuando Mason, seguido por el teniente Tragg, entró en la habitación, la mujer dijo torpemente:

—No les dejen..., no les dejen..., no les dejen inyectarme más drogas.

—¿Quién es? —preguntó Tragg.

—Es Amelia Corning —dijo Mason—, y si se apresura, podrá alcanzar a la mujer que estaba en el apartamento antes de que llegue al ascensor. De lo contrario, usted...

Tragg echó una mirada a la mujer de la cama y dio media vuelta.

Llegó demasiado tarde. La mujer que había contestado a la llamada había corrido pasillo abajo. Al ver que la cabina del ascensor no estaba allí, emprendió la bajada a pie. Tragg la siguió.

Mason se sentó en la cama, junto a la mujer, y dijo:

—¿Puede usted hablar, Miss Corning?

—¿Podrían darme café? —preguntó ella—. He sido drogada...

Della Street dijo:

—Conseguiré el café. Debe de hacerlo en el apartamento. Ven a ayudarme, Paul.

La mujer sentada en la cama vaciló, inclinóse hacia Mason en busca de apoyo, reclinó la cabeza en el hombro de él y cayó en un sueño pesado.

Diez minutos después, el teniente Tragg regresó al apartamento.

Encontró a Mason y Della Street que sostenían a la mujer, que bebía café de una taza que aguantaba Paul Drake.

—¿Se ha escapado? —preguntó Mason.

El gesto del teniente Tragg fue sombrío.

—No, señor.

—Ha llegado a la calle antes que usted, ¿verdad?

—Ha llegado antes que yo a la calle, —dijo Tragg—, pero no ha conseguido vencer los métodos policíacos modernos. He subido a mi

auto, he llamado por radio a jefatura y hemos registrado todo el sector. Han acudido autos patrulla procedentes de todas las direcciones, y yo he podido describirla: ropa que llevaba, edad, estatura, peso, aspecto...

—¿Lo ha captado todo en el breve tiempo que ha podido verla? —preguntó Mason.

—¡Claro! —dijo Tragg—. ¿Por quién me toma? Soy un polizonte, pero no un estúpido. Esto forma parte del entrenamiento de la policía. Esa mujer ha sido detenida antes de que hubiesen transcurrido tres minutos de su salida a la calle, y ahora está en camino hacia Jefatura, donde se la retendrá para su interrogatorio. Ahora explíqueme qué es todo esto y acerca de qué he de interrogarla.

—Esa mujer —dijo Mason— es Cindy Hastings, una enfermera. Suplantó a Miss Corning poniéndose unas gafas oscuras y sentándose en una silla de ruedas. Telefonó a Susan Fisher y le dijo que se pusiera un impermeable, pantalones, un jersey y que llevara un sombrero de hombre echado sobre la frente; que fuera a un lugar determinado de Mulholland Drive y que comprara una lata de gasolina en la estación de servicio.

—¿Y entonces Susan Fisher la recogió junto a la entrada de servicio del hotel? —preguntó Tragg.

—Nada de eso. Cindy Hastings se instaló allí en su silla de ruedas. Elizabeth Dow, vestida exactamente como habían ordenado a Susan Fisher que se vistiera, llegó y la recogió. Resultó que un testigo presencié la escena; pero ya sabe lo inseguro que resulta cualquier testigo de vista, en especial cuando se trata de identificar a un desconocido. La testigo vio a una mujer con impermeable y un sombrero de hombre echado sobre los ojos, y la imaginación, junto con una táctica inteligente por parte de la policía, hizo lo demás.

»Después, las dos mujeres salieron al encuentro de Lowry. Tan pronto como le tuvieron en el coche, estuvieron ya listas para cometer el crimen, pues habían planeado todos los detalles a fin de que Susan Fisher nunca pudiera convencer a nadie de su inocencia.

»Yo debí de presentarme sólo unos pocos minutos después de cometido el crimen.

—Entonces, la verdadera Miss Corning —dijo Tragg—, ¿fue la mujer que...?

—La mujer que llegó el sábado —dijo Mason—. Hubiésemos debido saberlo sin necesidad de pensar mucho. Aquella mujer era muy hábil en el manejo de una silla de ruedas. Hizo todo lo que la auténtica Miss Corning hubiese hecho, y nada de lo que la falsa Miss Corning hubiera intentado.

»Las dos mujeres la raptaron cuando trató de ir a Mojave para examinar la mina. La dejaron llegar hasta allí y después la narcotizaron, la trajeron a Los Angeles y la mantuvieron oculta aquí. Entretanto, como sabían que Ken Lowry podría identificar la voz de la mujer que le había ordenado enviar el dinero a la Corning Affiliated Enterprises, decidieron quitarlo de en medio. ¿Y cómo podían hacerlo mejor que inculpando del crimen a Susan Fisher?

La mujer en la cama sonrió débilmente.

—No puedo ver bien, pero... —bostezó, asintió vehementemente con la cabeza, enderezóse—, tengo buen oído... Quien quiera que sea usted, es muy listo.

Mason dijo:

—Ahora todo irá bien, Miss Corning. Soy Perry Mason, un abogado que la ayudará a usted.

Mason se volvió hacia Tragg y dijo:

—Proyectaban utilizar a la falsa Miss Corning para fingir que la auténtica era una impostora. Pero entonces la hermana de Miss Corning y su agente comercial telegrafiaron que llegaban de Sudamérica, lo que exigió un rápido cambio de planes.

La mujer en la cama se esforzó por espabilarse del todo.

—De modo que Sophia ha venido, ¿eh? Vaya lata... Siempre teme que encuentre algún cazador de fortunas y me cace.

Miss Corning volvió a bostezar.

—Está bien —dijo Tragg—. Ahora hableme del dinero y el resto ya lo deduciré yo mismo.

—No puedo estar seguro acerca del dinero —dijo Mason—. Probablemente, Campbell tenía un par de zapatos en una caja. Pero Elizabeth Dow también guardaba su dinero en otra caja. Campbell dijo a su hijo que podían intercambiar sus tesoros, y el muchacho, inadvertidamente, se apoderó de la caja que contenía el dinero que Elizabeth Dow había robado con el truco de la mina. Ella no lo supo hasta después de escuchar la conversación telefónica de Campbell con Susan Fisher. Entonces se enteró de que Carleton había cogido

su botín en vez del tesoro de su papá, que no era otra cosa que un par de zapatos.

—¿Y dónde está la caja?

Amelia Corning bostezó, trató de decir algo, volvió a bostezar, sonrió y dijo:

—La tengo yo... Está en un sitio donde nunca la encontrarán hasta que a mí me interese... ¿Hay más café?

—Y eso es todo —dijo Mason—. Elizabeth Dow, gracias a lo que había descubierto mientras trabajaba de institutriz, percibió una oportunidad estupenda para cubrirse bien el riñón. Telefoneó a Ken Lowry, le dijo que era Miss Corning, que llamaba desde Sudamérica, y le pidió que hiciese una serie de cosas que ningún hombre de negocios, en su sano juicio, hubiera hecho. Pero Lowry, que era un minero acostumbrado a la vida al aire libre y a tratar con personas cuya palabra valía tanto como cualquier documento, y sabiendo que muy bien podía existir un plan para eludir impuestos, siguió las instrucciones al pie de la letra.

»Elizabeth Dow alquiló una caja postal bajo el nombre de Corning Affiliated Enterprise.

»Lowry fue tan leal que... —Mason consultó su reloj y dijo—: Tendremos que dar más café a esta mujer, teniente. Deberemos ponerla en manos de un doctor... Ah, y habremos de utilizar de nuevo el coche patrulla para poder llegar al Tribunal antes de las cuatro.

Capítulo 14

Mason entró apresuradamente en la sala del Tribunal a las cuatro en punto, mientras el juez Elmer, impaciente ya por el retraso, ocupaba su sitio.

—¿Desea usted proceder a la defensa, Mr. Mason? —preguntó el juez Elmer.

—Lo deseo —dijo Mason—. Desearía llamar otra vez a Frank Golden, propietario de la *Agencia M* de autos de alquiler, para hacerle unas cuantas preguntas.

—¡Protestamos! —grito Hamilton Burger—. Volvemos a las andadas. Nosotros...

—Se acepta la protesta —interrumpió el juez Elmer—. Si quiere plantear el caso, Mr. Mason, hágalo.

—Muy bien —dijo Mason—. En tal caso, llamaré a Frank Golden como testigo de la defensa, y después, si la sala me autoriza a cerciorarme de si mi próximo testigo se ha recuperado de su postración, causada por las drogas, llamaré a Amelia Corning.

—¿A quién? —gritó Hamilton Burger.

—A Amelia Corning —dijo Mason, sonriendo—. Frank Golden, ¿quiere subir al estrado, por favor? Ya ha prestado usted juramento. Golden obedeció.

—Alquiló usted ese auto a mi defendida el domingo por la noche. Ella lo devolvió. Más tarde, yo lo alquilé. ¿Salió el auto después de haberlo devuelto mi defendida y antes de cogerlo yo?

—Me temo que sí —dijo Golden—. Yo estaba ocupado cuando la encausada lo devolvió. Tomé nota de los kilómetros, pero no completé el registro. Dejé el auto aparcado frente a la agencia. Más tarde, cuando salí a buscarlo, no estaba. Supuse que mi ayudante lo había ido a guardar. Después descubrí que no era así.

—¿Cuánto rato estuvo ausente el auto?

—Alrededor de una hora. Fue devuelto poco antes de que usted lo alquilara. Pude comprobar que había recorrido unos cincuenta kilómetros.

—¿Por qué no ha hablado de esto antes? —inquirió Mason.

—No se me ha preguntado —tartamudeó el testigo—. Y como podía hacerme perder el negocio, decidí que no diría nada a menos que se me preguntase.

—Gracias —dijo Mason.

Della Street entró en la sala y entregó una nota al abogado.

—Con la venia de la sala —dijo Mason—, el médico declara que Miss Corning no puede acudir a declarar. Sin embargo, llamaré al teniente Tragg como a mi siguiente testigo.

Tragg, que había estado hablando en voz baja con Hamilton Burger, se encaminó hacia el estrado. Pero el fiscal se puso en pie, aspiró profundamente y dijo:

—Señoría, no será necesario. Solicito la anulación del caso contra Susan Fisher y pido que la encausada sea puesta en libertad.

Hamilton Burger se sentó.

Hubo un momento de silencio asombrado; luego los periodistas, que habían tenido noticia de que iban a producirse acontecimientos espectaculares, se precipitaron en tropel hacia la puerta, armando tal alboroto que el juez Elmer tuvo que esperar unos segundos antes de sonreír a Susan Fisher y decir:

—Se acepta la propuesta. El caso contra la encausada queda anulado... Señor fiscal, quiero darle las gracias por su actitud en el asunto.

Mason se levantó, recogió su cartera, volvióse y de repente sufrió una verdadera avalancha de entusiasmo femenino cuando Susan Fisher, rodeándole el cuello con los brazos y llorando y riendo al mismo tiempo, gritó:

—¡Oh, es usted maravilloso, maravilloso!

Della Street, un poco apartada, sonrió y dijo:

—Es lo que todos pensamos.

—Pero nunca podré pagarle, nunca, nunca —dijo compungidamente Susan Fisher—. Dios sabe cuánto habrá gastado y...

—No se preocupe por eso —contestó Della Street—. Tuvo una corazonada. Siempre ha dicho que Miss Corning pagaría la factura.

El teniente Tragg se acercó a Mason y dijo:

—Bueno, Perry. Su cliente está libre. Ya no hay motivo para ocultar nada. ¿Cómo lo ha sabido usted?

—Cuando un abogado veterano interroga a un testigo, teniente, obtiene una idea bastante aproximada sobre si el testigo dice la verdad. Cuando he preguntado a Endicott Campbell acerca de la caja de zapatos llena de dinero y acerca de su hijo, de repente he comprendido que sus respuestas eran sinceras.

»Lo había catalogado como un villano, porque es un hombrecillo rastrero e hipócrita que trata de darse importancia humillando a sus subordinados. Pero ha resultado que, por lo que respecta a esa caja de zapatos llena de dinero, decía la verdad.

»Si sus palabras eran ciertas, Elizabeth Dow tenía que haber mentido. Y una vez he tomado en consideración esa posibilidad, de repente he visto los factores del caso con una perspectiva completamente nueva. Es como una de esas ilusiones ópticas en que se ve un tramo de escaleras negras que suben, cuando de repente ocurre algo en el cerebro y se encuentra uno mirando un tramo de escaleras blancas que bajan.

»Una de las dos solteronas tenía que ser falsa. Habíamos supuesto que lo era la primera, pero manejaba con habilidad la silla de ruedas, y así que me enteré que había salido del hotel para realizar un viaje secreto a Mojave, comprendí que tenía que ser ella la auténtica. Una falsa Miss Corning no hubiese querido de ningún modo ir a Mojave.

»Una vez convencido de que Elizabeth Dow mentía y que la auténtica Amelia Corning había desaparecido, de repente he recordado que Elizabeth Dow tenía una amiga enfermera cuyo aspecto físico se aproximaba mucho al de Amelia Corning.

»Al llegar a este punto de mi razonamiento, he sabido todas las respuestas.

»Lowry me dijo que creía poder reconocer la voz de la mujer que le había dado instrucciones por teléfono y acusado recibo del dinero que le enviaba periódicamente. Es natural que esa mujer quisiera quitarlo de en medio. Campbell habló a Lowry por teléfono, éste le explicó que me lo había contado todo. Elizabeth Dow estaba situada lo suficientemente cerca para poder oír las palabras de Campbell, que le hicieron comprender que Lowry debía ser eliminado sin

pérdida de tiempo.

»Naturalmente, quiso achacar el crimen a Sue Fisher. Todo el mundo echaba las culpas a Sue, y era lógico que el dedo de la sospecha apuntara hacia ella.

»De modo que Elizabeth Dow fue a un teléfono público, llamó a Lowry y le dijo que viniera a Los Ángeles inmediatamente, que fuera a un lugar prefijado de Hollywood y que si ella no estaba allí, la esperara.

»Entonces las dos mujeres idearon un plan verdaderamente diabólico. Hicieron que Sue se vistiera de modo muy llamativo, que alquilara un auto, que realizara unos movimientos sospechosos y que después devolviera el auto. Entonces, Elizabeth Dow, vestida de manera semejante a Sue, recogió a su amiga de fechorías, que estaba suplantando a Miss Corning, pero que tenía que desaparecer, porque la hermana de Miss Corning estaba a punto de llegar, y, desde luego, sin que su desaparición pudiera parecer una fuga. Debía ofrecer un aspecto siniestro, a fin de que, cuando el cadáver de la auténtica Amelia Corning apareciera, también se achacase el crimen a Sue Fisher.

»Tan pronto como Sue devolvió a la agencia el coche alquilado, ellas lo cogieron. Se encontraron con Lowry en el lugar indicado y le condujeron al sitio donde habían proyectado dejar el cadáver. Recuerdo que Lowry era un empleado leal. Sólo conocía a Elizabeth Dow por su voz. Creía que ella estaba al frente de la compañía subsidiaria para quien él había trabajado. Reconoció su voz y siguió sus instrucciones al pie de la letra.

—¿Sabe cuáles fueron esas instrucciones? —preguntó Tragg.

—Lo ignoro —dijo Mason—. Pero es una suposición bastante acertada.

—¿Cuál?

—Bueno —dijo Mason—, probablemente, Elizabeth Dow le dijo que su compañera era Amelia Corning, propietaria de la compañía; que habían decidido destruir algunos libros de la Empresa y que querían que él fuese testigo de la destrucción. Debieron decir que la operación efectuada era fraudulenta, de modo que pensaban quemar los libros y pagar el dinero que debían en concepto de impuestos.

—¿Es una suposición? —preguntó Tragg.

—Lo es —dijo Mason—. Si no le convence, puede buscar otra. Póngase en la posición de Lowry. Estaba en un automóvil con la mujer a quien tenía por propietaria de la compañía y, además, con la mujer que le había dado instrucciones que él siguió fielmente durante varios meses. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa que le pidiera.

—¿Cuál de ellas lo mató? —preguntó Tragg.

Mason encogió los hombros y dijo:

—Ambas intervinieron en el crimen. Según todas las posibilidades fue Elizabeth Dow la que dio el golpe fatal con el abrecartas, aunque tengo la impresión de que cuando les apriete los tornillos, cada una de ellas tratará de acusar a la otra y afirmará que el asesinato le cogió de sorpresa. Sin embargo, Elizabeth Dow era quien más tenía que perder, porque Lowry podía reconocer su voz; además, es la más fuerte y atlética.

Tragg entornó los ojos.

—Si esto es correcto —dijo—, y usted sorprendió casi a las asesinas con las manos en la masa, ¿por qué no encendieron una cerilla y la echaron sobre la gasolina, para borrar todas las huellas?

—Porque no querían borrarlas —contestó Mason—. Querían que pareciera que se había planeado quemar las pruebas, pero deseaban asegurarse de que el cuerpo y los libros empapados de gasolina serían inmediatamente relacionados con el bidón que Sue Fisher había comprado en la gasolinera.

»Todo el asunto tuvo que ser planeado por alguien que vivía en las cercanías, que conocía la localidad, que supiese que en la agencia de autos de alquiler comprobarían el kilometraje del auto devuelto y que después lo dejarían aparcado en la calle con la llave de contacto puesta. Tenía que ser alguien que viviese en la vecindad y alguien muy amigo de Elizabeth Dow. Ocurre como en esas ilusiones ópticas: una vez se las ve con la perspectiva adecuada, se...

Della Street se acercó a los dos hombres y llamó la atención a Mason.

Al ver la expresión del rostro de ella el abogado se interrumpió en mitad de la frase.

—Amelia Corning está mucho, mucho mejor —dijo Della—. El doctor le ha dado un estimulante que la ha hecho sentirse normal

de nuevo. Su cerebro funciona con extraordinaria lucidez. Ha preguntado por ti y se siente muy agradecida.

Tragg obsequió a Mason con su sonrisa burlona y dijo:

—Está bien, abogado, pero ahora, explíqueme: ¿cómo consiguió llenar de huellas dactilares aquel automóvil?

—Ése es un secreto profesional —contestó Mason, riendo—. Si las huellas de Lowry no hubiesen estado en él, le habría dado a usted un hueso duro que roer... Y ahora, si nos disculpa, vamos a ver a Amelia Corning. Tengo la impresión de que voy a establecer la base de unos honorarios muy sustanciosos.